

PICTORIAL REVIEW

Yearly Subscription: \$2.50 Oro Amer.
Subscripción anual
Este precio incluye el franqueo

SPANISH EDITION

AUGUST, 1917

PUBLISHED MONTHLY BY

THE PICTORIAL REVIEW COMPANY

THE PICTORIAL REVIEW BUILDING, 214-226 West 39th Street, NEW YORK

Single Copies: 25 cents Oro Amer.
Número suelto
Este precio incluye el franqueo

SUCURSALES

S. A. Smart, Alcalá 48, Madrid
Neptuno 90, Habana
Rua General Camara 78, Río de Janeiro
Sarandí 544, Montevideo

SUCURSALES

Leipziger Strasse, 112, Berlín
Zieglergasse 84, Viena
22 Boulevard Poissonniere, París
217 Piccadilly, Londres

PRESIDENTE WILLIAM P. ARNETT 2DO. VICE PRESIDENTE . . . EVERETT D. TRUMBULL
1ER. VICE PRESIDENTE . . . CHAS. W. NELSON SRIO. Y TESORERO LEON LEWIN

Entered as second-class matter April 17, 1914, at the Post Office at New York under the Act of March 3, 1879

LA LUZ DEL DESCUBRIMIENTO

Huelva y América

ENTRE los más preciados recuerdos que atraen la atención del turismo, allí donde todo es historia americana, resalta

el púlpito de la Iglesia de Palos, desde el cual se leyó la Real Pragmática que ordenaba equipar las tres naves que habían de emprender el viaje para el descubrimiento de América. Púlpito que si no estuviera en un lugar sagrado merecería ocuparlo. Consérvase en perfecto buen estado por la veneración que los palófilos le tuvieron siempre, como reliquia portentosa de la página histórica más brillante del siglo XV. Su contemplación nos mueve a hincar la rodilla en tierra para venerarle, también, como si nos impulsara una fuerza superior al verle iluminado por la mortecina luz de una vela, hermana de aquella que despidió sus mágicos resplandores hasta el Nuevo Mundo, guía de los navegantes en su azaroso viaje y destello hermoso que sigue iluminando a Palos, a Moguer, a Huelva y a la Rábida ante la historia y ante el humano agradecimiento a que se han hecho acreedores.

La emoción que indudablemente sintieron cuantos rodeaban aquel púlpito para escuchar mejor la pragmática Real, fué la fuerza impulsiva del alistamiento, la misma que inundó de fe y templó las almas de aquellos aventureros, dignos compatriotas de los Pinzones.

Pero no es el púlpito solamente lo que atrae la atención del turista, con ser por sí solo merecedor del viaje: en Huelva, en la Rábida y en Moguer hay tantos recuerdos dignos de admirarse y contemplarse que, con todos los alientos inspiradores de la gratitud y de la justicia, nos atrevemos a proponer, y defenderemos con entusiasmo, que así como los cristianos tienen unos Lugares Sagrados que visitar y los hijos del Profeta una Meca donde dirigir sus peregrinaciones, así todo americanista, todo hispano-americano y todo aquél que se sienta orgulloso de su procedencia americana, sea cualquiera la raza o mezcla, debe considerar a Huelva y a su provincia como el lugar preferido, ineludible punto de reunión y partida para la peregrinación por el mundo de los negocios europeos, de la educación o del placer: y allí, donde tantos vestigios existen, testigos mudos de abnegación y sacrificios por el Nuevo Mundo, levantar la bandera de la gratitud, ennegrecida por las sombras de cuatro siglos, hasta el pináculo de la gloria, proclamando al mismo tiempo el indiscutible derecho que tiene Huelva para gozar de un día oficial, en la fecha del TRES de AGOSTO, como se ha declarado el día oficial de Colón en la fecha DOCE de OCTUBRE. "EL DIA DE HUELVA" y "EL DIA DE COLON", he ahí la justicia completa.

Los habitantes de Huelva, la muy adelantada capital del presente, unidos a los de toda la provincia, no se olvidaron de sus lugares históricos, ni de la misión de madre amantísima que les impuso las circunstancias respecto de América: cuida aquéllos con celo esmerado y atiende a ésta con inmenso amor; y todos los años organiza, para el TRES de AGOSTO, una peregrinación a la Rábida, compuesta de las autoridades, enviados especiales, clero, altas personalidades de la política, el ejército y la marina, que al clarear el día emprenden la marcha, la misma que siguieran los navegantes, y con el mismo fervor, la misma fe y el propósito preconcebido de dar gracias a Dios y rogar por la memoria de aquellos hombres y por la constante prosperidad de la América que descubrieron; siendo tan perfecta la compenetración en todo el trayecto, y más aun en los momentos de los sagrados ejercicios eucarísticos, que si no fuese el respeto y el deber quienes mandan hincar en tierra las rodillas, sería la fuerza inmensa del recuerdo que evoca la que las doblaría, al tiempo de impulsar al alma a elevar hasta el cielo su más ferviente plegaria. Es tanta la grandeza del

acto y tanta la fuerza del misticismo que invade a los congregados, que no faltan lágrimas purísimas de emoción recogiendo los débiles centelleos

de la luz matinal del tres de Agosto de cada año.

¡Qué edificante y cuán hermoso es visitar la Cuna de los Americanos! Pero con serlo así, nunca será tanto como el día en que la declaremos LUGAR SAGRADO o Meca Americana: que sagrados son aquellos lugares para la historia y muy dignos de nuestras peregrinaciones.

Aparte de esa poderosa atracción histórica, establecida por la gratitud, que nos lleva hacia Huelva, existen grandes motivos para ser incluida en

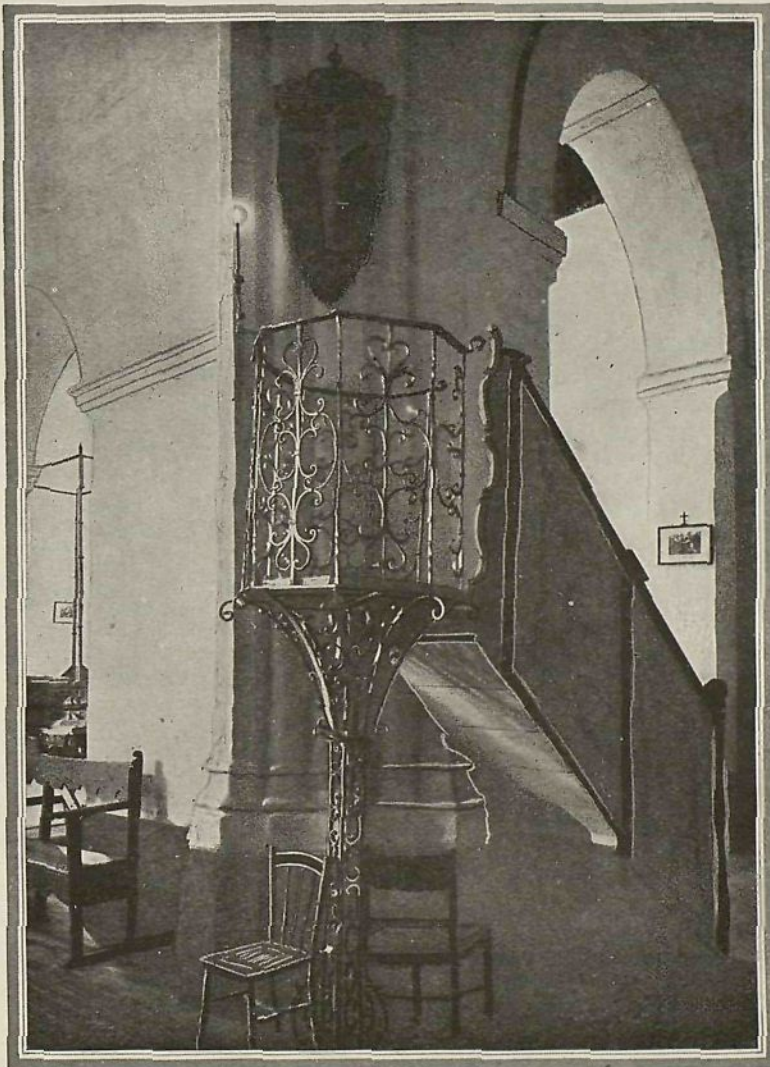
el itinerario de todo turista amante de la belleza, de la originalidad, de lo clásico. Huelva, la antigua Onuba, Onoba o Unoba Estuaria es una población moderna, de amplio desarrollo y vida comercial, llena de comodidades al estilo de las poblaciones más adelantadas, poseyendo bellezas y atracciones muy superiores a las de muchas capitales del mundo, sobresaliendo entre todas por su paseo llamado del Conquero, único en su clase en toda Europa. Comienza éste en la parte más alta de la población, yendo por las cúspides de varios cerros hasta el Santuario de Nuestra Señora de la Cinta, patrona de Huelva, cubriendo una extensión de dos kilómetros. Y en todo el trayecto se domina un panorama sin igual: al norte, hasta la sierra del Andévalo, sólo comparable con las montañas suizas o con los Picos de Europa; al sur, la inmensidad del mar, teniendo por primer término los históricos lugares colombinos, génesis del descubrimiento de América, la Barra e Isla Salté, y la pintoresca playa de Punta Umbría; por el este, la siempre risueña campiña del Condado, con sus verdores mágicos de eterna primavera, al fondo de la cual descuella la cuenca minera de Río Tinto; y al oeste, las llanuras sombreadas con ricos colores y manchones de poblados blanquísimos que sugiere el más artístico arreglo de la madre Naturaleza.

Como digno remate de ese paseo por las alturas onubenses, ofrécesenos el Santuario de Nuestra Señora de la Cinta, cuya existencia data de varios siglos. Está edificado sobre las ruinas de una mezquita árabe, y la devoción cristiana de los intrépidos marinos

que desafían la bravura del mar confiados en su Virgen, lo ha convertido en museo de reliquias, pasando de muchos millares el número de milagros que adornan sus paredes. En sus registros está incluido el nombre de Colón como uno de tantos marinos que pusieron su fé en aquella Virgen, y al regreso de uno de sus viajes fué a cumplir la promesa que Le ofreció.

Seamos dignos de Colón y hagámonos dignos de Huelva, no dejando que la historia se repita ante el esfuerzo aislado de unos pocos hombres que anualmente conmemoran la grandiosa hazaña a costa quizá de muchos sacrificios materiales e intelectuales que, como aquéllos hechos por los onubenses para el descubrimiento de América, no les benefician, sino que son en pago y justo homenaje de admiración hacia los valientes marinos que por vez primera cruzaron el atlántico: unámonos a ellos nosotros los que estamos gozando del beneficio del descubrimiento, y alentemos sus generosas energías con nuestra presencia, haciendo que el DIA de HUELVA sea tan celebrado en América como lo es el DIA de COLON, días ambos de la RAZA. Constituyamos grupos americanos, peregrinos de la devoción a la gratitud, y veremos a Huelva conmovida, estrechándonos en sus brazos con el cariño de la madre modelo que ve volver a sus hijos ya hombres fuertes, valerosos, prósperos y felices.

Hagamos de Huelva la Meca de América, donde recojamos los alientos para el porvenir, al entregar los sentimientos de la gratitud, ya que a ella le debemos la LUZ DEL DESCUBRIMIENTO.



Célebre Púlpito de Palos donde se leyó la Real Pragmática ordenando equipar las naves para el viaje del descubrimiento.

LA SIERRA DE ARACENA

Hércules y Pomona

Por MANUEL SIUROT. (Español)

EN LAS quebradas y vallecicos de la sierra de Almonastir debió encontrar un viejo alquimista el cosmético de la eterna juventud de Ninón.

Después de respirar este ambiente seco y azul, ochocientos metros más alto que Huelva y el mar; aletargado el oído con la cadencia dormilona del chorrillo de agua, que, porque viene del misterioso seno de la cordillera, canta al ver la luz y la libertad una canción de espumas y de plata; regalado el sentido con el incienso de estos montes y la vista con la pincelada de oro de la fruta en sazón, se siente renacer la vida y pienso que Fausto, el viejo Fausto, hizo una gran tontería al vender su alma al demonio a cambio de la juventud, porque, con haber

venido aquí, a la sierra de Aracena. . . .

El tío Felipe, que me sirve y acompaña en esta expedición es el sacerdote de este culto de la naturaleza, que tiene uno de sus más ricos altares en la luminosa serranía. . . . Tío Felipe es rudo e inteligente; rudo, en cuanto hombre de riesgos y despeñaderos; inteligente, en cuanto hijo de ese Fregenal de la Sierra, patria de Arias Montano, de Bravo Murillo, de Eugenio Hermoso. . . . Este simpático tío Felipe me lo cuenta todo, me lo enseña todo. . . . El, conoció al viejo don Antonio Mora que hizo la comunicación de su pueblo con la Higuera; él, trató a don José María Claros, y anduvo de puertas adentro muchos años con un sobrino de Bravo Murillo; él, conoce a toda la aristocracia del pueblo, y hay que ver su cara de hombre extraordinario cuando dice: *aquí, donde usted me ve, yo le he dado café a Prim. Venía que se las pelaba jugando pa Portugal y paró en casa de un señorón de mi pueblo; el señorón no le quiso dar la cara, y don Juan del disgusto no comió; na más que tomó café . . . y ese café se lo serví yo, aquí, donde usted me ve; y donde yo lo veo tiene tío Felipe una sonrisita de ser superior y un guiño de ojo que quiere decir: ¿Qué se había usted figurao, don Manuel?*

Con este hombre sencillo, y complicado, me meto en una de esas gargantas de la sierra, encuentro de dos montes, que chocaron allí en sus días prehistóricos.

Hay un perfecto desorden natural, que debe ser el orden según la naturaleza, y una confusión de razas y de lenguas domina a aquel retorcido canalón serrano. Digo, de razas, porque apenas si hay dos árboles iguales; digo de lenguas, porque la nota que arranca el aire a cada rama es distinta; y digo que debe ser el orden, porque una armonía espléndida da tono al conjunto y le presta unidad.

Tío Felipe está en sus anchas; aquél es su reino. Mire usted, don Manuel, los helechos. . . . Oiga usted los ruiseñores. . . . Son lo mismo. . . . Un ruiseñor se mete en una jaula y se muere; un helecho se pone en una maceta y se muere también. . . . ¡Ja, ja, ja! lo mismo, lo mismo. . . .

¿Ve usted aquellas, medio verdes, medio amarillas? . . . pues, albahacas bravías. ¡Huela usted, huela usted. . . . ¡Esas verdaderas, apretadillas de hojas reondonas, aquí grandecitas como ochavos de céntimos, allá, más chicas, y más allá, más chicas entoadía, que tapan to el agüita fresca que va por debajo, pues . . . berros son esos. . . . Una vez vino un señorito y miusté lo que dijo: Se le echa a este regalo sal y vinagre y ensalá hecha. ¡Ja, ja, ja!

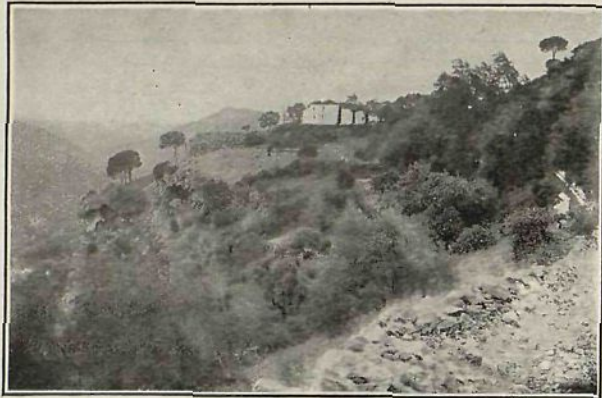
¡Tenga usted cuidao con esa pícara. . . . Zarzamora, zarzamora, no tengas mala intención. . . .

No venimo a robarte los frutos, sino a contemplar tu braveza.

Y el bueno del tío Felipe, no para un momento, porque ahora es un manzano pletórico de sus pomos de oro; luego un moral que llega hasta el cielo; después un castaño que defiende su fruto, fiero y bravamente en una coraza de espinas, al revés que los hombres que todo lo ponen muy dulce y suave para dar la castaña; a renglón seguido es un cerezo de forma cónica elegantísima, y más tarde los pereros, los nogales, los bruños, los guindos, los melocotoneros y hasta la secular encina, siempre verde, que dijo el poeta, recuerda entre esta gente alegre y juguetona un día en que vinieron por el aire unos misterios acariciadores. . . .

Pongo la vista en el fondo del cuadro y doy un grito. ¡Ah! es un soberbio, fortísimo alcornoque que se despereza en una torción violenta de brazos. Me acuerdo de Hércules.

POR el tronco arriba del árbol, sutil ligera, pegajosa, se tuerce en espirales una parra llena de verde y de fresco. Dueña ya del cuerpo del coloso, le guirnaldea el cuello y le busca la boca. Es ésta, una bocona enorme sin diente, elíptica de labios magistralmente delineados. La parra, sierpe vegetal, presenta un racimo de uvas en la misma boca del alcornoque. Me acuerdo de Pomona.



Hércules y Pomona. . . .

—Mire usted, tío Felipe, ¿que es eso . . . ?
—¿Que va a ser, un alcornoque echao pa trás, porque no quiere uvas. . . .

—¿Y por qué no las querrá?
—¿Cómo las va a querer, señó, si le arrancaron al probe el año pasao el pellejo, pa tapá con él las botellas de vino!
Yo pienso que Pomona no gana la batalla, porque ha elegido malas armas. Hércules no se rinde con uvas. Hércules. . . .

—¿No oye usted, don Manuel?
—¡Ah, sí; son las campanas de Almontel! ¡El Angelust!
. . . ¿Sabe usted rezar tío Felipe?
—¡Pues no he de saber, señor!

Un momento después, en la cumbre de la montaña y al divisar los horizontes diluidos en el azul lejano, ha venido hasta nosotros el alma de la plegaria, mecándose en la melancolía de la puesta del sol, y dominando un momento sobre rocas y árboles, sobre luces y perspectivas, sobre Hércules y Pomona.

Dios te salve, María. . . .

Pomona Vencedora

PERO POMONA no domina en este lado de la sierra; la reina de carne blanca y dorada, de ojos verdes, de sonrisa agria y dulce como una fresa y de labios también agrios y dulces como una guinda, tiene sus reales plantados en otro sitio de la cordillera: en un vergel que empieza un poco más allá del Repilado y acaba en Aracena.

Nada hay en esa carretera sin igual que no satisfaga hasta los más exquisitos ensueños de los artistas enamorados del jardín, de la huerta, del árbol y del bosque. Es la compensación que la naturaleza da a nuestra provincia, regalándole frondas, a cambio de las arideces de su parte central, amarilla como el azufre que se cría en sus entrañas y pesadas como el cobre que arrancan de

su seno hombres venidos de todas partes en alas de la ambición.

Pero hay un lugar en este paraíso de la sierra donde Pomona ha puesto su pabellón real y donde concede sus audiencias; y este sitio es, a no dudarlo, esa sonrisa de la cordillera que se llama Fuenteheridos. Me ha dicho un poeta sin nombre de estas tierrucas, que a Fuenteheridos lo eligieron para corte de la Musa, los pájaros del aire, los murmullos del viento, la canción de las aguas, la luz del cielo y el perfume de sus huertas imperiales, sin que dejara de ser voto en la elección un no se qué, ideal, que anima allí todas las cosas y que parece surgir de su torre, de sus posadas, de sus casones, de sus miradores y de aquellos volados balconajes de madera que hacen recordar las cosas de Pereda, pero con más luz, más alegría y más calor, que en aquel simpático terruño que inmortalizó el maestro de los maestros del libro castellano.

Y no vive precisamente en el pueblecito, Pomona. Vive un poco más allá. Seguid el bullicioso escape de las aguas de aquella fuente sin rival; recorred lieba abajo doscientos, trescientos metros; dejad que los árboles y la belleza verde de la fronda os regalen con caricias de sus hojas y de sus frutos; poned las manos y hundid los dedos en aquellas paredes de musgo, por donde gotean, haciendo leves ruidos de flauta, filiformes hebritas de agua escapadas de la corriente central; aturdíos en aquel triunfo de la flora, y cuando emocionados por la dulzura del momento, volváis los ojos al pueblo, que entonces hace fondo al paisaje, reconoceréis que sólo aquel país de ensueño puede ser el retiro de la Musa de los frutos que se hacen con sol y con azúcar.

En efecto, aquella vid, despreciada por el enfadado alcornoque de la sierra de Almonaster, es ahora la reina de estos lugares y ella emborracha con sus racimos y ciñe con sus caricias a todos esos alegres muchachotes del reino vegetal que producen ciruelas, peros, nueces. . . .

El triunfo es de Pomona. Es Pomona que vence.

—Tío Felipe: ¿Sabe usted dónde vive Pomona?

—Pomona . . . Pomona . . . Usted debe estar equivocao don Manuel, eso debe ser en el pueblo de ahí al lado, en Galaroza.

Pomona Vencida

ESTAMOS en la PEÑA DE LOS ANGELES. Es éste el más espléndido balcón de la Mariánica. Allá abajo a nuestros pies está tendido un pueblo blanco, Alájar. Al frente, saltando la vista ansiosa, dos o tres cordones de montañas, da en la mancha amarilla de Río Tinto que parece una enfermedad de los campos. Más allá, a la derecha, los peñascales de Calañas que dibujan desde lejos el lomo enfadado de algún monstruo espinoso del océano. Más abajo, manchas verdes que deben ser los olivares de Gibraltón; y en último término una esfumación azul, nubosa, de línea delicada. . . . ¡Mar inmenso, mar de la historia, mar de la leyenda, mar de los abuelos descubridores, mar de Huelva, salve! . . .

Puestos los ojos en el abismo que hay a nuestros pies, los árboles pierden su individualidad, no vemos en el fondo más que una impresión vercosa de conjunto. ¿Qué importan ya, ni Hércules ni Pomona? La altura es esencialmente democrática y niveladora. Desde la altura las cosas de abajo son todas iguales. ¿Qué pasa en aquellos castaños de Alájar? Ni sé, ni importa ya. . . .

El horizonte amplísimo, el cielo, la altura y las líneas matrices de la cordillera son ahora los solos componentes del cuadro. Reinan la inmensidad y la luz.

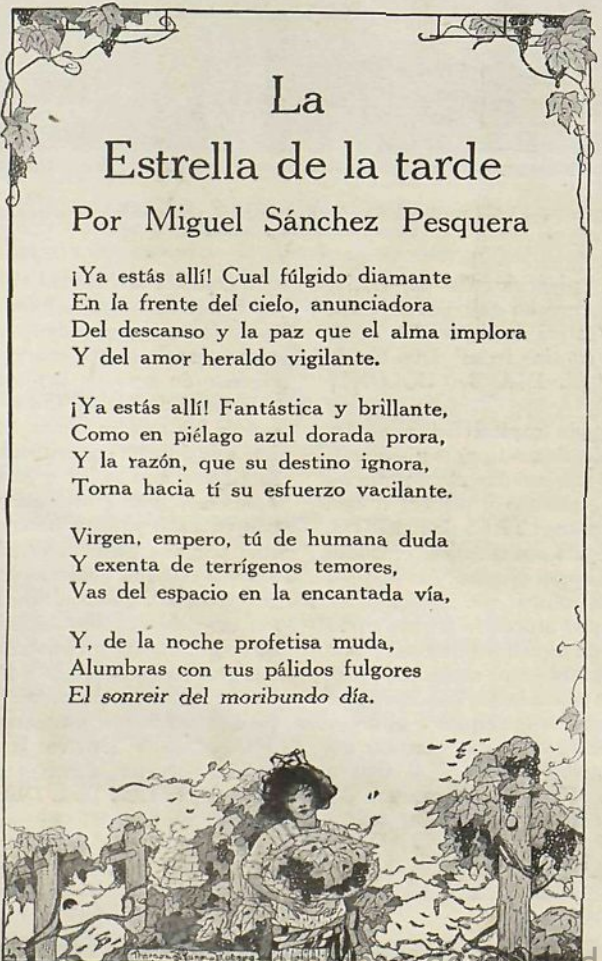
Y como si faltara algo para humanizar la impresión de la belleza de la Peña de los Angeles, el paisaje ha celebrado bodas con la tradición, médula de la historia y la poesía en un casamiento que no podrá romper la muerte.

Arias Montano, sabiduría y santidad, se ha enlazado para siempre con su esposa la contemplación, en aquella cueva que se asoma al abismo, y que lleva su nombre. El maestro ha fundido su alma con el alma de la sierra, porque la sierra allí, no es más que eso, contemplación, vida de ideales, vuelos de la muerte. . . .

Derrota y eclipse de la Musa de los frutos dorados.

Resumen; en Almonaster manda el alcornoque, en Fuenteheridos y Galaroza la fruta, en la Peña el ideal. . . .

NOTA DEL AUTOR: Desde Huelva a la Sierra se va perfectamente por el ferrocarril de Zafra a Huelva, o por la carretera de San Juan del Puerto a Cáceres. En Aracena hay fonda.





Caruso
en el papel de Radames
en Aida

Las obras maestras líricas interpretadas por los pri- meros artistas del mundo

Al hablar de ópera se evocan en seguida los nombres de Caruso, Farrar, Galli-Curci, Journet, Martinelli, Melba, Titta Ruffo, Tetrassini, etc.—todos ellos grandes eminencias que descuellan con deslumbrante esplendor en el mundo lírico.

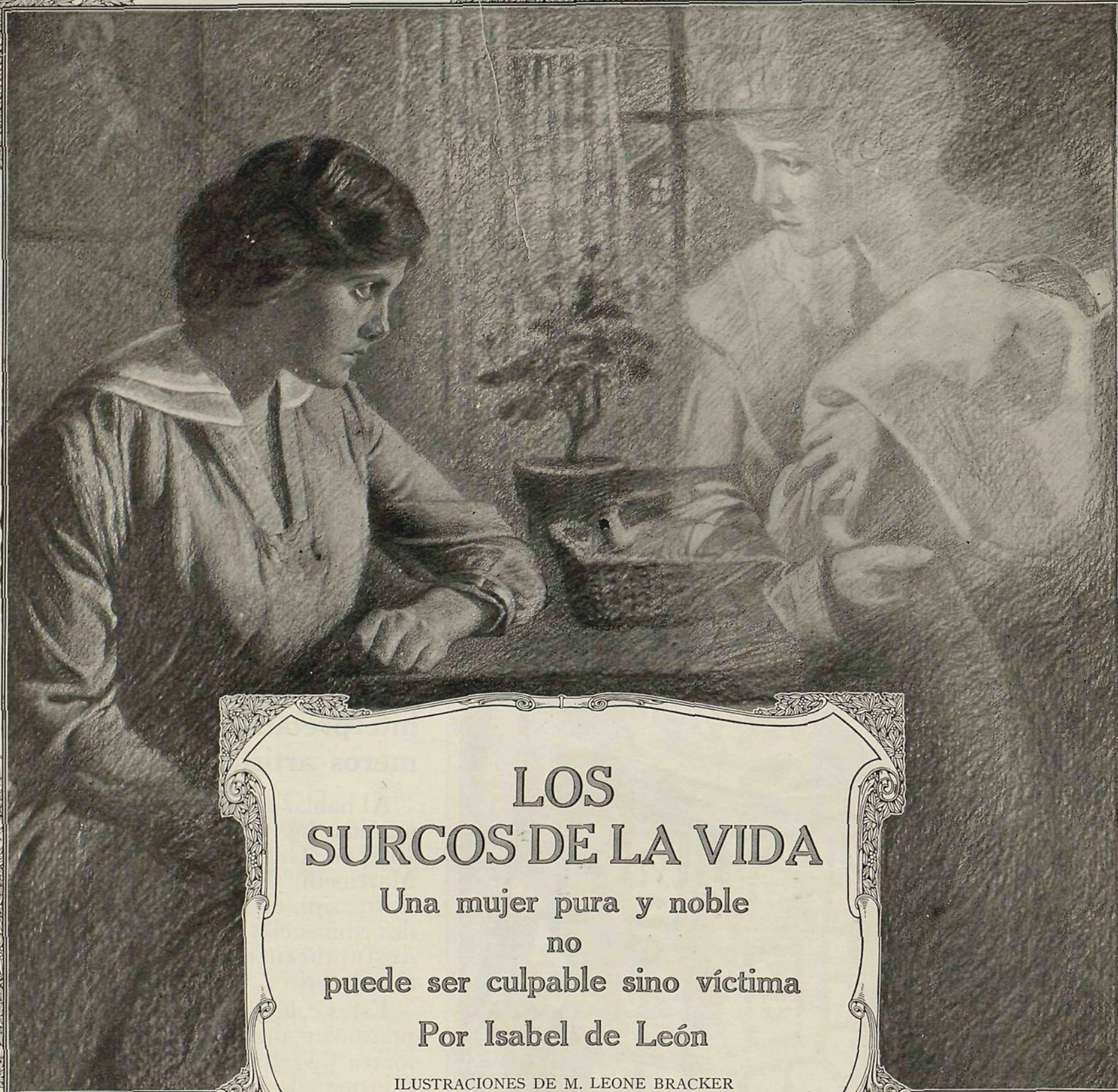
Estas celebridades artísticas impresionan únicamente en discos marca "Victor," pues han reconocido que sólo la Victor y la Victrola pueden reproducir con absoluta fidelidad y asombrosa perfección su arte sublime y su canto divino.

Tenemos revendedores de la Victor en todas partes, y con el mayor placer le enseñarán los varios modelos de los instrumentos Victor y Victrola, cuyos precios oscilan desde \$10 hasta \$400, así como le tocarán cualquier disco que desee oír del gran catálogo Victor.

Escríbanos hoy mismo solicitando los últimos catálogos Victor (en español), los cuales remitimos gratis y franco de porte.

Victor Talking Machine Company
Camden, N. J., E. U. de A.

Supremacía de la Victor



LOS SURCOS DE LA VIDA

Una mujer pura y noble
no
puede ser culpable sino víctima

Por Isabel de León

ILUSTRACIONES DE M. LEONE BRACKER

I

Hogar Dichoso

ESTÁS verdaderamente hermosa—, dijo Enrique con arrobamiento, contemplando la figura gentil de su esposa. —Y tan elegante que nadie diría al verte que has pasado tantos años retirada de la sociedad.

—Tu voto, querido, no puede ser válido en este asunto. Me quieres lo bastante para que te parezca bien cuanto yo hago y en esta ocasión sería injusto que te pareciese mal pues sólo por complacerte hago el sacrificio de acompañarte a ese baile.

—No hay que exagerar, Elena, nuestro mundo tiene también sus exigencias y hay que plegarse a ellas. No te negaré que voy orgulloso y satisfecho de poder presentar una esposa tan bella como tú.

—Pues yo tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—A presentarme en ese mundo al que me llevas hoy. ¡Hemos sido tan felices en estos dos años de matrimonio!

—Y seguiremos siéndolo, Elena. Mi nombramiento de Presidente del Centro Cultural me obliga a alternar . . . no era lógico renunciar a este cargo . . . y no puedo negarme a las obligaciones sociales que me impone. Yo no quiero dejarte sola, en mi retraimiento incomprensible, cuando tienes derecho a ser la primera en todas partes.

—Sí, Enrique mío, tienes razón; pero yo te agradecería que no me hicieras frecuentar demasiado esa sociedad. Las mujeres tenemos un espíritu de domesticidad que

quizás nos ha legado la herencia. El amor lo es todo para nosotras. Cuando se tiene un cielo en el hogar, ¿para qué salir de él?

—Para apreciar luego mejor el encanto de su paz.

—Eso es sólo para los hombres. Vosotros no podéis prescindir de los negocios, los amigos, las distracciones. ¡Es tan natural! Por eso debes tú hacer la vida que te imponen las circunstancias. Yo te acompañaré en espíritu, sin celos, sin amargura, sin envidia; gozando en tus triunfos; infundiéndote alientos si los necesitas; aplaudiéndote satisfecha. Te daré mi consejo si lo crees conveniente; mi opinión siempre que la solicites, y si algún día sientes amarguras o desfallecimiento, los brazos de la esposa tendrán sedación de madre para darte el reposo con sus caricias.

—¡Oh, Elena! ¡Bendita seas! ¡Qué feliz me haces!

—¿Y qué más gloria que hacerte dichoso? Las mujeres que logran labrar la felicidad de los que las rodean cumplen su misión en la tierra.

—¡Qué buena eres!

—No, algo egoísta. Lo que en apariencia cuesta sacrificio en el fondo proporciona placer. Los buenos somos los egoístas del bien.

—Acabarás por convencerte—, dijo él riendo.

—Sí, créeme—, insistió ella. —Es inútil buscar la felicidad fuera de nuestros afectos. Mira; cuando estás lejos gozo en dedicarte todo mi tiempo. Encendida bajo mi dirección la chimenea me parece que te calentará más suavemente. Nadie puede graduar como yo el agua de tu baño . . . , ver si está arreglada tu ropa . . . , las flores de tu mesa . . . ; en fin, todo. Creo que en cuanto yo hago va envuelta para tí una caricia.

La bocina del automóvil que se detenía delante de la puerta vino a interrumpir el diálogo. Enrique hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Ves, Elena? De buena gana no salía ya. Me has influido con tus teorías, y creo que me aburriré en la fiesta, deseando estar sólo contigo de nuevo para escuchar el arrullo de tus palabras.

SE HABÍA levantado y tomó el abrigo de tesor de oro, adornado de pieles de armiño, para envolver con él a su esposa. Elena estaba soberbiamente hermosa, velado todo el cuerpo entre la amplitud de los pliegues de la tela; la cabeza se alzaba elegante, erguida, con su corona de cabellos rubios, más luminosos que el oro de sus encajes. Su marido la miraba con arrobamiento y por un instante sintió como un pesar egoísta de que los demás la contemplaran. Aquel atavío le daba mayor idea de su belleza, fresca, suave, toda de seda y luz; con los cabellos tan rubios, la tez tan blanca y los ojos azules, de un azul fuerte, oscuro, que se ensombrecía y se aclaraba bajo la influencia de los pensamientos. Las pestañas, de oro, parecían poner chispazos de polvillo dorado en el fondo de las pupilas, como si fuesen piedras azules engarzadas en su aro.

Era la primera vez que Enrique Maturana se presentaba en público con su mujer después de dos años de matrimonio.

Había sido muy feliz en aquel tiempo; apesar del disgusto que le ocasionó su casamiento. Su madre, una señora envanecida de la nobleza de su linaje, no quiso perdonarle el que se casara con una mujer sin antecedentes conocidos, una pobre mujer que no sabía de donde procedía, y que se había introducido en la familia gracias al loco amor de Enrique, que lo había atropellado todo

para hacerla su esposa. El amor lo pudo todo en él. Enrique había pasado toda su juventud sometido a un trabajo rudo para levantar el esplendor de su casa, cuya situación económica había dejado bastante embrollada su padre. Solo moralmente, aislado, porque su madre, que era una buena señora, de carácter duro y seco, sólo se ocupaba de casar a la hija, el humor de Enrique se había hecho algo triste, contemplativo y melancólico. *Sus triunfos materiales le entristecían aún más como una mueca burlona de la suerte, y ni desvanecían su cabeza ni satisfacían su corazón.* En la continua lucha de su trabajo no había tenido tiempo de pensar en el amor y en las mujeres. Fué durante uno de sus viajes de práctica de ingeniero cuando conoció a Elena. Ella vivía sola retirada en una casita de campo cerca de Puente-rrabía, y su nombre y su figura eran venerados en toda la comarca. Con su cabello rubio, sus ojos azules, y su vestido azul y blanco, tenía algo para aquellas pobres gentes, de una aparición de la virgen de Lourdes. Ella socorría a todos los pobres de la comarca en sus necesidades; iba a las casas de los que sufrían a llevar sus socorros y sus consuelos, y muchos la miraban con una superstición respetuosa, como a un ser algo sobrenatural, que hacía curas maravillosas. Los enfermos acudían a buscar sus consejos.

SIEMPRE sola, de una conducta intachable, en el pueblo la creían viuda. Enrique se enamoró de ella y gracias a los trabajos que había de realizar en la casa, que habitaba pudo lograr establecer unas relaciones amistosas que nadie había podido conseguir.

No fueron sus amores la obra de un día, de un momento de arrebatado, de una sugestión de la belleza; sino la pasión fundada en largos días de convivencia, de estimación, de apreciar sus cualidades.

El se sentía cada vez más solo. Su hermana se había casado con un joven rico, *sportsman*, frívolo, que le daba *toilettes* y la dejaba en esa elegante libertad que necesitan las lindas muñecas de *boudoir* para ser felices.

Enrique sintió la necesidad de formarse un hogar y no vió a nadie que pudiera compartir su hogar más que a Elena. Su espíritu, afín al suyo, le envolvía en una dulce ternura que hacía florecer su alma. Era ella la mujer que necesitaba para que su esfuerzo y su trabajo tuviesen un objeto noble; y para que la pudiera satisfacer el aplauso.

Pero Elena rechazó su mano. Ella le confesó noblemente su situación. No era viuda como todos creían. Una desdicha pesaba sobre ella. . . Y al decir esto se le representaba la imagen de su pasado interponiéndose entre Enrique y su felicidad. Enrique no quiso escuchar. ¿Qué le importaba todo? Aquella mujer tan noble no podía ser culpable de una falta sino víctima de una desdicha, de un engaño. Sólo le hizo una pregunta. Y cuando ella contestó vacilante "Ha muerto", volvió de nuevo a ofrecerle su amor y su mano, con tanta generosidad y respeto que Elena aceptó emocionada y agradecida.

La familia de Enrique no transigió con su matrimonio. La madre, inflexible, murió sin querer ver al hijo que había manchado sus blasones. Toda la buena sociedad vengó en Elena el desaire que Enrique le había hecho, defraudando las esperanzas de tantas niñas linajudas que esperaban seducirlo. La frialdad y el desprecio hacia Elena fué tan marcado que Enrique decidió aislarse con ella por completo; algo amedrentado y avergonzado en el fondo; y experimentando un sentimiento de indignación consigo mismo, por abrigar esas ideas, cuando Elena era la más ejemplar de las esposas.

Pero la suerte había ido a buscarle al fondo de su retiro. El pleito que sostenía con adversarios poderosos, para rescatar la fortuna de sus padres, fué fallado en su favor. Con la riqueza vinieron los honores, las consideraciones; recibió del Gobierno el nombramiento de Presidente del Centro Cultural; y volvieron los amigos, la reconciliación con la familia; todas las delicias del triunfo, que por un momento le hicieron desvanecerse, olvidar las pequeñeces, las injusticias, la cadena de cosas que lo torturaban y lo martirizaban. Ese algo que nos advierte de la existencia del dolor, de que la humanidad sufre, de que la arcilla de que estamos formados es de la peor tierra. Le embriagaba el triunfo que levantaba el esplendor de su casa y de su nombre como un homenaje dedicado a la esposa; como si deseara ver humillarse a las demás reivindicándola e imponiéndola a la admiración de todo el mundo.

II

Fiesta Triste

EL SALÓN del baile de la Embajadora de Sajonia estaba deslumbrador. Todo alrededor destacándose del fondo de los tapices, una guirnalda de mujeres descotadas, cargadas de joyas, perlas, diademas y *aigrettes* de diamantes.

Parecía que entre aquella multitud bella y deslumbradora

toda belleza hubiera de pasar inadvertida; pero la llegada de los señores de Maturana produjo sensación. La belleza de Elena, su distinción, su aire arrogante y la elegancia de su *toilette* levantaron un murmullo de admiración.

Una ligera turbación que en vano pretendía ocultar la hacía aún más atrayente y más simpática.

La embajadora salió a su encuentro. Era una mujer pequeña, gruesa, apretada dentro de un enorme corsé, cuyas hombreras temblaban con temblores de carne blanda.

—Gracias, querida señora,—le dijo tendiéndole una mano pequeñita y abotargada,—por haber venido a mi *soirée*.

Ella se inclinó ligeramente, con esa maestría que sólo tienen las gentes de buen tono para responder.

—Yo soy la que queda obligada, señora. Vuestra *soirée* es deliciosa.

La embajadora saludó y continuó su marcha majestuosa y lenta a través de sus invitados. La hermana de Enrique se acercó.

—¡Qué tarde! Habéis perdido un rato admirable. La condesa de Mersan ha cantado canciones italianas de un modo divino. ¿Queréis venir al *buffet*?

Hortensia era una mujercita menuda, de fisonomía expresiva y ojos de japonesa, movibles, vivos e inquietos. Tomó el brazo de su cuñada y emprendió la tarea de abrirse paso entre la multitud de damas descotadas y caballeros de frac que hablaban a media voz mientras fingían oír una romanza en italiano, que cantaba, esforzándose todo lo posible en hacerla expresiva, una jovencita alta, huesuda y cadavérica, vestida con un traje de gasa negra de larga cola, y adornada de lirios morados.

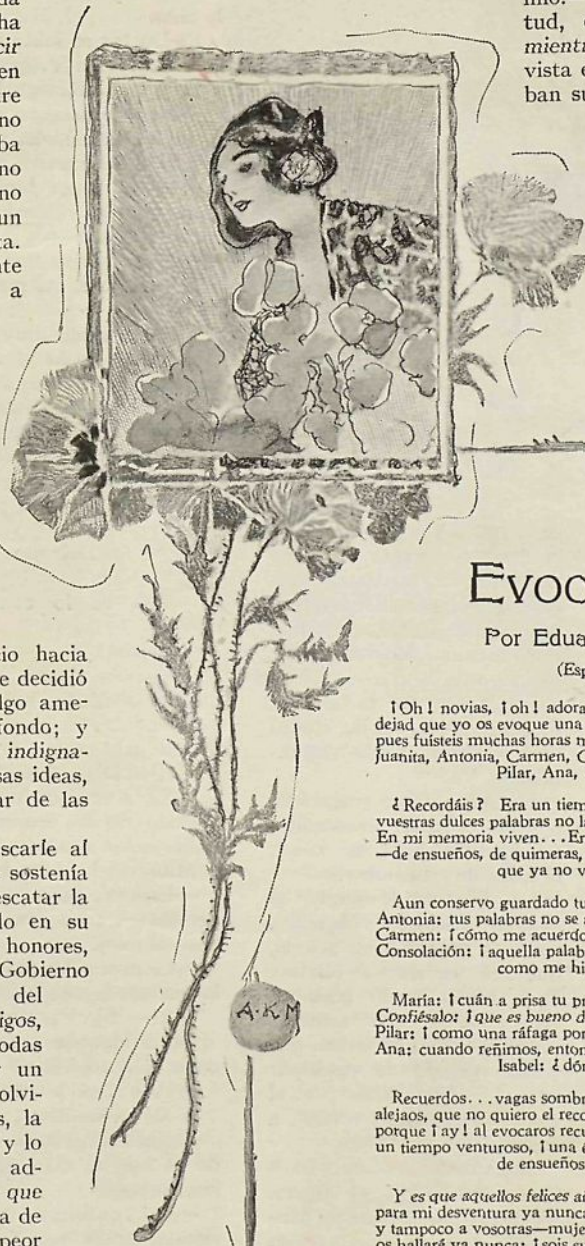
Enrique llenó las copas de Champagne. —Dios mío, ¡qué tisana tan mala!—exclamó Hortensia; apesar de sus miles de libras de renta, la Embajadora es económica.

Y sin dejar hablar a nadie continuó: —Ahora, Enrique, me apodero de tu mujer. Tiene que animarse, que bailar. Bueno es que en el fondo de vuestra casa batáis el *record* a todos los matrimonios burgueses y enamorados; pero aquí hay que disimular un poco el *idilio*. No me pongáis en ridículo.

El dirigió a su esposa una mirada de vacilación y duda. Ella sonrió, y tendiéndole la mano con una coquetería de mujer de olán, que lo desconcertó un poco dolorosamente, le dijo,—Hortensia tiene razón. Hasta luego, querido

mío.—Y se perdió entre la multitud, del brazo de su cuñada, mientras que él seguía con la vista el rastro luminoso que dejaban sus cabellos rubios destacándose del fondo de los hombres de frac que le abrían paso.

Su soledad duró breves segundos. Varios caballeros se le acercaron. Lo envolvieron en mil conversaciones privadas: escándalos de buen tono; la bailarina más famosa; la mujer a la moda.



Evocación

Por Eduardo de Ory

(Español)

¡Oh! novias, ¡oh! adoradas, que tanto quise un día: dejad que yo os evoque una vez y otra vez, pues fuisteis muchas horas mi más grande alegría; Juanita, Antonia, Carmen, Consolación, María, Pilar, Ana, Isabel. . .

¿Recordáis? Era un tiempo de dichas y alborozo; vuestras dulces palabras no las podré olvidar. En mi memoria viven. . . Era en el tiempo mozo —de ensueños, de quimeras, de dichas y de gozo— que ya no volverá. . .

Aun conservo guardado tu retrato, Juanita; Antonia: tus palabras no se apartan de mí; Carmen: ¡cómo me acuerdo de la primera cita! Consolación: ¡aquella palabra por ti escrita como me hizo sufrir!

María: ¡cuán a prisa tu promesa olvidaste! Confíesalo: ¡que es bueno decir la verdad! Pilar: ¡como una ráfaga por mi vida pasaste! Ana: cuando reñimos, entonces. . . ¡te casaste! Isabel: ¿dónde estás?

Recuerdos. . . vagas sombras que acudís a mi mente: alejaos, que no quiero el recordaros, no; porque ¡ay! al evocaros recuerdo tristemente un tiempo venturoso, ¡una época riente de ensueños y de amor!

Y es que aquellos felices años que se alejaron para mi desventura ya nunca han de volver; y tampoco a vosotras—mujeres que me amaron— os hallaré ya nunca: ¡sois sueños que pasaron por mi vida de ayer!

¡Oh! novias, ¡oh! adoradas, que tanto quise un día dejad que yo os evoque una vez y otra vez, pues fuisteis muchas horas mi más grande alegría; Juanita, Antonia, Carmen, Consolación, María, Pilar, Ana, Isabel. . .

Una dama vino a libertarlo. —Ofrézcame usted una copa de jerez, Maturana. Iba vestida con un traje de terciopelo color pensamiento que acentuaba más el tono pálido, mate, de su

rostro; tenía los ojos negros y los movimientos nerviosos. ¡Cuánto tiempo sin vernos! Una verdadera casualidad haber venido esta noche. Conoció a la Embajadora en Biarritz hace pocos meses al regresar de París. . . y por asistir a esta fiesta he retrasado mi cura de Aix-les-Bains, que tendré que hacer más corta so pena de perder la estación de Tronville.

—¿Gusta usted mucho de viajar, señora?—dijo él sin saber qué cumplimento dirigirle.

—¡Mucho! Calló un momento y luego continuó con acento romántico:

—Los que no tenemos un atractivo en el hogar. . . hallamos un consuelo en los viajes. . . el cambio. . . la distracción.—Acabó de comerse un pastel y cogiéndose del brazo de Enrique lo arrastró hasta el salón diciendo: —¡Tanto tiempo que no nos vemos! Tengo que referirle mi vida.

SE BAILABAN rigodones. Enrique buscó con la vista a su esposa y la vió destacándose sobre todos, con su vestido azul oscuro, en la combinación de gasas amarillas y rojas, que le daban un tono saliente, con su diadema de cabellos rubios que hacían palidecer los diamantes de sus orejas, y el brillo de su piel de alabastro, con la que se confundían las perlas de su collar.

Era la figura romántica de una Emperatriz de leyenda. Le faltaba una larga cola y unos pajecillos y un palio.

Le pareció contenta entregada a la fiesta, bailando con soltura y distinción; pero en el fondo de su corazón le agradeció que tuviese por pareja a Daniel, a su cuñado, como una atención más.

Ella lo miró, y le pareció notar una ligera contrariedad en sus facciones al verlo tan familiarmente acompañado. Sintió un impulso de acercarse a ella, de llevársela: para resistirlo continuó su camino hacia uno de los gabinetitos que ofrecían descanso a los que no bailaban y condujo hacia allí a su pareja.

—Está preciosa la señora de Maturana—dijo ella con impertinencia.—Es la reina de la noche. Ha producido sensación.

Se detuvo como si esperase una galantería y añadió: —¡Parece que siempre ha pertenecido a nuestro mundo! Sin notar el movimiento nervioso de Enrique siguió:

—Yo quiero que seamos buenos amigos. Ya sabe V. mi situación. Mi marido y yo no nos entendemos. Es un hombre finísimo. . . pero insoportable. . . le gustan todas las mujeres menos yo.

—Señora. . . —No, no exagero. Figúrese usted un espíritu como el mío, tan delicado, tan romántico. ¡Ay, Enrique! Yo no he sido comprendida jamás.

Y suspirante, con los ojos vagos, empezó a contarle los secretos de su intimidad. El podía hacer mucho, como Presidente del Centro Cultural. Una subvención al marido que así la dejaría descansar. . .

Entre tanto Elena había logrado escapar de la gente que la asediaba y buscar un momento de soledad en el hueco de un balcón, desde donde miraba la calle desierta y fría con impulso de echar a correr. Se reprochaba haber ido a aquel baile. Por fortuna la época de desgracia y de vergüenza había pasado en un medio tan lejano de aquél, que bien podía aventurarse ya después de los años transcurridos, al amparo de su nuevo nombre y de su nueva situación, a presentarse sin temor de ser reconocida. Sin embargo, a cada nueva persona que se le acercaba experimentaba un sentimiento de terror. Le parecía que iba a oír un nombre distinto del que ahora llevaba; que la iban a humillar, a arrojarla de allí, a hacer que su marido la despreciase.

Ella no se daba cuenta de su propia belleza; conocía sólo la bondad y el cariño que la animaban y quería ser amada sólo por él, por su devoción, su renuncia, su dedicación de todos los momentos. Unos celos inconscientes se apoderaban de su espíritu al verlo con aquellas damas que estaban socialmente más cerca de él, que debían de interesarle más. Sentía una gran angustia al verlo tan alejado de ella, y en el fondo de su alma se proponía no volver a frecuentar aquellas fiestas, que la entristecían y la martirizaban.

III

La Conjura

EN EL salón no se la olvidaba tampoco. El triunfo de Elena había sido tan completo que las damas se veían obligadas a confesarlo. Muchas se vengaban repitiendo como Matilde: —"Parece que conoce nuestro mundo"; y algunos labios de rosa decían con maliciosa entonación: —"Se comprende que Enrique se volviera loco por una mujer así."

Daniel se acercó a Hortensia. —El éxito de nuestra cuñada me tiene sofocado esta noche,—le dijo.

Ella lo miró con sus ojuelos vivos, un tanto asombrados.

—Hubiera sido preferible que no viniera o que pasara inadvertida. Ahora es el tema de todas las conversaciones.

Hortensia sonrió. —Déjelas que hablen mucho, así se acabará más pronto. Te confieso que me ha seducido y comprendo el amor de mi hermano.

El se encogió de hombros e hizo un movimiento para alejarse. Una mano se apoyó en su hombro. —¿Eres tú, primo?—preguntó con la ingenuidad de los distraídos.

El otro lo tomó del brazo.—Sí, yo, tengo que hablarte seriamente.

—¿Qué sucede?

—Que somos unos estúpidos en dejarnos robar por una entretenida.

—¡Cómo!
—Escucha.

Con voz cálida, apasionada, cuyo murmullo apagaba el ruido de la música, le expuso su plan. Aquel pleito, ganado por Enrique, que lo ponía en posesión de una fortuna de mayorazgo y lo erigía en el personaje poderoso e influyente de la familia, venía a hacer más odioso el puesto que en ella había concedido a una mujer aventurera.

Según los derechos reivindicados, él no era más que el usufructuario de sus bienes, que habían de pasar a sus hijos, y caso de no tenerlos, por igual a la rama menor, que representaba el Barón de Niebla y la hermana Hortensia por partes iguales.

—Esa mujer es un peligro para vosotros,—dijo.

DANIEL se encogió de hombros.

—Qué más da.—Enrique es lo bastante joven para no poder pensar en herencias,—dijo.

—¡Quién sabe!—interrumpió su primo.

—Además, no tienen hijos.

—Pueden tenerlos de un momento a otro. Si esa mujer desapareciera él estaría más cerca de nosotros.

—Desaparecer,—exclamó Daniel haciendo un gesto de repugnancia—; eso es cosa de traidor de novela.

—No creas que trato de matarla.

—¿Entonces?

—Ella misma nos dejaría el campo libre.

—¿Cómo?

—Ese es mi secreto. Olvidas que en la vida de esa mujer hay un misterio que la coloca bajo mi dominio.

—Revélamelo.

—Imposible. Secreto revelado deja de serlo; y la fuerza de un secreto no estriba más que en su misterio.

—¿Entonces? . . .

—Preséntame a nuestra prima.

—Bien . . . pero ten en cuenta lo que haces. Enrique la adora y se moriría de pena.

El Barón se encogió de hombros.

—Con eso heredaríamos antes,—musitó.

Después de buscarla por el salón los dos parientes se acercaron a Elena.

Daniel, con su familiaridad de hermano político, hizo la presentación. Ella acogió cariñosa al Barón.

—Es V. demasiado buena, querida prima,—dijo el Barón.—La hemos sorprendido a usted en un momento de abstracción de ensueño, y aun nos perdona.

—No,—trató de decir ella.

—No me lo niegue. Esa calle solitaria que tenemos enfrente se había convertido para usted en uno de esos caminos largos y desconocidos que llevan muy lejos, a otras tierras, donde hay otro cielo y otros hombres. Se estremeció ella.

—Le aseguro que se equivoca. Mi alma ha encontrado su morada y si volaba de aquí era para detenerse bien cerca. En la casa de mi esposo.

—Es usted encantadora. Pero

aquí viene uno de

mis mejores amigos,

y me va a

permitir que se lo

presente. Es un

pintor de fama que

hace poco me decía

que no sabría pintar

a usted porque

cualquier representa-

ción que se hiciera

de su belleza sería

siempre incompleta

si no la representa-

ba a usted misma.

El señor que se

acercaba sonrió al

escuchar las últi-

mas palabras, que

parecían revelarle

toda la conversa-

ción.

—Adalberto

Doré—presentó el

Barón.

Era un tipo ex-

traordinario, alto,

fuerte, rudo; de

frente estrecha, pe-

queña, que apenas

Elena se levantó a saludarlos, besando cariñosamente a la joven, y como deseando cortar la conversación. Pero Enrique había oído las últimas frases.

—No sólo permitirlo sino rogárselo, amigo mío,—dijo.

—Conozco lo exquisito de su arte y me congratulo de que pueda inmortalizar este momento de la vida de mi esposa. La pintura es uno de los grandes dones que nos ha concedido la Providencia. Un artista de talento se apodera de la expresión de su modelo y puede perpetuar la belleza de esas mujeres perfectas, como la Gioconda, como la Duquesa de Oxford, que en la vida nos inspiran el pánico de saber que han de deshacerse fatalmente. Poco a poco. . .

Antes que el pintor pudiera contestar interrumpió Elena.

—No . . . no me retrataré . . . es un honor al que renuncio, porque tengo miedo a una copia demasiado perfecta. Una mujer que fuera como yo y no fuera yo me causaría celos. Me parecería destinada a sobrevivirme, a perpetuarme cuando ya no me vieran. Tengo un miedo árabe a la representación de la figura.

Había tanta decisión en su voz que nadie se atrevió a insistir.

Enrique la miró inquieto. ¿Qué se ocultaba bajo aquellas palabras? Mientras la conversación se generalizaba, él observó la inquietud de su mujer que huía la mirada del pintor, con algo de ese temor que muestran los sugestionados delante de los magnetizadores. Se abanicaba de prisa, desconcertada, como con un deseo de moverse o de correr.

Adalberto tendió la mano hacia su abanico.

—¿Me permite usted, señora.—Lo entregó ella sin contestar.

—Su hermana y Manolita traen esta noche abanicos en los que yo he puesto una flor. Desearía poder hacer lo mismo en el suyo. En ninguna parte luce tanto la firma de un artista como en el abanico de una mujer bella, el cual ya por sí es una obra de arte.

Mientras hablaba había desplegado el abanico.

—Es una joya,—continuó—un abanico de marfil antiguo que resulta anacrónico en una mano juvenil. Es un abanico que debieran manejar las manos de cera de una dama de la vieja corte francesa. Este abanico me inspira tal respeto que no me atrevo a profanarlo.

Sulápiz
había
apenas
trazado



unas líneas sobre las varillas. Lo cerró y se lo entregó a Elena.

Ella lo abrió como atraída por una fuerza superior y palideció intensamente. La vista del extraño signo que

se destacaba sobre la varilla la alteró como si se levantara un monstruo ante ella. Sentía que le zumbaban los oídos, que se le acababa la luz. Por fortuna Enrique, distraído con el Barón, no se había fijado en la escena. El grito de alarma de Manolita le hizo acudir sobresaltado.

Elena se había desvanecido. —No es nada, no es nada; un ligero vahído del calor, la falta de costumbre.

La sacaron de nuevo al balcón mientras Manolita corría a buscar a su abuelo, que era un doctor célebre. Pero Elena tardó poco en recobrarse y ella también murmuró como el artista que había tratado de disculpar su mal.—¡No es nada . . . el calor! Quisiera volver a casa.

Se levantó vacilante. Adalberto le ofreció el brazo. Mientras los demás se disponían a seguirlos, clavó en ella su mirada fosca y dijo con imperio, casi sin mover

los labios, con una voz de ventrílocuo.

—Necesito hacer ese retrato.

IV

Melancolía

ELENA tendida en la meridiana, pálida, inmóvil, no parecía la misma mujer que quince días antes. Desde la noche del baile parecía haber perdido la alegría, el apetito, el sueño, presa de un estado nervioso cuyo origen no sabía explicar.

Vestida con una bata color perla, desnudos los brazos, y el descote, rodeados de encajes blancos, tenía un aire

de melancolía, de sufrimiento, un aire tan interesante y tan gracioso que en vez de perjudicarla avaloraban su belleza.

Enrique la contemplaba triste. En verdad ambos formaban una hermosa pareja. El era alto, simpático, de cabello castaño, algo ondeado, frente bellísima, ancha, serena, y ojos claros, profundos, de dulce mirar, a los que hacían aún más dulces y bondadosos las precoces arrugas de pensador que surcaban levemente la tersura de su frente.

Todo lo que los rodeaba decía bien claramente que no los animaba un espíritu vulgar. El amplio gabinete, con gran vidriera cubierta de cortinas blancas, tenía las paredes engalanadas con reproducciones de magníficos cuadros. Los muebles, originales, consistían en antiguos harqueños, mesitas y veladores llenos de gracia. Una pequeña librería con algunas novelas y libros de versos; y todo decorado de telas extrañas, árabes, búlgaras; viejos tapices, multitud de almohadones. Sobre la mesita del te, cubierta de una tela japonesa, (fondo blanco y pájaros negros, como aviones de largas alas, y flores extrañas de largos pétalos), humeaba la gran tetera de barro. Los ojos de Elena parecían acariciarlo todo dándose perfecta cuenta de su valor y de la felicidad que aquel rincón le ofrecía.

—¿Te has cansado de leer?—preguntó Elena.

—No. He cerrado el libro para mirarte.

—¡Lisonjero!

—Sabes bien que es una verdad.

—Sí, estoy plenamente convencida de tu cariño; pero sufro de verte siempre aquí encerrado, renunciando a todo para estar al lado mío.

—No podría hacer otra cosa. Te veo enferma . . . triste . . . Sí; triste, no lo niegues, y. . .

Interrumpió ella.

—Son los nervios, Enrique. Esta temporada que tú has tenido que trabajar me abandoné demasiado. . . Mira . . . me voy a animar . . . saldré algunos ratos de paseo con Manolita y hasta quiero aceptar el ofrecimiento de Adalberto Doré y hacerme el retrato que deseaba.

Un leve movimiento de contrariedad agitó el rostro de Enrique; e iba a responder cuando unos golpecitos discretos dados en la puerta lo interrumpieron.

—El Doctor y Manolita.

Elena se incorporó con alegría.

—¡Qué gana tenía de que vinieras!—dijo, abrazando a la niña.

El Doctor se sentó cerca de ella.

—No olvide V. que el abuelo de Manolita es médico y tiene que interrogarla. La encuentro demasiado pálida.

—Pues le aseguro que me siento bien. . . Hace un momento le hablaba a Enrique de mi propósito de hacer una vida más activa, si Manolita me acompaña.

—Ya lo creo. Jamás ha tenido mi nieta amiga más de mi agrado. ¿Verdad, Enrique, que forman una pareja encantadora?

—Elena parece una madrecita. Es su gesto característico. Hasta a mí me trata con ternura maternal,—respondió él.

—Es un gesto muy común en los españoles,—continuó el doctor.—Lo he observado en muchas ocasiones, hasta en el teatro. La Duse, la gran Sarah Bernard, la Rejane, todas las artistas extranjeras, cuando hacen el papel de madres y tienen que abrazar a sus hijos en escena ponen en el abrazo coquetería de enamorados; nuestras grandes actrices, cuando tienen que abrazar al amado, ponen en su gesto de pasión algo de maternal.

—ES QUE hemos nacido para madres,—interrumpió Elena.

—Más de lo conveniente,—repuso con rapidez el doctor.

—¿Cómo?

—Cuando el sentimiento cautiva la inteligencia suele quedar olvidada, señora, el instinto de servidumbre se exagera . . . nosotros abusamos y el pobre ángel del hogar se convierte en una criada ignorante y pasiva.

—¡Por Dios, Abuelito!

—Es la verdad, hija mía. Por eso yo soy el más convencido de los feministas. De todas las faltas de las mujeres los hombres tenemos siempre la culpa.

Mientras hablaba había pulsado a Elena.

—Está V. bien . . . y sin embargo . . . un poco de nervios . . . un poco débil. . . ¡Hay que cuidarse!—Sacó el reloj.

—Le dejo a Manolita mientras voy a una consulta para la que me han requerido.

—Yo—dijo Enrique—aprovecho entonces la ocasión de arreglar algunos asuntos que había abandonado por no dejar sola a Elena.

—¡Ves como lo adivinaba yo!

—No te inquietes.

Se inclinó galante delante de la niña y besó la mano de su mujer. Mientras el doctor se dirigía a la puerta murmurando.

—Las consultas son el hueso de nuestra profesión. En ellas tenemos que actuar de jueces de un compañero o presentarnos como reos. Es donde más se ve lo imperfecto de la ciencia, cuando puede opinarse de diversos modos en lo que sólo tiene una única solución.

V

Confidencias

CUANDO las dos amigas se quedaron solas Manolita se acercó a Elena.

—No me gusta que estés preocupada,—dijo.

—No lo puedo remediar. El cambio de vida que se opera en nosotros me desconcierta.

—Tú crees como mi abuelito que cada época nueva

(Continúa en la página 36)

LA ULTIMA AVENTURA

Por Jesusa Alfau, española

Cuento veraniego que si no pasó está para pasar en cualquier playa.

ILUSTRACIONES DE
C. E. CHAMBERS

PENSABAN todos, y lo decían, que Miguel Fernández, aunque nacido en un castizo barrio de Madrid, era la más cosmopolita figura que vagaba con atrevidas gallardías, por la frívola elegancia de casinos y balnearios. Como un sajón, ostentaba varias copas ganadas en deportes; sabía, como un galo, charlar espiritualmente; era galante, audaz, tenorresco como un español o un hispano-americano.

Este último verano ocurrió la mas notable aventura de su vida errabunda y vacía de juiciosas y conscientes horas.

La guerra europea, había convertido en hospitales los lujosos y brillantes balnearios de Francia y otras naciones; y la poética playa española sabiamente cosmopolita, albergaba un gran tropel de extranjeros. Fernández, asiduo de Badén, Deauville, Biarritz, permanecía este verano en la ciudad del norte de España. Pero los que conocían sus aventuras, no podían relatar aquel año, entre una y otra jugada de *baccarat* o uno u otro vals de la orquesta de *tziganos*, nada sensacional. En la más extraña calma pasaban los días y las noches del *distinguido sportman*. Su *carpet* de conquistador tenía en Setiembre todavía blancas las hojas. Y sin embargo, él mismo podía jurar que lo más extraño y sensacional de su vida estébale ocurriendo en silencio, corazón adentro, bajo la frívola indiferencia de su vivir.

Levantando un murmullo de admiración y curiosidad, haciendo urdir en torno suyo los más raros comentarios, había llegado a la playa una bellísima extranjera, muy joven, muy elegante, y muy reservada, casi esquiva, y sólo acompañada de una vieja pariente o institutriz aun más esquiva y reservada. En el primer momento de verla, sentado en la terraza del Casino, mientras encendía un cigarro, Fernández se prometió a sí mismo la conquista de la extranjera y anotar uno de los más sugestivos nombres que en su *carpet* le acreditaran sus timbres de glorias donjuanescas.

Hecho el propósito conquistador, el cosmopolita empezó a trazar planes, en la sombra, pues conocía la gravedad del ridículo, más en una vasta reputación como la suya.

Trabar conocimiento en un balneario, con cualquier persona, es fácil, más para un hombre de mundo.

—¿Es V. de Petrogrado, de Viena, de Londres, de París?—habíale preguntado.

Ella respondió en un francés exquisito:

—Permítame, que e lo oculte. Temo sus simpatías por uno u otro beligerante.

—Soy neutral, absolutamente neutral. No; no, es verdad desde ahora soy suyo. Sería capaz de ir a morir por su país sea el que sea.

La bella extranjera se rió:

—¡Oh! ¡Los españoles! Dudaba si era V. español. Sus palabras me lo han revelado. Fernández insistió:

—Revéleme V., con las suyas, su nacionalidad.

—No es necesario para. . .

Se detuvo y se sonrojó, como cualquier tímida española de una vieja ciudad castellana, andaluza. . .

El, gravemente, terminó:

—Es verdad; no es necesario, para que yo la quiera. La incógnita lo creyó en broma. Y charlaban y reían, siempre en francés. El con mundana cultura sabía decirle frases acaso tomadas de Marcel Prevost, que conoce el alma de las mujeres.

El leyó en el libro del hotel, un apellido, que nada decía. Tenía, según pensó un ligero perfume de ficción. ¿Sería supuesto?

Era largo el transcurso del verano, siempre fugitivo, porque el alma de Miguel vivía de espera, curiosa y anhelante. Nunca le había ocurrido nada parecido, tan lenta y difícil era esta conquista. Todas las mañanas iban juntos al baño, unas tardes oían el concierto y tomaban te en el casino; otras, bajo la vela blanca como una bandera de



Miguel corrió tras ella; la vió tan alegre, tan ágil, oyó tan sonora e indiferente su risa, que comprendió todo su fracaso. Pero siguió corriendo para alcanzarla, y ya al llegar a ella, se inclinó a las olas, cogió en las manos agua y espuma y se la tiró al rostro.

paz, de un balandro de regatas, se iban mar adentro, bajo un cielo azul con albas nubes, sobre un mar azul con albas espumas, como una gaviota audaz y ansiosa de conquistar el infinito, de llegar al lejano misterio del horizonte remoto que levanta en el pecho un profundo anhelo. Y por las noches bailaban, mientras en la playa las olas rompían en las sombras y brillaban las luces en las aguas dormidas. Y ella siempre esquiva, indiferente, una esfinge reidora.

Mediaba Setiembre, y ya el "audaz cosmopolita" pensaba, que éste iba a ser su primer fracaso, pero lo más triste, que también sería el fracaso de su corazón por primera vez cogido, como novicio, en una aventura de amor.

—Mientras se ría, no me amará.

Era su convencimiento.

DECIDIÓ apelar a un recurso extremo. La mañana era hermosísima. Un cielo muy claro, muy azul, pálido en la línea en que tocaba el mar sereno, que rompía pomposas alburas bajo el sol exultador de toda belleza. Había en todo el ambiente una vibración y una alegría de luz, que casi más conmovía un alma sensible, que la llenaba de alegría. Al encontrarla al salir cada uno de su caseta de baño, Fernández, puso la cara más triste, que le fué posible, y esto no le era muy difícil, pues de verdad, el indiferente cosmopolita, ya sabía lo que era la tristeza de amar. Ella risueña preguntó en su suave y exquisito francés.

—¿Qué le ocurre hoy?

—Que esta tarde ya la dejaré a V. mi bella amiga.

Los ojos risueños, expresaron asombro:

Miguel fué explícito:

—Sí; vuelvo a Madrid. Estoy comprometido; este otoño me casaré.

Ella se sonrió, pero los ojos se enseriaron profundamente, y bajo el *rouge* de las mejillas debió palidecer. Pero de pronto, se volvió y corrió hacia el mar riendo siempre, saltando, sobre las olas languidecidas, primero, luego sobre las espumas albas y brillantes bajo el sol, con los ojos fijos en el horizonte lejano, infinito, como si corriera tras una alegre quimera que se escapaba.

Miguel corrió tras ella; la vió tan alegre, tan ágil, oyó tan sonora e indiferente su risa, que comprendió todo su fracaso. Pero siguió corriendo para alcanzarla, y ya al llegar a ella, se inclinó a las olas, cogió en la mano agua y espuma y se la tiró al rostro; ella se detuvo, cegada, sorprendida, y exclamó en el más castizo castellano:

—¡Jesús! ¡Qué broma tan pesada!

El fué entonces, el cegado y el sorprendido:

—¡Ah! ¡Española! ¡qué broma tan absurda!

Pero ella siguió corriendo y él detrás. Ya dentro del agua la alcanzó, y la retuvo casi abrazada, y pudo ver que en sus pestañas brillaban al sol unas gotas de agua, que podían ser también lágrimas, y él se alegró de que ella ya no reía.

—¿Por qué?—le preguntó simplemente.

—Como V. tenía fama de Tenorio. Quise ocultarme. Quise rechazarlo. Que no se divirtiera conmigo. Y ya ve; V. tiene su novia y se va a casar.

—Es verdad; tengo mi novia y me voy a casar.

Y zambullendo la cabeza en el agua, Miguel le tomó las manos y bajo las olas luminosas y alegres al sol, se las besó apasionadamente.

Aquel mismo año, en una vieja iglesia románica de Palencia o de Segovia, se casaron los dos cosmopolitas españoles.



Han de probar esas palabras o las haré pagar bien cara esa insolencia

AL NORTE de Bellaflor, en Irlanda, el país de las violetas y de las leyendas, hay tres pedazos de tierra que se extienden del valle hasta el pináculo más alto del monte inmediato a la población, los cuales se conocen, por más de diez leguas a la redonda, con los nombres de "tierra del loco", "tierra del muerto" y "tierra del demonio". Consecuencia de ello era que a cada hijo mayor que heredaba uno de aquellos pedazos de tierra se le conocía por Juan el Loco, Manolo el Muerto y José el Demonio, o cual su nombre de pila fuera, más el correspondiente apodo anexo a la tierra de su propiedad.

La tradición que dió motivo a esos apodos ha permanecido por más de veinte años en mi memoria, con las otras no menos curiosas que llevo publicadas y que publicaré para regocijo de los lectores curiosos que, sin las molestias del constante viajar, quieran saber lo que de maravilloso existe por el mundo.

Quizá fuese un siglo hace, quizá más o quizá menos, cuando habían tres hermanos, Cayetano, Domingo y Tirso, a quienes pertenecían, por derecho de sucesión de trabajos y no por títulos de propiedad, tres pedazos de tierra comprendidos entre el valle y la montaña, en uno de los más pintorescos pueblitos de Irlanda. Los tres hermanos, que pasaban por los más listos de la baronía de Kilcar, estaban casados con tres muchachas más vivas e ingeniosas de toda la comarca.

Erase uno de esos días nublosos tan comunes en las costas irlandesas cuando las tres muchachas se reunieron, en un mesón del pueblo inmediato, con motivo de la feria, para cambiar impresiones sobre sus maridos, al tiempo de reparar fuerzas que las permitieran llegar a sus respectivas casas con las mismas energías que de ellas sacaron.

Entre bocado y chiste se pasaron dos horas largas, las bastante para que el mozo que las servía perdiera la paciencia y se atreviese a preguntar quien pagaría la cuenta. La menor de ellas, la más traviesa por cierto, contestó a la inmediata en tono picaresco: "¿quién ha de pagar? pues el Señor que está arriba." Y así diciendo levantaba el brazo como queriendo señalar al cielo.

Fuése el bueno del mozo escaleras arriba, saltando de tres en tres los escalones, hasta llegar a la habitación ocupada por el barón de Kilcar, dueño y señor de todo aquel distrito, que a la sazón se encontraba disfrutando de las delicias culinarias del lugar, con más de una copa de vino subiéndosele a la cabeza; y con todo el respeto que le merecía su alta gerarquía le presentó el mozo la cuenta debida por las tres hermanas.

LOS efectos del alcohol no dejaron que diese un brinco al señor barón, pero sí a bajar como un torbellino, y encararse con las muchachas, sintiendo de gran ultraje el inferido a su soberbia mandona.

—¿Qué significa tamaño atrevimiento? ¿de dónde han sacado ustedes que voy a ser tan imbécil como para pagar una cuenta de gastos hechos por personas a quienes no conozco siquiera?

Las tres hermanas rieron de lo lindo por el error sufrido o por la necedad del mozo; pero queriendo sacar partido del mismo y guiñándole un ojo a sus hermanas, respondió la misma que antes había hablado al mozo: "No creemos que sea usted menos imbécil que el resto de los hombres."

Entre amoscado y rabioso volvió a preguntarlas el barón: —¿Están ustedes casadas?

El Loco, el Muerto y el Demonio

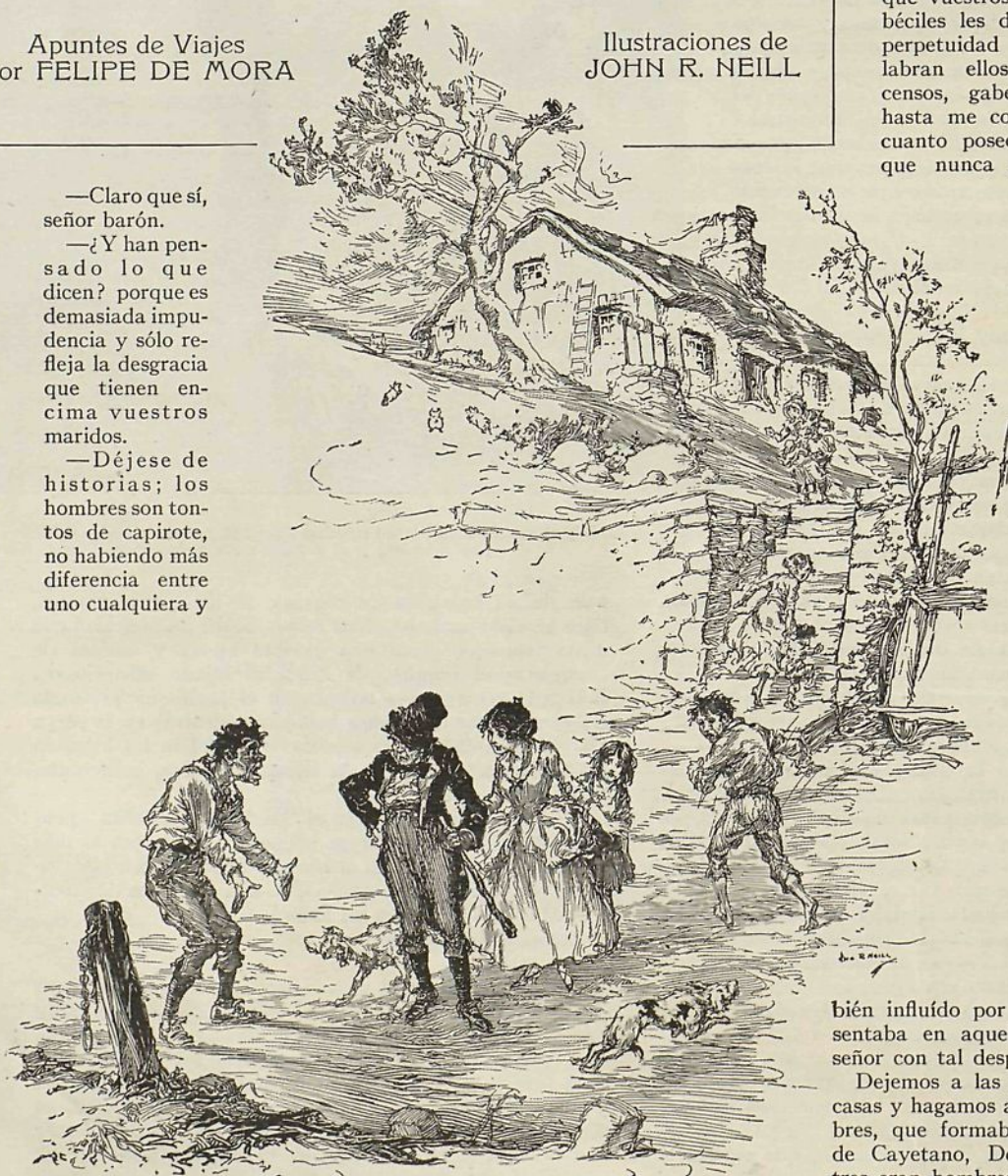
Apuntes de Viajes
Por FELIPE DE MORA

Ilustraciones de
JOHN R. NEILL

—Claro que sí, señor barón.

—¿Y han pensado lo que dicen? porque es demasiada impudencia y sólo refleja la desgracia que tienen encima vuestros maridos.

—Déjese de historias; los hombres son tontos de capirote, no habiendo más diferencia entre uno cualquiera y



nuestros maridos sino en que éstos son los mayores imbéciles de entre todos.

—¿Quiénes son esos desgraciados?

—Vuestros colonos de Bellaflor, Cayetano, Domingo y Tirso.

—¡Los tres más listos de toda la baronía!—prorrumpió con estupor y asombro el señor barón, agregando en tono solemne y autoritario:—Han de probarme esas palabras o las haré pagar bien cara su insolencia. Dentro de una

semana, a contar desde hoy, dispondré de vosotras como me plazca si no han justificado sus palabras a mi entera satisfacción.

—Conformes; pero si lo probamos ¿cuál será nuestra recompensa? porque una cosa pide la otra.

—Justo, muy justo; si me probáis que vuestros maridos son unos imbéciles les daré en propiedad y a perpetuidad las tierras que hoy labran ellos, exentas de rentas, censos, gabelas y contribuciones: hasta me comprometería a ofrecer cuanto poseo en la convicción de que nunca podréis probarme tal

injuria—, remarcó el autoritario barón, perdiendo buena parte de su mal humor del principio, ahora sustituido por la fatuidad de su posición.

—No gallardee mucho su señoría—, atrevióse a replicarle la pequeña, con ojos que despedían chispas de malicia.

De nuevo estuvo para estallar la cólera del señor barón, ante las alegres risotadas de las jóvenes; pero la gracia con que fueron pronunciadas aquellas palabras contuvo el ceño y alargando la mano a cada una de ellas, como sellando el pacto estipulado, despidióse caballerosamente, no sin antes haber pagado todo el gasto que las tres hermanas habían hecho en el mesón; quizá también influido por la bravura que representaba en aquellos tiempos hablar al señor con tal desparpajo.

Dejemos a las jóvenes camino de sus casas y hagamos amistad con las costumbres, que formaban leyes, en las vidas de Cayetano, Domingo y Tirso. Los tres eran hombres muy trabajadores, de

hábitos muy morigerados, atentos a sus quehaceres: los tres parecían cortados por la misma tijera, en cuanto a comer bien y a dormir una buena siesta se refería.

Ocurrió que al día siguiente del pacto de sus mujeres con el barón, descansando Cayetano de su fuerte comida y bebida, le pintó su mujer la cara de blanco-amarillo, lo envolvió en una sábana blanca y como pudo lo llevó hasta la cama, poniéndole cuanto estirado pudo sobre aquélla y con cuatro candeleros a los pies y a la cabecera.

Y cuando Domingo se durmió su mujercita lo pintó de negro, con ribetes rojos al rededor de los ojos y de la boca, y el cuerpo rojo, también, con manchas verdes y negras. Y la mujer de Tirso dió a éste unas batatas cocidas que le dijo eran coliflores rellenas, un pedazo de trucha que afirmaba eran lechugas fritas y un cacharro de manteca que sostuvo con tenacidad era un ponche exquisito.

El bueno de Tirso se rió al principio, creyendo que se trataba de una broma, a las que estaba bastante acostumbrado. Pero viendo que ella permanecía seria llegó hasta enfurecerse, calmándose algún tanto ante la perspectiva de si ella hubiera perdido el juicio o si él empezaba a volverse loco. Con esta preocupación se fué a dormir su acostumbrada siesta.

CUANDO despertó Cayetano y miró a su alrededor, viendo las luces de las velas y la cama cubierta de negro, y él vestido de blanco, gritó desesperado llamando a su mujer para preguntarle lo que aquello significaba.

—A callar y a tumbarse sin asustar a las gentes que no tardarán en llegar. ¿No te has dado cuenta todavía de que has muerto?—Y así diciendo empezó a llorar desconsoladamente.

—¡Muerto! ¿que desatino dices? ¿te has vuelto loco? ¿Acaso no estaba vivo cuando me acosté a dormir la siesta?

—¡Ay, pobre mío! que pena tan grande tengo; que Dios te haga descansar, ya que bastante trabajaste en esta vida: descansa y no pienses como los demás, que nunca creen en su propia muerte.—Y así diciendo, dió otros cuantos sollozos desconsolados, cubriéndose la cara con el delantal, presa de temblor convulsivo; agregando momento después:—¡Qué Dios tenga piedad de mí, ya que tan joven me dejó viuda!

—María, María,—gritó Cayetano en terrible alarma;—¿Quieres volverme loco? ¿acaso no estoy hablando y puedo moverme como siempre?

—Así sois todos los hombres y así fuiste en esta vida; rogaré al Señor noche y día para que cambies en ese otro mundo donde ahora te encuentras; no me cansaré, no, esposo mío, de pedir por tí para ahorrarte este disgusto de oír por mi propia boca lo ocurrido y descanses en paz por los siglos de los siglos.

—Basta de aspavientos, locura o necedad, la interrumpió Cayetano algo furioso,—o vas a hacer que me vuelva loco y te haga callar a la fuerza.—Y diciendo esto saltó de la cama y se miró al espejo donde reflejándose su blanco-amarillo rostro, semejante a la muerte, lanzó un horrible alarido, sin poderlo evitar.

—María, mi querida María, ¿dices en serio eso de que yo he muerto?

—Desgraciadamente, pobre mío, así lo ha querido Dios: moriste pacífica y dulcemente anoche al sonar las doce. Miguel el carpintero te tomó la medida y le esperó de un momento a otro con el ataúd, y sería de lo más extraño y nunca visto por estas tierras, el que un cuerpo anduviera así como tú, tan próximo al entierro; por eso te ruego, esposo mío, que vuelvas a la cama otra vez.

—No puedo creerlo, no puedo creer que estoy muerto,—suspiró Cayetano desalentado.

—Cuando pertenecía a este mundo le costaba trabajo al diablo convencerte de alguna cosa, y ahora veo que tampoco en el otro mundo has mejorado; pero si no quieres creerte mira por la ventana.

Así oyendo Cayetano se acercó a la ventana y vió que el mismo demonio se acercaba a su casa, haciéndole gritar con desesperación:—Jesús, Jesús mío, ¿Tan malo he sido que viene el diablo por mí?

—Sí, pobre mío, sin que me quede remordimiento alguno de haber desperdiciado ocasión para salvarte, bien lo sabes tú; pero no querías hacerme caso y seguías yendo a la taberna, u otras partes peores, y ahí tienes las consecuencias; el diablo viene por tí porque necesita tu alma.

Era el caso que al despertar Domingo de su siesta y ver a su mujer horrorizada, diciéndole que era el diablo en persona, se miró al espejo y viéndose con aquella cara tan espantosa, no supo lo que le ocurría y, como siempre que tropezaba con algo extraño e incomprensible para él, se fué en busca de su hermano mayor a que le sacara de la duda.

Cuando Cayetano vió acercarse al diablo salió a la calle corriendo, encaminándose a la casa de su otro hermano, como único sitio de refugio; y viéndole Domingo correr siguiólo gritando:—Cayetano, Cayetano, espérame, que vengo por tí, te necesito.

Pero Cayetano corría más aprisa pensando para sus adentros: “Claro que me necesita, como que morí y quiere meterme en los profundos infiernos.”

—Cayetano, Cayetano, aguarda, detente, que venía por tí y no he de marcharme sin tí—gritaba Domingo redoblando su velocidad, en sus anhelos por alcanzarle lo antes posible.

—Bien lo sé, por mi desgracia,—repetía Cayetano con desconsuelo, quitándole las alas al propio viento para ponérselas en los pies y seguir huyendo del diablo.

Por su parte, el infeliz Domingo pensaba para sí: “No hay duda posible, debo ser el mismísimo diablo cuando hasta Cayetano, que tanto me quería, huye espantado de mí.”

Llegado Cayetano a casa de Tirso se entró por las puertas como un torbellino, dando unos gritos tan horribles que despertaron a su hermano con el sobresalto

natural, y sentándose en la cama, con los ojos saltones del miedo, prorrumpió desahogado:—¿Quién eres, visión del otro mundo y que quieres de mí?

—Soy yo, tu pobrecito hermano que viene a que le salves; estoy muerto desde anoche y el demonio viene a mis alcances para llevarme consigo a las calderas de su maestro Pedro Botero.

Así decía cuando entró Domingo sofocado y casi sin respiración, obligando a Cayetano a meterse bajo la cama, para huir de su temida presencia. Y Tirso, que nunca había visto andar y hablar a un muerto, ni nunca estuvo en presencia del diablo, cayó de espalda suplicante y murmurando:—¡Ay, Dios mío! ayúdame: mi pobrecita mujer estaba en lo cierto al decirme que estaba loco de remate. ¿Por qué me dejarán suelto y expuesto a cometer cualquier barbaridad en perjuicio de mi propia familia y del público en general? No es aquí ciertamente donde debo estar, sino en el manicomio.

—Y yo estoy seguro, dijo Domingo,—que éste no es mi lugar, sino los profundos abismos del infierno.

—¿Pues qué diré yo?—prorrumpió Cayetano asomando su cabeza por bajo de la cama:—yo estoy convencido que este escondite no es el sitio donde me corresponde estar, sino en una fosa decente, donde no pueda contagiar a mis convecinos.

PUESTO de acuerdo los tres hermanos sobre sus respectivas situaciones y conveniencias, salieron en dirección a sus respectivos lugares.

Cuando Tirso llegó al manicomio y habló con el director, díjole éste que sin duda alguna era el mayor loco que había visto en su larga carrera, pero que no podía encerrarle sin la orden expresa del magistrado. Y hacia el palacio del barón se dirigió Tirso.

No se detuvo Cayetano hasta llegar al cementerio y rogarle al guarda que le enterrase. Alarmado de tan extraña pretensión trató el pobre hombre de disuadirle, demostrándole que estaba vivo y no podía cometer ese crimen; pero ante el encolerizamiento del muerto andante le recomendó se avistase con el señor barón y recogiera de él el correspondiente certificado, sin el cual no se enterraba a nadie. Y hacia allá se marchó Cayetano.

Domingo salió en busca del sitio que le correspondía sin saber de cierto la dirección, o no recordándola con exactitud, motivo que le obligó a preguntar en varias partes por el camino del infierno, sin que hallase quien le quisiera contestar, pues por donde pasaba iban cerrándose puertas y ventanas, consternado el público a la vista de tan horrible aparición, hasta que por fin tropezó con un alma generosa, un poquito chufón, que le dijo:—Ninguno de nosotros sabemos lo bastante de geografía para dirigirte con exactitud; lo mejor que puedes hacer es preguntarle al señor barón, que si no anduvo por allá no debe haber estado muy lejos. Y hacia casa del barón se dirigió este otro hermano.

Sorprendióle las visitas en la propia cama, que aun conservaba los humillos alcohólicos de la buena digestión de su señoría. Lord Kilcar no sabía si descansaba sobre sus posaderas, sobre su cabeza o sobre sus talones, cuando escuchó la súplica del uno, pidiéndole la orden para que le admitiesen en el asilo de los lunáticos, el otro preguntándole por el camino más directo del infierno, y el otro que le certificara su defunción para que le enterrasen con decencia.

—No es cristiano,—decía Domingo,—que ande suelto por ahí el mismo diablo.

—Yo no me quejaría,—murmuraba Cayetano,—si no estuviese tan cerca el calor y fuera



¿Pues qué diré yo?—prorrumpió Cayetano asomando su cabeza por bajo la cama

demasiado dañino el dejarme sin enterrar por largo espacio de tiempo.

—Y yo,—dijo Tirso, moviendo su cabeza con desaliento—he visto cosas tan extrañas en estas últimas horas que, si no me encierran en el manicomio enseguida y me ponen la camisa de fuerza, no seré responsable de lo que haga.

—Señores, señores, calma, por lo mejor del mundo, por lo que más querráis, callarse ya,—interrumpió el atemorizado barón;—volved a vuestras casas y comportaros como personas decentes, honradas, inteligentes y buenas, como siempre habéis sido.

Apenas escucharon estas palabras, los tres hermanos levantaron la voz a un tiempo y amenazantes, desahogados gritaban:

—¿Negará usted un certificado de defunción a un pobre cuerpo insepulto?

—¿Rehusa usted la orden para entrar en un manicomio a un pobre loco?

—¿Será usted tan duro de corazón que no me encaminará hacia el infierno?

—Si no me da permiso para el entierro correré insepulto por el mundo persiguiendo a usted hasta el día del juicio.

—Si no me manda usted al manicomio yo mismo haré uno en este mismo palacio.

—No harás tal,—replicó Tirso,—porque yo necesito de esta casa para convertirla en infierno, si el barón no me encamina al mío.

Así continuaron terrorizando, con horribles amenazas, al atolondrado barón, en forma tal que no había cerebro humano, cuerdo o monomaniaco, que lo concibiera.

Lord Kilcar no sabía lo que hacer: aquellos ilusos no tenían sus lenguas y chillaban hasta hacerle ensordecir, pretendiendo acallarse el uno al otro con argumentos a cual más extraños, hasta que al cabo se le ocurrió al barón llamar a las tres mujeres y darse por vencido en la apuesta, con tal de que se llevaran a aquellos imbéciles.

Con esta esperanza en su mollera contuvo un poco a los tres hermanos, pidiéndoles tuvieran paciencia por unos momentos, hasta concederle el tiempo necesario para satisfacer sus justas pretensiones: en el interín metió a Cayetano en un dornajo de cerdos, cubriéndole con otro; encerró a Tirso en el pajar, y montó a Domingo sobre una estufa pintada de encarnado, imitando llamas.

ASI fué como les encontraron sus respectivas mujeres al llegar a casa del barón, por la urgente llamada de éste, quien las rogó se llevaran a aquellos tres lunáticos maridos sin perder un segundo, con las tres escrituras, que para el caso había preparado con todos sus requisitos, concediéndolas las tierras que sus maridos labraban, a perpetuidad y libre de toda renta y gabelas, mientras el viento zumbara y el gallo cantara.

—Confieso de todo corazón,—las dijo el confundido y ya sumiso Lord Kilcar,—que habéis probado hasta la saciedad el que vuestros maridos son los tres hombres más simples que andan por el mundo, temiendo que si es proponéis me probarán a mí también que yo soy el mayor tonto de los cuatro.

—Eso no es difícil, señor barón,—dijo picarescamente la mujer de Tirso, que era la más resuelta de las tres, aquella misma que días anteriores le propuso la apuesta en el mesón.

—Supongamos que hacemos un ensayo,—inició con malicia y picardía la mujer de Domingo.—¿Qué nos daría su merced si lo conseguimos en menos de veinticuatro horas? Y si nos apura mucho, en este momento.

El atolondrado barón las salió al encuentro temblando, azorado, ante la sola perspectiva de hacer un solemne ridículo ante las tres graciosas y geniales muchachas.

—Daré a cada una de vosotras cien libras esterlinas, en oro contante y sonante, si marchan enseguida con sus maridos y me prometen no acercarse a mí, ni a mi casa, en lo que os resta de vida.

Y con tales riquezas en sus bolsillos salieron los tres matrimonios de casa del barón, alegres y satisfechos como nunca, y dispuestos a vivir en paz y en gracia de Dios. Y murieron después de legar al mundo sus convicciones acendradas sobre que, aun cuando cada hombre es un perfecto imbecil, cada mujer puede hacer de su marido el mayor imbecil conocido, o el más sabio y feliz, según se la ponga en la mollera.

Las tres tierras fueron legadas a sus tres hijos primogénitos, y de éstos pasaron a los otros, y cada uno de los poseedores tomaron el apodo de sus tres grandes progenitores, El Loco, el Muerto y el Demonio, hasta nuestros días y por los siglos de los siglos venideros, que continuarán designando aquellos terrenos como “La tierra del Loco”, “La Tierra del Muerto” y “La Tierra del Demonio o del Diablo”.

No me contaron más en el pintoresco pueblecito irlandés; pero por la actitud de los hombres, por la fama que tienen por el mundo y por la fe que ponen en sus leyendas deduje que aun sigue dominando la creencia de que el hombre es solamente lo que quiere su mujer.

De Nuestro Concurso Literario

LA MARIPOSA Y LA FE

Por Luis F. Padilla (Nicaragüense)

ILUSTRACIÓN DE C. E. CHAMBERS

AL ATARDECER de un caluroso día de verano, hallábase la infeliz Mercedes sentada junto a la ventana, contemplando con entristecidos ojos el frondoso jardín de su casita.

Los últimos rayos del sol poniente despedían débiles reflejos purpúreos y escarlata, mientras la luna surgía apagada por el oriente, con la gallardía y majestuosidad de una gran promesa próxima a realizarse.

Reclinado sobre el regazo de su amantísima madre hallábase Luisito, niño de corta edad, único consuelo de aquella infortunada criatura que, aun muy joven, ya conocía los terribles golpes de la adversidad. Y el niño la miraba con sonrisa dulce y cariñosa, como si en su inocencia infantil presintiera el valor real de la tristeza que leía en los ojos de su madre.

Cuando el sol estaba para hundirse en el ocaso, Mercedes abandonó la ventana y, suspirando débilmente, se dispuso a preparar la comida. Pero la infeliz se hallaba en tal estado de abatimiento que no pudo probar bocado: un nudo cruel se anudaba a su garganta; el nudo de la congoja próxima a desatarse.

Luisito también estaba triste, y al ver que, sin poderse contener más, su madre lloraba, lloró con ella en silencio, puesto su bracito derecho alrededor del cuello, mientras su otra manecita se entrelazaba con la de Mercedes; abrazo dulcísimo del dolor y la inocencia en su más hermosa representación.

El motivo de la pena que embargaba a Mercedes era muy fácil de comprender. La primavera anterior había fallecido Raimundo, su esposo idolatrado. Fué aquel un joven apreciadísimo de cuantos le conocieron, por sus bondades y cariñoso trato, el cual había reunido a fuerza de constante y honrado trabajo, unos pequeños ahorros que destinó a la compra de la casita y del jardín que actualmente habitaba Mercedes con el único fruto de aquellos amores.

Poco tiempo vivieron felices los dos esposos, viendo realizada la mayor ilusión de sus vidas; la posesión de la casita alegre y coquetona que habría de compartir la dicha de aquellos tres seres buenos. Pues antes de verla pagada por completo se desarrolló una terrible epidemia en aquella comarca, de la cual fué Raimundo una de sus primeras víctimas.

FUE tan rudo el golpe que recibió Mercedes con la muerte de su marido que por más de dos meses luchó entre la vida y la muerte; pero Dios la salvó, sin duda para que velase por el huerfánito. Si a ello se agrega la amenaza de perder la casita en un pleito injusto, comprenderemos la difícil situación de la joven madre y las poderosas razones de su tristeza.

Era el caso que el arrendatario en cuya casa había trabajado Raimundo, quiso recompensar a éste de su celo y actividad y le adelantó ochocientos pesos para completar el costo de la vivienda y la adquisición de un jardín-cito-huerta adyacente, cuya suma se comprometió Raimundo a devolver entregando mensualmente diez pesos en metálico y diez en trabajos ejecutados en horas extraordinarias. Este compromiso lo venía cumpliendo con toda exactitud, y al tiempo de su fallecimiento sólo le restaba por pagar unos cien pesos.

Desgraciadamente para la infeliz viuda, poco tiempo después de Raimundo murió también su protector, y los herederos de éste encontraron entre sus papeles el crédito de los ochocientos pesos firmado por Raimundo, sin constar alguna de descargo; y como no conocían el exigieron de Mercedes la entrega total del crédito.

Vanos fueron los esfuerzos de la joven para convencer a los herederos, y más tarde al tribunal, de que su marido no debía más de cien pesos: nadie la quiso creer, no pudiendo ofrecer prueba alguna de sus palabras y afirmaciones, y fué condenada a pagar toda la suma, so pena de incautarse los herederos de la casita para resarcirse de la deuda.

Al día siguiente de verla al pie de la ventana y más tarde en los brazos de su pequeñuelo, llorando su desventura, vencíase el plazo oficial del tribunal sentenciador, y como había agotado el último recurso de súplica cerca de los herederos, veíase ya desamparada y sin refugio, con aquel inocente hijo de sus entrañas vagando por el mundo inclemente, siendo eso el motivo de su profunda tristeza, de su cruel amargura.

—¡Dios mío!—decía desconsoladamente:—¿Será posible que me dejes sin el único recuerdo y recurso de mi vida? ¿no podrá mi Luisito comer ninguna de las frutas de estos árboles que su padre plantó y cuidó para él con tanto esmero y cariño? ¿será posible, Dios mío, que mañana salgamos de aquí, sin tener un rincón donde mi hijo y yo nos cobijemos y sin contar con nadie que nos proteja, consuele y auxilie?

Luisito, al ver el abatimiento tan grande de su madre, que iba apoderándose de ella por instantes haciéndola desfallecer, se vió inspirado por una luz divina, que angelizaba aun más su carita, y la interrumpió lleno de alientos: —No te aflijas, mamita mía; acuérdate que papá nos dijo antes de morir que Dios es muy misericordioso y no abandona nunca a quien de El se acuerda, ¿no es esto cierto?

—Sí, angel mío—replicó su madre entre sollozos.

—Pues entonces no hay porqué entristecerte, roguemos a Dios y El nos protegerá—continuó diciendo Luisito.

—Tienes razón, hijo mío,—respondió Mercedes, abrazando una vez más a aquel trozo de su corazón, con esa ternura infinita que sólo conocen las madres.—Elevemos al cielo nuestras plegarias y pidamos a Dios que venga en nuestro auxilio con toda la generosidad de su omnipotencia, a cambio tan modesto como el de ofrecerle nuestras vidas y nuestras almas.

Madre e hijo se pusieron de rodillas, juntaron sus manos y elevaron al Altísimo esta plegaria:—Padre celestial: Vos que sois el consuelo de todos los que gemimos en la

sus oraciones,—es una mariposa, que tiene la costumbre de revolotear entre las flores, y que atontada por la proximidad de la noche se ha dejado llevar por la brisa que la condujo hasta nosotros.

—Pues mira, mamita, yo quisiera cogerla y acariciarla: ¿Puedo cogerla, mamita mía?

—Sí, rico mío, puedes cogerla, pero con mucho cuidado, pues es tan delicada que a la menor presión se deshace.

Luisito se acercó a coger la mariposa, pero en el momento que su manecita iba a apoderarse del insecto, éste se puso detrás del gran armario que en el cuarto había.

—¡Qué lástima!—exclamó el niño con desaliento:—se me escapó cuando casi la tenía entre las manos. ¿Por qué no separas un poco el armario, mamita, y así podré cogerla con más cuidado.

La bondadosa madre fué a hacer lo que su hijo le había pedido; pero al correr el armario oyó que caía un objeto al suelo y se inclinó para cogerlo. Cual no sería su asombro al encontrar el dietario en que su marido apuntaba cuidadosamente todos sus negocios y el cual había estado buscando inútilmente para probar al nuevo arrendatario, es decir, a los herederos del protector de Raimundo, la veracidad de sus afirmaciones sobre la deuda.

Se apresuró Mercedes a encender una vela, que la permitiese examinar al detalle todas las inscripciones, y como sospechaba, encontró allí, perfectamente detallados, los diversos pagos que su marido llevaba hechos a cuenta. Al final del cual se leía lo siguiente: "El día de San Juan he recibido de Raimundo Coca la cantidad de veinte pesos; por consiguiente no me queda a deber más que cien."

Fué tal el contento que con el hallazgo recibió Mercedes, que no cesaba de dar gracias a Dios.

LUISITO, viendo la alegría de su madre, se sintió tan feliz que empezó a cantar y a bailar, sin acordarse de la mariposa, mientras que con palabras llenas de regocijo decía a su mamá:—Mamita, ese hallazgo se debe a mí, pues si yo no te hubiera dicho que separaras el armario no hubieras encontrado ese cuaderno.

—Tienes razón, hijo mío,—respondió su madre;—pero no debes olvidar que si tú dijiste lo del armario fué porque detrás de él se escondió la mariposa y en eso, como en todo, tienes que ver la inmensa bondad de Dios, que vela sin descanso, por los afligidos que de El se acuerdan y en El confían.

Al día siguiente, muy de mañana, fué Mercedes a casa del Juez que la había condenado y le hizo entrega del precioso documento.

El recto magistrado no perdió tiempo en hacer comparecer ante su presencia a los herederos del antiguo arrendatario, y después de enseñarles el diario les exhortó de esta manera: Ninguna duda cabe, en vista del escrito de vuestro antecesor, sobre que habéis acusado injustamente a esta desgraciada viuda, la cual puede condenaros por la calumnia echada sobre ella: decidme lo que pensáis hacer ahora para saber yo a que atenerme, pues la sentencia está para vencer a las doce de este mismo día.

Ellos, comprendiendo todo lo cruel de su conducta, sin reparar en que las palabras del magistrado encerraban una orden de restitución, se mostraron arrepentidos y dispuestos a reparar en algo su mal proceder, perdonaron a Mercedes los cien pesos que según el dietario les era en deber.

Y el Juez, ante aquel acto de justicia y generoso desprendimiento, pues tanofrecieron hacerse cargo de la educación exclamó con tono solemne dirigiéndose a Mercedes:—Bien veo la mano de Dios protegiéndola en su mundano abandono; confiad siempre en El y todo lo demás se os dará por añadidura.

Así fué en efecto, pues perseverando ella en el más exacto cumplimiento de sus deberes religiosos, era la admiración de sus convecinos y el orgullo de su hijo, ya hombre, quien educado en tales principios logró alcanzar bien pronto el prestigio de médico eminente; y si nunca se vieron rodeados de la opulencia material, nunca les faltó la inmensa riqueza del agradecimiento de los pobres, a quienes socorrían con toda generosidad, labrándose la dicha propia al mismo tiempo que labraban la agena.

—Y todo por la mariposa,—solía decir el doctor a su madre, sonriendo, en su expansión casi juvenil.

—No, hijo mío; todo por la fe que nos inunda.

—Bueno, entonces por las dos: la mariposa y la fe.



... lloró con ella en silencio, puesto su bracito derecho alrededor del cuello, mientras su otra manecita se entrelazaba con la de Mercedes: abrazo dulcísimo del dolor y la inocencia en su más hermosa representación.

partida

tierra, dirigid benigno Vuestros divinos ojos hacia nosotros, pobres y desgraciados pecadores; no nos abandonéis en nuestra triste situación y haced que, lejos de desesperarnos en la desgracia, tengamos la fortaleza necesaria para sufrirla con resignación: en Vuestras misericordiosas manos ponemos nuestro destino y ya que, aun cuando sin méritos, nos llamamos Vuestros hijos, haced que algún día podamos disfrutar de Vuestra divina presencia.

NO HABÍAN terminado aún de rezar cuando Luisito lanzó un grito de asombro, en su viveza inocente de criaturita que no puede contener las explosiones de la alegría, allá cuando se la ofrece.

—¡Mira, mamita mía, que preciosidad! Ese animalito acaba de entrar por la ventana como pidiendo refugio para pasar la noche: ¡Se ha posado en la pared! ¡qué preciosa, qué bella, cuán lindos colores!

—Lo que estás viendo,—dijo la madre interrumpiendo

El Embajador de España

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Por Ivan de Ximenez



Excmo. Señor Don Juan Riaño y Gayangos
Embajador de España

El Señor Riaño me recibió muy afablemente, preguntándome con mucho interés por los progresos hechos por la edición en español de PICTORIAL REVIEW, y mostróse complacido al oír que nuestra publicación es cada vez mejor acogida por el público, contando ya lugar prominente en la Prensa de los veintún países colínguas.

Me habló con entusiasmo del creciente aumento del comercio de España en los Estados Unidos,

Habiendo manifestado al Señor Riaño mis deseos de conocer a la señora Embajadora y preguntándole cuando podría ofrecerle mis respetos, me invitó para que les acompañase a comer aquella misma noche, y dicho se está que acepté encantado.

A las ocho me presenté en la Embajada y poco después tuve el honor de ser presentado a nuestra simpática Embajadora; joven, morena, graciosa y distinguida. Es de Washington; vivía con su abuela Mrs. Ward, dama muy apreciada entre la mejor sociedad de la capital, cuando se conocieron los dos esposos.

La señora de Riaño habla el español perfectamente, además del francés y el alemán, y con una candorosa sencillez me manifestó que aunque le agradaba sobremedera hablar español, no lo hacía tanto porque su marido se burlaba de ella cuando cometía algún error. . . .

Si los salones que ví por la mañana me cautivaron, otro tanto me sucedió con el espacioso comedor.



Señora de Riaño



Palacio de la Embajada

AL VENIR a Washington con objeto de ver al Embajador de España, lo hice luego de haberle solicitado una audiencia, y con todo y con eso, habituados como estamos a esperar largo rato, los que nos dedicamos a entrevistar personalidades salientes, iba perfectamente persuadido de que tendría que esperar buen rato, antes de ser recibido por el Excmo. Señor Don Juan Riaño y Gayangos.

Un footman de librea me hizo pasar al salón primero, y pocos momentos después a la antecámara del cuarto de trabajo de Su Excelencia.

Al hacerme cargo del aspecto de las salas que desde allí se divisan empecé a hacer votos por que el Señor Riaño fuese de los que se hacen esperar largo; tal es el número de preciosidades españolas, italianas y orientales, de las mejores épocas, que decoran los salones de la Embajada de España, que deseaba vivamente poderlas contemplar a mis anchas.

El Señor Riaño es muy joven para haber alcanzado el tercer entorchado por contados rigurosos pasos de la Carrera Diplomática, en la que ingresó en

de la propaganda de la enseñanza del castellano, de la demanda de profesores españoles para dar conferencias sobre nuestra literatura e historia; y de la admiración y popularidad que en todas las clases de Estados Unidos despierta la saliente personalidad de nuestro Soberano.



El antedespacho



Ayuntamiento de Madrid



El "ball"

primero de julio de mil ochocientos ochenta y siete, habiendo servido primero en la Secretaría particular de su Majestad la Reina Regente Doña María Cristina, pasando cuatro años más tarde a Londres, de allí a Bogotá, París y Washington; luego a Caracas, Dinamarca y Noruega, volviendo a Washington, como enviado extraordinario, en 1910; y ascendido a Embajador hace dos años, como recompensa a sus continuados y relevantes servicios.



De Nuestro Concurso Literario

ALMAS NOBLES Y PURAS

Por José B. del Pino

Ilustración de
M. LEONE BRACKER

(PERUANO)

Aceptado
por el JURADO CALIFICADOR

ERA la hora vespertina; esa hora en la cual parece que con rica luz propia resplandezcan las cosas, ansiando casi detener la del día que se apaga y va a perderse a poco.

Las hojas de los árboles, agitados por el viento, semejaban parvadas de mariposas cautivas que movieran sus alas estremecidas, y dicho se hubiera que los árboles mismos inclinaban sus copas, para sentirse mejor, para confundir breves instantes la exuberancia de sus frondosidades. Trinos melancólicos tenían los pajarillos, trinos de una dulzura infinita, y en rededor todo producía algo así como un canto, por su sencillez imponente, elevado por la tierra, que nos atrae y reclama, a las etéreas regiones. . . .

Eugenia, acodada a la barandilla de uno de los ventanales de su quinta, miraba distraídamente al jardín.

Joven, de grandes ojos negros, parlanchines; diminuta boca de labios encendidos como el terebinto de Judea; toda gracia, toda hermosura, nada había en ella que no sedujera.

Casado se había dos años atrás con un eminente químico, miembro de varias asociaciones científicas, repetidas veces condecorado por sus trascendentales estudios e importantes descubrimientos, y que frisaba en los diez lustros.

De carácter serio, mirada penetrante, rostro un tanto enjuto—a consecuencia del afanoso ahinco con que entregábase a sus investigaciones, pasando la mayor parte de las noches en vela, en lucha continua con el misterio, al que le arrancaba un secreto más cada día—no era éste, al parecer, el ideal con que ella soñara.

—Está enamorado de sus inventos,—se decía.

Y las comisuras de su boca se replegaban desdenosamente, y tentada estaba de echarse a llorar, lamentando su libertad perdida, a pesar de que todas las comodidades apetecibles la rodeaban, porque lo que más la desagradaba, lo que la atormentaba más era verse casi siempre sola.

Sentía ajado su amor propio al considerarse, en sus devaneos, mal correspondida; y a tal extremo la sorprendía esto y tan perpleja quedábase que, de seguro, de igual modo debió Pigmalión estarlo cuando su estatua, obra maestra de la perfección, no le devolvía caricia por caricia.

“Y hay quien afirma”, argumentaba, “que es el amor la vida del alma, el calor inagotable que la anima, ¡el fuego divino que la impulsa! . . . ¡Bah! Puras frases, y no más. ¿Puede amarme, por ventura, cuando es su obsesión el estudio, cuando tiempo le falta para dedicarlo a sus experimentos?”

Y a fuerza de repetirse lo mismo, y de dar cabida en su mente a las más desatinadas fantasmagorías, acabó por creer que tan frío era el corazón de su esposo que sólo desempeñaba un papel meramente material en su organismo.

¿Qué poco lo conocía! ¿Que obsesionada estaba!

¿Por qué no le sería dado leer, como en un libro, en esa alma tan noble, tan sin mácula; en ese corazón tan sincero y amante, que, justamente por pertenecerle a ella por entero, perseguía con tenacidad infatigable la coronación de sus desvelos?

POR qué la desgarradora duda, cuando él se sentía rejuvenecido pensando en ella, y ese pensamiento le prestaba mayor energía, lo impulsaba siempre adelante, lo sostenía?

¡Ah! Ella se había prometido tiernos idilios gesnerianos; verse amada con frenesí, mimada, y que se adivinaran, que se satisficieran sus más insignificantes caprichos. . . .

Esa tarde el químico no regresaba solo a casa, y así lo había notado Eugenia apenas divisó el carruaje en que venía, que acercábase rápido, halado por un magnífico caballo, dejando tras de sí una nube de polvo que el sol poniente convertía en leve gasa dorada.

Y fué en el gabinete, adornado con exquisito gusto

por Eugenia, con lindas flores artificiales y una multitud de chucherías y objetos de buen gusto, y de cuyas paredes pendían los retratos de familia y algunos cuadros de indiscutible mérito; fué en el lujosamente amueblado gabinete, desde el cual contemplábase el pintoresco paisaje de primavera elegancia, donde le reveló el químico a su bien amada mujercita—como solía llamarla en sus momentos de expansión—la causa de sus abstracciones, de su intranquilidad y repentino mutismo, cuando más engolfado se hallaba en banales discusiones.

ÉXTASIS

Por Ismael Enrique Arciniega
(Colombiano)

Leía y meditaba. Era la hora
en que el alma en la carne se agiganta.
El sol caía en la naciente sombra;
la tarde se apagaba.

Meditaba, y mi espíritu subía,
subía como al cielo se alza el águila;
me asomé al infinito y ví tinieblas,
y me perdí en la nada.

Sentí hervidero de astros en la sombra,
y pregunté al vacío: “¿Dónde se halla
esa luz creadora que los mundos
de entre el caos levanta?”

Y subía y subía . . . Lo impalpable
a mis ojos abríase sin vallas;
y en la sombra, sondando el infinito,
mi espíritu flotaba.

De repente la luna alzó su disco,
brotaron las estrellas a miriadas,
y la noche me habló con su silencio,
¡y Dios habló a mi alma!

Y, entrando en minuciosidades, confesóle también cuantas veces había titubeado, cuantas había estado por desmayar, por romper morteros, crisoles, alambiques y retortas, destruyendo así lo que pacientemente, con tanto derroche de fósforo, había, por fin, logrado combinar. Pero su dulce imagen lo había siempre alentado, puesto que por ella y para ella no más ambicionaba riquezas, y era su pesadilla constante ver lucir el día en que pudiese ufanarse de ser la esposa idolatrada del millonario que había sabido acumular ingente fortuna, porque costumbre

añeja es de la sociedad en general enaltecer mucho más el nombre del que tuvo sus creaciones por base de una envidiable condición, que el del autor de obras notables, buenos a lo más para la gente estudiosa.

No dejó, para mayor abundamiento, de demostrarle con razones convincentes que, habiendo sido su inspirador, su guía el apasionadísimo afecto que a ella lo ligaba de por vida y de una manera indisoluble, venía también a ser el que más eficazmente había cooperado a asegurarle la celebridad futura.

—Lo único que acibara mi éxito,—concluyó,—es lo determinado que está Enrique a separarse de mí, siendo como es mi más querido discípulo, mi segundo yo, y con bastante derecho para participar de mis ganancias. Va a ocupar, como profesor, una vacante en una ciudad apartada. Si tú sospechas a que obedece su terquedad, te suplico que no me lo ocultes, porque es verdaderamente sensible que un joven como él se destierre tan de repente y sin causa justificada. ¡Son tan perspicaces ustedes las mujeres cuando se proponen! . . .

A ESTAS palabras, ingenuamente proferidas, tiñéronse las mejillas de Eugenia de un rosa tan espléndido que más de un pintor codiciado lo hubiera para su paleta; color que fué paulatinamente perdiendo hasta tornarse pálido. Pero recobróse al punto, y:

—Nada sé al respecto,—le contestó,—ni me atrevería a aventurar suposiciones; porque ¿quién puede adivinar lo que en ocultar nos empeñamos?

Con lo que, satisfecho el químico, tomó otro giro la conversación, sostenida desde ese momento entre el discípulo y su maestro, que emperrechinado se había en son-sacarlo para intentar la manera de hacerle cambiar de ideas.

El día que el químico habló de la separación de Enrique, permanecido había Eugenia un buen rato cohibida, suspensa, en esa inmovilidad dolorosa, o de sincera lástima que se adueña de nosotros cuando, de hechas a primeras, se nos da una mala noticia.

¡Pobre Enrique! ¡Cuán magnánimo, cuán delicado lo juzgaba ahora! Nunca había salido la declaración de sus labios, pero lo que él no había osado formular, lo había leído ella en sus expresivos ojos, circuidos por un iris azulado, desde la vez que, sin querer acaso, o sin poderse dominar, le estrechó la mano con cariño y huyó enseguida como pesados de haberse denunciado, como si cometido hubiese una felonía.

¡Pobre Enrique! Pero . . . ¿qué culpa tenía ella? ¿No es deber de todo hombre de honor sobreponerse a todo lo reprochable, lo indigno; de vencerse aunque sangre destile su corazón? La pasión no debe cegar. Proceder contra los buenos instintos es de villanos, y la lontananza siempre ha sido el mejor bálsamo para engendrar el olvido.

Todo esto, y mucho más, pensaba Eugenia; y sin embargo, sentía una tierna e indefinible angustia. Y hubo un instante en que llegó a deplorar que no se hubiesen visto antes, cuando de sí disponía y él pudiera haber despertado su ardiente corazón del letargo en que yacía, llenándolo por entero; pero de corta duración fué tal instante, y, fuerte en su pureza, despejadas las dudas, ofendóse al presente que le brindaba su esposo.

¿Acaso las almas gemelas se encuentran siempre, se reconocen, vibran y se confunden en una sola alma? Además ¿no debía felicitarse de que Enrique hubiese sabido sofocar un sentimiento incurrible, librándose de incurrir en la más negra de las ingratitudes, y al descubrir en el químico al hombre superior a toda ponderación?

Sintióse otra, y llegada que hubo la hora de la separación, quizá del adiós postrero, ni siquiera pestañeó, y tuvo como la cosa más natural del mundo que se fuera; y lo vió alejarse sin pena, y esfumarse a la postre su silueta, mientras la luna sembraba ya flores de plata sobre el camino al penetrar por los intersticios del follaje.

El premio de su alma noble y pura.



. . . donde le reveló el químico a su bien amada mujercita . . .

EL HOGAR EN EL AÑO 1950, O VIVIR PARA VER

PROFESÍA DE UNA SUFRAGUISTA



Prevenidos estarán
contra el polvo y la humedad.



Vivirán romantizados leyendo los novelones
mientras el niño en la cuna se vuelve todo pulmones.



Un lacito en la calvicie
será cual yerba en planicie.



Se arreglarán coquetones
cuando tras ruda labor
se vayan del comedor
a zurcir los pantalones.



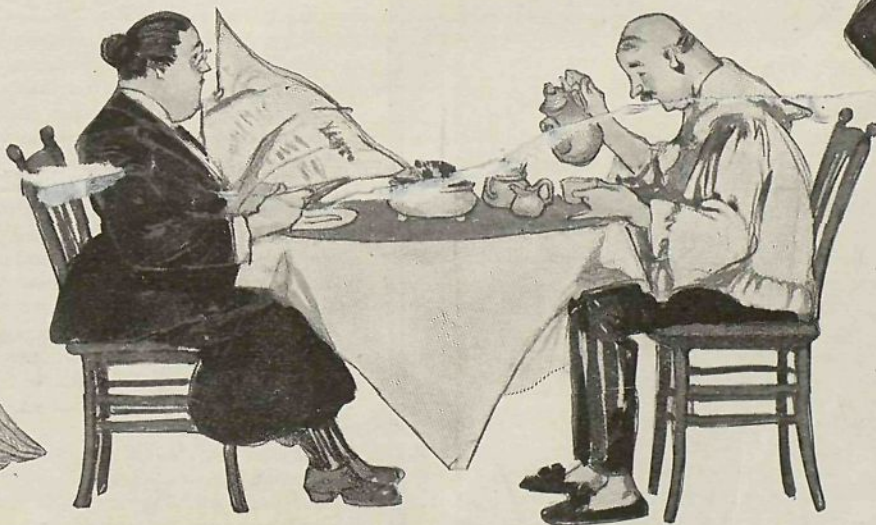
Feminizados en normas
cuidarán bien de las formas.



Los gordos se lucrán
sujetando a la papera
el gorro que su mollera
luce con marcado afán.



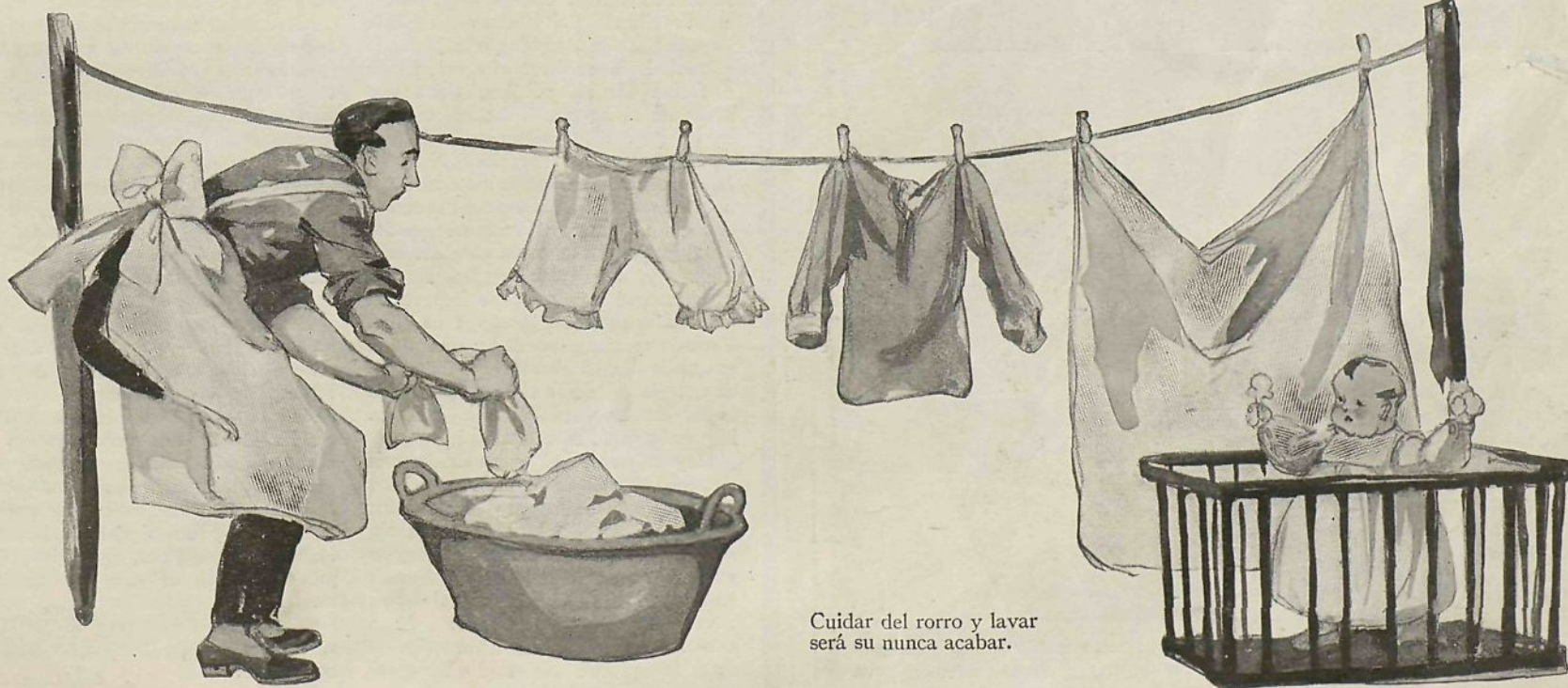
Con la escoba y el plumero
harán tipos sandungueros.



Callará en el desayuno
para no ser importuno



Compensará los ingresos
dando a su dama unos besos.



Cuidar del rorro y lavar
será su nunca acabar.

Nuevas labores de crochet

Selecciones de Miss Mutterer



No. 12087 en la camisa de dormir No. 6371

No. 12087—Patrón del bordado en la camisa de noche No. 6371, vale 20 ctvs. oro, lo mismo que el de la camisa. En la página 94 de nuestro Catálogo de Bordados No. 17 se encuentran las instrucciones para la labor de crochet.



Estos dos atrayentes bolsos de mano se están usando por las señoras elegantes. El de la izquierda se hace de crochet de seda con mostacillas de colores; y el de la derecha, de hilo de crochet No. 50.



No. 11563



No. 11563—Patrón transferible del diseño, de 16 x 43 cm., con 2 duplicados de cada uno, y apropiado para usarse en una toalla o funda de almohada, vale 20 centavos oro.

Nada más elegante se podría imaginar que este bonito cubre-corsé, adornado con rosas irlandesas y al crochet, y cintas en los hombros, en cuyos extremos lleva otras dos rosas irlandesas. El patrón del cubre-corsé es el No. 5326, y vale 20 ctvs. oro.



Entretenimientos VENTRILOQUIA

Por El Mágico Intimo

PUDIÉRAMOS clasificar la ventriloquia entre los pasatiempos más interesantes y atractivos que la habilidad del hombre puede ofrecer a una concurrencia, máxime cuando, contra la creencia general, está al alcance de gran número de personas.

Me propongo demostrar a los lectores que existe un gran error o desconocimiento de las bases en que se funda este entretenido juego de habilidad; error que, sin duda alguna, obedece a lo que su palabra distintiva sugiere a los sentidos, de acuerdo con la antigua creencia de que la voz partía del vientre o del estómago.

En la actualidad se nota la disminución del número de personas que desconocen el arte del ventrilocuo, el cual no es otro que aprender a modificar la voz de manera que parezca venir de lejos, y que imite la de otras personas o diversos sonidos. Ventriloquia es, por tanto, el arte que estudia las inflexiones de la voz, particularmente aquéllas que se emiten con cierto sufrimiento o padecer, bajo una extensa variedad de circunstancias.

Sin un conocimiento perfecto de esa parte del arte de la ventriloquia, que distingue las modulaciones de la expresión corriente de entre las producidas por el dolor, el ventrilocuo no podrá ofrecer a su público el objeto que se proponga, o a lo sumo sólo puede esperar una impresión muy débil en el ánimo de aquél.

Para tener una idea exacta del efecto que producen las palabras que se emiten con determinado propósito, fíjese la atención en que unas frases pronunciadas por los mismos labios y con la misma entonación, encontrándose la persona detrás de una puerta cerrada o entreabierta, o bien, metida en una caja o escondida en una chimenea, difícilmente causará la misma impresión a los oyentes que si se pronuncian en presencia de ellos.

Basado en esas experiencias, que se ofrecen al observador, está el estudio de los ventrílocuos, y todo aquél que alcanza verdadero éxito en su trabajo, podemos asegurar, sin miedo a equivocación alguna, que domina a la perfección el arte de pronunciar palabras ante un auditorio con las exactas inflexiones que llegan a los oídos de éste, cuando se pronuncia escondido en otro lugar fuera de la vista del público. De otro modo no puede concebirse la admiración que causa el ventrilocuo, incluso para aquéllos que están familiarizados con tan interesante arte.

Concediendo que el artista posea esa facultad de imitación de los sonidos, le será fácil crear una perfecta ilusión en el auditorio, volviéndose de espaldas para hablar; en otro caso, o sea, cuando el ventrilocuo aspire a ofrecerse frente a frente de su público, tiene que aprender el no menos habilidoso arte de hablar con los músculos de la garganta, sin alterar las facciones ni mover los labios, pues cualquier movimiento o acción muscular en la cara del ventrilocuo acusa la emisión directa de aquellos sonidos que desee partan de diversos lugares y, consiguientemente, no impresionan al auditorio, no importe la perfección con que los haya emitido. Todo lo más que podría creerse de él es que dominaba el arte de la imitación de inflexiones, algún tanto apartado de la habilidad ventrílocuista que crea la impresión de lo extraordinario.

Hay más aun que aprender después que el estudiante domine esos dos artes, el de la imitación de los sonidos y el de la facultad de emitirlos sin ninguna acción muscular visible; se necesita aprender lo que pudiéramos llamar "facultad geométrica" si aspira a un éxito total en la ejecución de la ventriloquia: facultad geométrica o arte de apreciar las distancias e in-

clinaciones de líneas imaginarias que deben trazarse entre la boca del ejecutante y el oído de los espectadores.

Así por ejemplo; una línea recta que parta de la boca del ventrilocuo y llegue hasta el oído de uno de sus oyentes, no debe estar demasiado inclinada respecto de otra imaginaria que parta del objeto, lugar o persona donde se desee causar la ilusión de que aparezca salir el sonido. Esta es la más importante de todas las leyes de la ventriloquia, y no la más difícil de conseguir; el conocimiento exacto de los puntos cardinales y la práctica continuada, por unas cuantas semanas, hará maestro a cualquier persona de una mediana inteligencia.

Un caso práctico nos ofrece el aficionado que se colocara en el extremo sur del auditorio intentando ilusionarlo o hacerle creer que unas palabras pronunciadas por él partían del extremo norte u opuesto al que él se encontraba; ni aun siquiera conseguiría su propósito de hacer creer que la voz partía del este u oeste de la habitación.

Como regla general puede afirmarse que el oído más torpe está capacitado para distinguir la dirección de donde proceden los sonidos; por supuesto, siempre que lleguen al alcance de su percepción. Pero esta regla general tiene su excepción y de ella se aprovechan los iniciados en las artes de la ventriloquia para conseguir el triunfo completo de sus experimentos.

La excepción, en eso que pudiéramos llamar ley auditiva, consiste en un cierto ángulo dentro del cual, el oído más acostumbrado no puede distinguir las direcciones de donde parten los sonidos, siendo por lo tanto importantísimo que todo aficionado o aspirante a ventrilocuo lo conozca, por medio de prácticas repetidas y ejercicios continuados en diversos lugares, salones y habitaciones, antes de exponerse a la crítica del público.

Para que este articulo resulte una completa lección, fácil en lo que cabe de llevar a la práctica, sólo me resta explicar en que consiste ese cierto ángulo que forma la excepción en las leyes auditivas. Para demostrarlo, colóquese una persona en el exacto punto sur del horizonte, y otra en el punto del compás al oeste del sur, haciendo que cada una de ellas emita el mismo sonido, para comprender a la inmediata que un oído de percepción corriente no podrá determinar el lugar de origen de uno y otro sonido, o mejor dicho, que no hay oído que pueda determinar con exactitud cual de los dos sonidos procedió del sur.

Con esta explicación quedará de manifiesto al aspirante a ventrilocuo que no debe colocar el objeto, de donde quiera que el auditorio se imagine partió la voz, fuera del alcance del ángulo a que acabo de hacer referencia; como también, el que se fije mucho en que el ángulo, dentro del cual no puede precisarse la dirección de los sonidos, depende del estado del oído y varía con diferentes personas, tanto como con las condiciones del aire y con la naturaleza del sonido en sí.

Una vez hechas las prácticas que aquí se sugieren ya puede el aficionado conceptuarse como maestro del arte ilusorio de la ventriloquia, que nos lleva a creer en cosas sobrenaturales o en fenómenos humanos, cuando en realidad, según hemos consignado, no es otra cosa más que una habilidad pacientemente adquirida por la constancia y el deseo, que está al alcance de todos. Habilidad recreativa, enorgullecadora, productiva en el caso de quererla mercantilizar, y sobre todo, singularísima para entretener a un auditorio familiar en las largas veladas invernales.

Confidencias de Amor

(Continuación)
Por Cupido Moderno

ENTRE las cosas que más preocupan a los pretendientes, antes de dar el paso definitivo de la declaración, es el cómo conseguir una oportunidad favorable; viniendo a la inmediata la lucha interna para sacar el valor necesario que le garantice una fácilmente pronunciada y expresiva conversación.

Recuerdo de un joven que, durante los cuatro meses que anduvo haciendo la corte, no encontró el preciso momento para hablar privadamente con la muchacha, pues en la casa no los dejaban solos y en los paseos iba siempre acompañada de una segunda, y aun tercera persona. Habrá quien crea que ante aquel dilema debió confiar el secreto de su corazón a una bien escrita misiva; pero yo no soy de ese parecer, cuando exista alguna facilidad para acercarse a la dueña de nuestros pensamientos. No quiero decir que deje de haber casos en que la impaciencia obligue a tomar una medida extrema, tal como confiar a un *billet-doux* nuestros deseos.

Bien nos consta que las jóvenes están preparadas para recibir la declaración amorosa desde mucho antes de llevarse a efecto, siendo muy raro el caso contrario, si como es de suponer han precedido las tan conocidas indicaciones de miradas, preferencias y atenciones especiales por parte del entusiasta pretendiente, imposible de engaño. Ellas, las jóvenes, pueden considerarse fuera de todo compromiso, aunque hayan contribuido por mitad al deseo de la declaración, conceptuando sus actos de entretenimiento coquetil sin consecuencia, muy propio de la juventud.

Quizá sea esa la razón de haber tantos dudosos a lanzarse a la arena, ante el miedo de recibir unas solemnes calabazas. Muchos se detienen al mismo borde del abismo, refrenando su ardor ante las profundidades de aquél, hasta sentirse completamente seguro de evitar la mortificación y el ridículo que se supone aparejado con el desaire y con la pérdida de toda esperanza futura.

Esa duda es errónea cuando es firme y decidido el propósito que animó los primeros pasos; pero ocurre con frecuencia, y creemos que siempre ocurrirá así, al tratarse de personas tímidas. Por motivo de esa timidez, ambas partes se encuentran como sobre ascuas hasta llegar a la ansiada oportunidad, más o menos inesperada, de abrirle las puertas a la inundación del sentimiento, para que por ellas salga la oleada de afectos mutuos arrollando cuanto encuentren a su paso, lo mismo que caballo sin freno.

Sin embargo, en ese momento, el de agonía para el enamorado lleno de confusiones que desea y duda al mismo tiempo, es cuando las jóvenes deben poner su mayor atención, un cuidado especial, si no quieren perder para siempre el objeto que persigan sus sentimientos, por cualquier indicación de prudencia o de coquetería.

Téngase en cuenta que el verdadero amor es y será siempre tímido y delicado, fácil de enfriarse en sus esbozos por indiferencia afectada, de acuerdo con el sentir del amor propio herido: así como, por el contrario, necesita poquísimo para convencerse de ser correspondido; una mirada, una simple presión de la mano, una sílaba al oído es suficiente a dar vuelo a sus esperanzas.

Cuando una joven rechaza la proposición de amores hecha por un perfecto caballero, su aptitud deberá ser de estricta corrección y delicadeza de sentimiento hacia aquél que, al ofrecerla su nombre, la confiere el mayor honor que está a sus alcances, por esa implícita preferencia sobre toda otra mujer. De ahí el que ella, si no le ama ni cree que puede amarle, deba mos-

trarse íntimamente agradecida. Si fuera el caso que estuviese comprometida con anticipación, deberá manifestárselo a la inmediata, sin titubeos ni desplantes, en la inteligencia de que todo joven bien educado y sensato desistirá de sus pretensiones amorosas tan luego sepa que el objeto de su admiración había dispuesto anticipadamente de su porvenir.

Cuando un joven, a quien se aprecia de caballero, hace una declaración por escrito, su carta debe contestarse sin pérdida de momento y de ninguna manera devolverla, ni aun si la contestación es negativa a sus pretensiones, a menos que por previa negativa o por alguna circunstancia especial y particularísima pueda considerarse tal carta, por la joven o por sus padres o tutores, como presuntuosa e intrusiva: bajo esta suposición la misiva debe ser entregada por la joven a sus padres o tutores, para que estos sean los que se entiendan con el impertinente en la forma más correcta o aconsejable.

Ninguna joven que se aprecie en algo considerará su negativa de relaciones amorosas con un joven de reconocido mérito, como un triunfo de sus atractivos personales, ni deberá hacer jactancia de ello; por el contrario, debe mostrar una sentida simpatía hacia él, por el disgusto o contrariedad que se vio obligada a infligirle. Ni debe esa negativa estar exenta de un previo examen de conciencia; o lo que es lo mismo, de un estudio del sentimiento íntimo, para discernir si alguna ligereza o síntoma de flirteo fué lo que dió margen a levantar una falsa esperanza. Pero de todas maneras, ninguna joven debe tratar a un caballero que la haya distinguido, con frivolidad o falta de consideración; como tampoco debe mostrarse exagerada en la expresión de sus sentimientos hacia el favorecido estando en presencia del rechazado.

La conducta del joven, bajo tales desairadas circunstancias, debe estar caracterizada por una extrema delicadeza y por el más caballeroso comportamiento, a fin de evitar alguna posible molestia o inquietud al bello autor de la negativa. Si a pesar de ello, el joven tiene alguna razón para suponer que la negativa fué el resultado de una mera indiferencia a sus pretensiones, en vez de retirarse por completo, puede reforzar su posición creando a su alrededor un sentimiento de agrado y simpatía por su paciente insistencia y por el continuado y respetuoso esfuerzo de complacer a su adorado tormento. Sólo en el caso evidente de preferencia hacia otro, se hace imperativa la retirada para dejar libre la voluntad de la joven.

Una atención pertinaz por parte de quien hubiese sido rechazado puede apreciarse de insulto, merecedor de los más severos reproches, lo que es muy aconsejable evitar, en la inteligencia de que la debilidad del sexo protege a la mujer cuando esgrime sus sutiles armas contra la impertinencia; armas que muy pocos hombres pueden eludir por ser las del más profundo aunque cortés ridículo.

Y no hay que ofrecer como pretexto de la pertinacia el amor incontrolable, la fuerza de una pasión fuertísima, pues fuerte es la ambición humana por riqueza y por posición social, y tenemos que contenerla dentro de los límites de nuestra capacidad intelectual, para no incurrir en los desórdenes de una vida compuesta de ignorancias, de bajezas y aun de crímenes. Al corazón como al cerebro hay que encauzarlos, dominarlos y dirigirlos por el camino de nuestras cristianas creencias, si hemos de aspirar a una dicha segura.

(Continuará en el próximo número)

Las Cacerolas y Sartenes Necesitan

limpiarse—no simplemente lavarse—y no existe nada "tan bueno" como Sapolio para este fin.

Sapolio, el jabón de limpiar, elimina la grasa, quita la suciedad y deja los objetos como nuevos.

Ensáyelo una vez y usará siempre



SAPOLIO

De venta en las droguerías, almacenes de abarrotes y ferreterías.

El genuino está marcado **ENOCH MORGAN'S SONS CO., New York**

Escríbase pidiendo el muy interesante juego "CUBOS SAPOLIO" que enviamos GRATIS

SU CARA ES HERMOSA

¿Pero su Nariz?



Antes



Después



Hoy día es absolutamente necesario que uno se ocupe de su fisonomía si espera ser algo y seguir adelante en esta vida. No solamente debe uno hacer lo posible por ser atractivo para satisfacción propia, que de por sí bien vale los esfuerzos que hagamos, sino que el mundo por regla general juzgará a una persona en gran manera, si no enteramente, por su fisonomía: por tanto, vale la pena "el ser lo mejor parecido posible" en todas ocasiones. NO DEJE QUE LOS DEMAS FORMEN MALA OPINION SUYA POR EL ASPECTO DE SU CARA, pues eso perjudicará su bienestar. De la mala o buena impresión que cause constantemente depende el éxito o el fracaso de su vida. ¿Cuál ha de ser su destino final? Con mi Nuevo Aparato "Trados" (Modelo 22) pueden corregirse ahora las narices defectuosas sin hacer operación quirúrgica, pronto, con seguridad y permanentemente. Es un método agradable y que no interrumpe la ocupación diaria del individuo. Escriba hoy mismo pidiendo un librito gratis, el cual le explicará la manera de corregir

las narices defectuosas sin costarle nada si no da resultados satisfactorios.

LO QUE ALGUNOS DICEN

La Sta. C. R. dice que, después de haber usado el aparato Trados durante dos semanas ha visto un mejoramiento maravilloso en la conformación de su nariz.

El Sr. P. R. nos escribe: "Vuestro aparato Trados 22, cumple perfectamente el objeto a que está destinado y estoy muy satisfecho de él y lo recomendaré a mis amigos."

La Sta. K. W. dice que, está obteniendo buenos resultados y está muy satisfecho del Trados No. 22.

El Dr. F. D. G. nos escribe que, después de dos semanas de empleo del aparato Trados, lo ha encontrado superior y que lo recomendará a sus clientes.

El Sr. J. B. Está muy complacido con el Trados, por haber tomado su nariz mejor forma.

Diríjanse a M. TRILETY, Especialista en defectos de la cara, 294 Ackerman, Binghamton, N. Y., E. U. A.

VIVAUDOU'S MAVIS

Paris - Nueva York

LOS EXTRACTOS VIVAUDOU han sido llamados "SINFONIA DE LAS FLORES", porque la Sinfonía de su fragancia floral nunca emite una nota desagradable. Parecía muy lejos de toda esperanza que un perfume pudiera sugerir la delicada cadencia del sonido, hasta que el genio maravilloso de Vivaudou creó una fragancia, cuya alma representa una melodía.



EL TALCO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es de tanta distinción como el envase en el cual va contenido. El polvo es refrescante cuando se usa después del baño, y deja el cuerpo limpio y saludable.

LOS POLVOS DE CARA "MAVIS" DE VIVAUDOU son tan refinados como se les podría desear. Van contenidos en envases de color rojo romano, de suma atracción para el mundo femenino.

EL EXTRACTO "MAVIS" DE VIVAUDOU, es una deliciosa y exquisita esencia, que ha sido llamada la "SINFONIA DE LAS FLORES". Se encuentra en todos los tocadores de las señoras más distinguidas.

EL AGUA DE TOCADOR "MAVIS" DE VIVAUDOU es delicadamente refrescante, siendo muy solicitada por las personas refinadas que saben apreciar las cualidades de una perfumería excelente.

TIMES BLDG. "VIVAUDOU" NEW YORK

Por todo el tiempo que dure la guerra europea, las Oficinas Principales de la casa V. Vivaudou han sido trasladadas de París a Nueva York, y con este motivo todas las comunicaciones deberán dirigirse a este último lugar.

Rogamos encarecidamente a los comerciantes, que se sirvan escribirnos pidiéndonos la detallada información que suministramos con respecto a las condiciones ventajosas de venta de estas preparaciones.

El crochet en el hogar

Selecciones de Miss Mutterer



La ilustración de la izquierda representa un envase de polvos de talco, forrado con tela de seda rosa sobre la cual se coloca la cubierta de crochet.

La ilustración del centro constituye un azafatito, que se hace con una base de cartón de 18 cm. de diámetro, labor de crochet y cinta entrelazada; la de la derecha sirve para colocar la paleta de la mota de polvos.

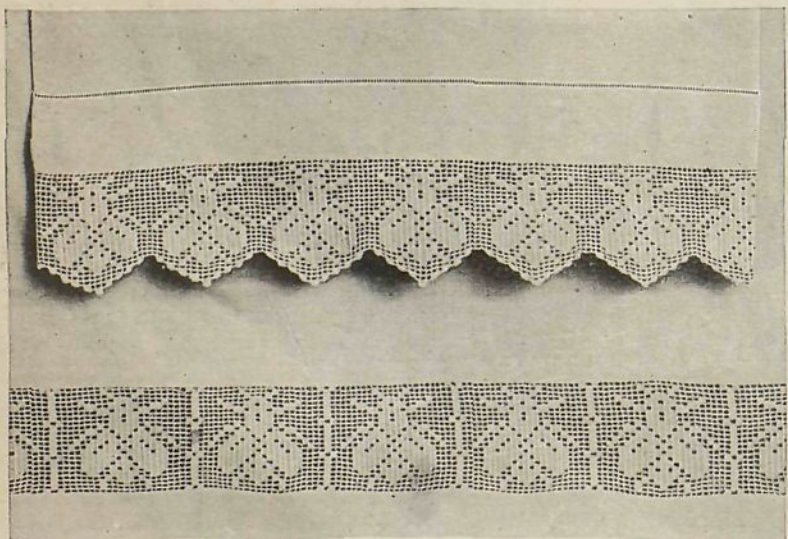


Elegante almohadón con diseño de uvas y borde de flor de lis hecho en labor de crochet; el almohadón se forra con raso de color rosa. La parte de crochet puede usarse como un centro de mesa, si se prefiere.



No. 11995

No. 11995—El patrón transferible de este centro de mesa de medio metro de diámetro, conteniendo una hoja 22 pájaros diferentes, vale 20 centavos oro. Este centro de mesa se hace de tela blanca de hilo.



Sábana y almohada adornadas con diseños de abejas; para la primera la labor de crochet se coloca como entredós; en la segunda es en punta.



El Niño que perdió su Nombre

Cuento Infantil

Por A. ROMA PORTODO

HUBO un tiempo en que vivió el niño Jacobo. Su nombre completo era Jacobo Sandobalista de Catarranero, lo mismo que su papá; pero como un nombre tan largo no cuadraba bien a un niño tan pequeño, todo el mundo lo conocía solamente por Jacobo, para orgullo suyo y de la familia que en él veía al digno sucesor de las glorias paternas. Pero Jacobo era tan descuidado, tan perezoso y tan desobediente que perdió el sonoro y distinguido nombre, y así fué como ocurrió.

Siempre que su mamá lo llamaba por las mañanas recurría a toda estratagemas para demorarse cuanto posible fuese: vestíase despacio y de mala gana, refunfuñando y haciendo remilgos y, consecuentemente, era el último en bajar al comedor a tomar el desayuno y el último en llegar a la escuela. Y esto ocurría siempre.

Además; cuando su mamá lo mandaba a cualquier recado perdía el tiempo mirando a las musarañas y tardaba el doble que sus hermanos. Esto le creó una atmósfera de holgazanería muy desagradable, que empezando poco a poco llegó a envolverle completamente, hasta que nadie le conocía por Jacobo sino por "el holgazán." Incluso su papá y su mamá se olvidaron del nombre propio de su hijo ante las repetidas veces que se hizo acreedor al nombre de holgazán.

Llegado a ese extremo empezó Jacobo a darse cuenta de su triste situación y a sentir la pérdida del nombre, enlazado al deseo de recuperarlo; pero tropezó con la dificultad de no saber lo que hacer para conseguirlo.

Un día le llamaron unos cuantos niños para que les acompañaran a jugar a la pelota en el jardín de uno de ellos; pero anduvo tan despacio para vestirse que cuando salió de la casa, lo más arregladito que pudo, ya se habían marchado sus otros hermanos sin dejarle recado de a donde iban; y sintiendo el desencanto, anduvo y anduvo hasta llegar a las afueras de la población, hasta el campo donde, sintiéndose cansado, se echó sobre la fresca yerba y se quedó dormido.

No supo nunca Jacobo el tiempo que permaneció durmiendo y sí sólo que al abrir los ojos se halló, no en el campo donde se acostó, sino en una tienda que él no conocía, cuyo encargado o dueño ofrecía la más extraña figura detrás del mostrador, con su cara y cuerpo de gnomo, vestido de verde y rojo. Todo al rededor de la tienda, lo mismo que en sus estantes ¿Qué creen ustedes que vio? pues muchos carteles con nombres, entre los cuales se encontraba el suyo, su propio nombre completo: Jacobo Sandobalista de Catarranero.

Contempló el hombrecillo unos momentos antes de preguntarle lo que quería. Y aquella mirada dura, investigadora le hizo estremecer de ansiedad más bien que de cobardía.

—Deseo aquel nombre de allá arriba, dijo señalando al suyo.

El hombrecillo verde y rojo movió la cabeza con brusquedad, y algún tanto de compasión se pudo notar en sus facciones.

—Lo siento mucho, pero ahora no puedo dártelo; es preciso que trabajes con afán para conseguir el cambio del nombre que hoy llevas por el hermoso nombre que ves allá arriba y que fué tuyo en otros tiempos: aquí no se compran ni se venden nombres al tuntún; hay que ganarlos.

—¿Pues qué debo hacer para conseguirlo? preguntó Jacobo animado del mejor deseo de recuperar su hermoso nombre.

—Tienes que andar de prisa, desechar las vacilaciones, no perder el tiempo en

tonto, ser obediente y atento: mira, toma esta semillita—, le decía sacando del bolsillo un grano de muy extraña apariencia:—llévate esto y plántalo al llegar a tu casa para que mañana te encuentres con una plantita que cada vez que andes deprisa echará una hoja y cada vez que seas obediente otra; pero cada vez que desobedezcas a tus padres o a tus maestros y cada vez que andes con pereza se le caerá una hoja: cuando la planta esté tan alta como tú, y verde y frondosa, habrás recuperado el nombre que tanto ansías.

Jacobo tomó la semilla, dió las gracias al hombrecillo y salió de la tienda con paso rápido, sintiendo que la puerta se cerraba tras él con tal estrépito que le hizo dar un brinco y volver la cabeza: en aquel momento sólo vió el campo donde se había acostado al sentir el cansancio de su caminata después de salir de su casa.

En los primeros momentos pensó que había soñado lo del hombrecillo, la tienda y la semilla; pero se tocó al bolsillo y sintiendo allí la extraña semilla, corrió a sembrarla sin pérdida de tiempo.

A la mañana siguiente no hubo necesidad de llamarle; él solito se despertó y vistió mucho antes del desayuno para ir al jardín y ver que donde plantó la semilla había brotado una plantita que ya tenía una hoja.

Todo aquel día hizo esfuerzos sobre-humanos para andar deprisa y obediente, y al acostarse ya tenía la plantita cuatro hojas; estímulo bastante para que en el transcurso de la semana persistiera en sus esfuerzos y los viese compensados con el crecimiento de la plantita. Pero llegó una mañana lluviosa en que Jacobo se sintió perezoso y aunque su mamá le llamó a tiempo, dió media vuelta en la cama y continuó durmiendo, cuyo resultado fué haber perdido el día y al llegar la hora de la cena encontrarse con varias hojas menos en la plantita. Esto le enfureció y quiso arrancarla de raíz, sin poderlo conseguir.

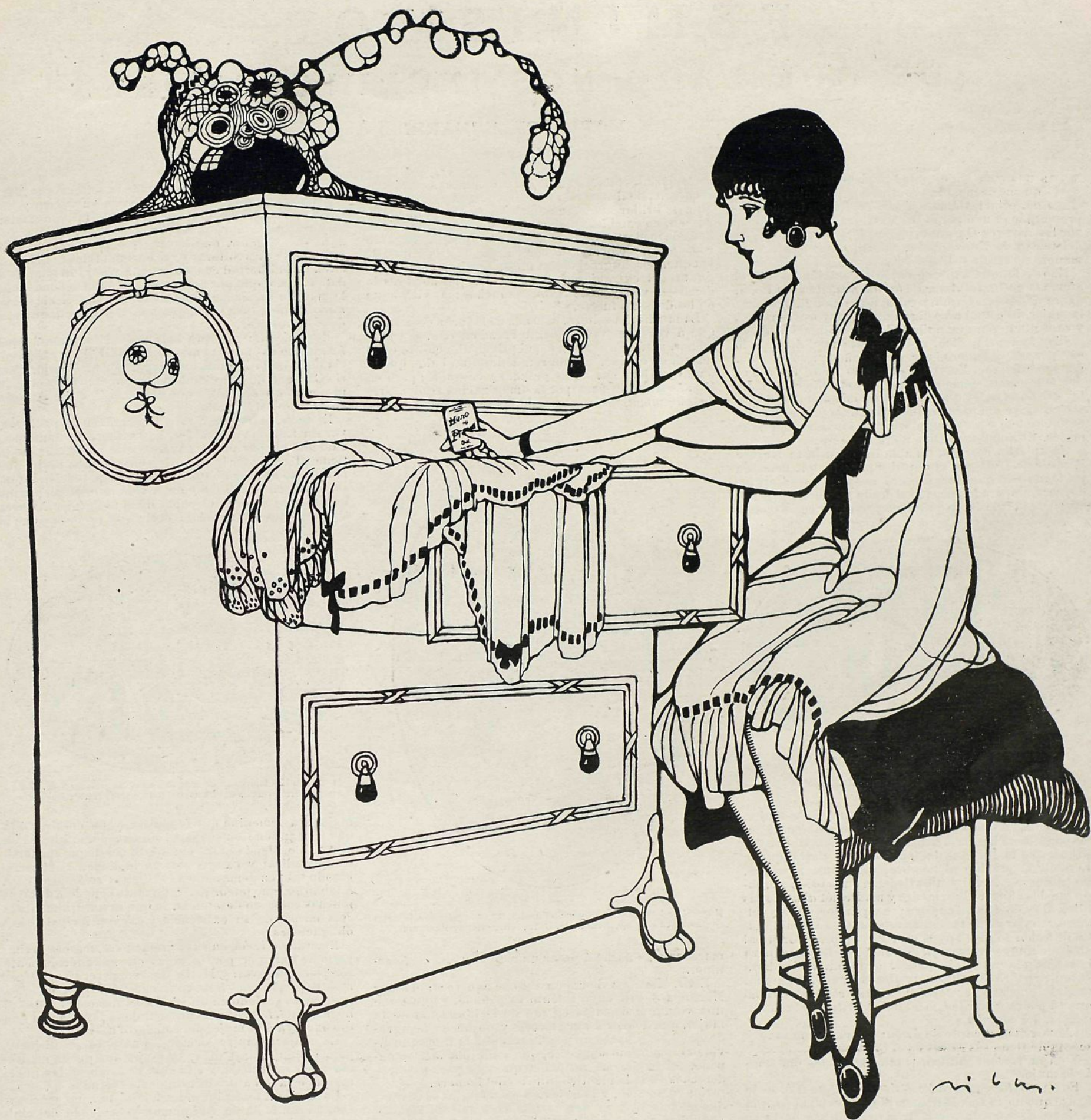
Tras de aquel esfuerzo entró en su casa avergonzado y comprendiendo que el único recurso que le quedaba para deshacerse de aquella odiosa planta era el ayudarla a crecer tanto como él.

Todo el verano estuvo diligente y sumiso a los mandatos paternos, y aunque algunas veces se olvidó y veía caerse algunas hojas, al cabo de la semana había crecido la plantita, que era tanto como demostrar que Jacobo iba aprendiendo a ser bueno sin cansancio. En ese tiempo ocurría que pasaban las semanas enteras olvidándose su familia de llamarle perezoso, y entonces crecía más aprisa la planta, hasta llegar un mes en que no perdió ni una sola hoja.

Ocurrió tan fausta nueva al final de las vacaciones, sorprendiéndose el niño cuando una hermosa mañana de setiembre bajó al jardín, como de costumbre y no vió la planta. Sin dar crédito a sus ojos miraba de un lado a otro, por si el viento la hubiera quebrado y arrastrado a otro lugar, cuando oyó a su padre que le llamaba para el desayuno por su propio y completo nombre.

Fué el día más alegre de su vida: el hombrecillo verde y rojo le había cumplido la palabra devolviéndole el nombre, que de entonces en adelante guardaría con todo cuidado, pues ya aprendió lo que el perderlo significaba.

Y como aquellos esfuerzos que tuvo que hacer para crearse el hábito de la diligencia y de la obediencia, fueron en ocasiones muy duros, de entonces en adelante no dejó pasar un día en balde sin repetirse las palabras del hombrecillo verde y rojo, que fueron el talismán de su futura dicha y bienestar.



Una Pastilla de Jabón
Heno de Pravia
Perfuma Deliciosamente
La Ropa Blanca

Sal
Madrid

Ayuntamiento de Madrid

FEMINISMOS

¿DE QUÉ LADO NOS INCLINAREMOS?

Por MARÍA DE ECHARRI

Es una cuestión esta de interés palpitante, interés que no decae, pues continúa la polémica suscitada, principalmente desde que los dos bandos, representado el uno por el Sr. Martínez Sierra y el otro por los Álvarez Quintero, se presentaron en la escena del teatro de Eslava para públicamente exponer su manera de sentir y de pensar.

Uno de los que han expresado su opinión ha sido el afamado autor del *Amor de los amores*, Ricardo León, expresándose en términos altamente halagüeños para la mujer, á la cual cree digna de los mayores derechos y capacitada para cumplir todas las obligaciones.

«Soy feminista, dice, radicalmente feminista. Y lo soy por ser caballero, por ser español y, sobre todo, por ser cristiano. En el Cristianismo están las raíces del feminismo, como lo están de toda liberación. La ley cristiana es ley que no admite componendas ni subterfugios; se dió para arrancar de cuajo toda suerte de esclavitudes, y muy singularmente la esclavitud de la mujer. El alma ante Dios no tiene sexos.»

Un aplauso cerrado, un aplauso entusiasta merece Ricardo de León por el anterior párrafo, que defiende un feminismo que siempre será aceptado, será acatado, será amparado, porque si hubo algunos que, enemigos de la Iglesia, la quisieron presentar como opues-

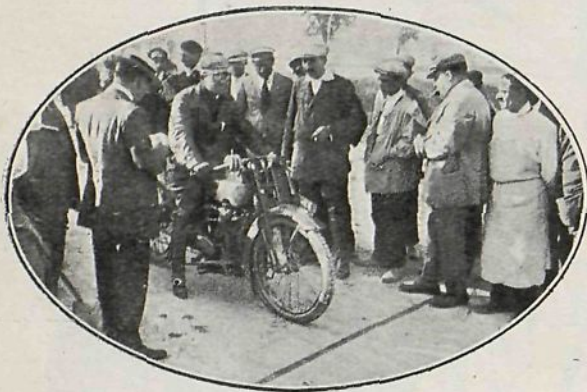
reclamar un club femenino, porque nuestras mujeres, si carecen de ilustración en ciertos casos y no pueden, quizás, brillar intelectualmente á la altura de otras, poseen, en cambio, mucho sentido común, una buena dosis de modestia y recato que, naturalmente, estarían como gallina en corral ajeno en uno de esos clubs, de los que, por desgracia para ellas, existen en algunos puntos del extranjero, en los cuales—los hombres lo dicen—se ven y se desarrollan muchos más vicios que en los del sexo fuerte.

La muchacha soltera, cansada de la lucha doméstica, que á veces, inevitablemente recae en ella, ó por lo menos, actúa en ella con papel principal, pensará en el teatro, en el cine, en una reunión, en un baile, que la hagan olvidar sus horas pesadas y cansadas; pero en España no se le pasa por la imaginación equipararse á su hermano, reclamar sus derechos, coger el llavín y

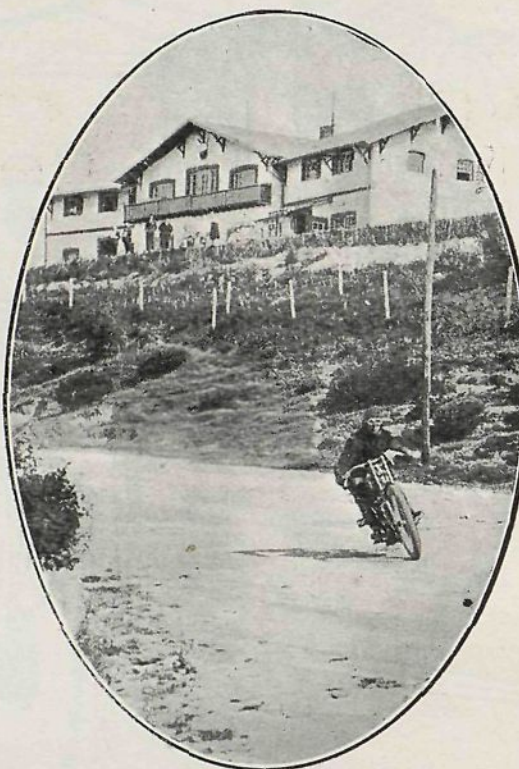
punto. Y precisamente allí, donde la soltera que Martínez Sierra nos presenta rebelde con su suerte y deseosa de emancipación, se podría contestar que existen muchos goces, muchos deberes, muchas cosas que gozar, que cumplir, que hacer, que llenarían la vida agitada de esas solteras y las harían olvidar el club, el círculo, la libertad con que sueña y para la cual no la dotó el cielo, que por algo es su alma tan delicada, que la mancha la menor motita y la empaña el más leve aliento que no sea puro, que no sea el aliento que ella debe de respirar.

Resumiendo: ¿de qué lado nos inclinaremos? ¿Qué feminismo es el que hemos de aceptar? En la conferencia dada en la Escuela del Hogar por una mujer, María Carbonell, profesora de Valencia, hallamos el feminismo sano y aceptable que elogió el P. Julio Alarcón en su libro así llamado.

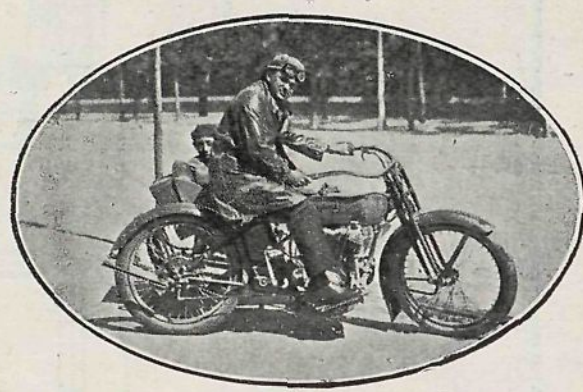
Es decir, Martínez Sierra tiene razón en pedir mayor ilustración en la mujer, hasta ahora bastante descuidada, no por culpa suya, en este particular: no la tiene al reclamar iguales derechos para la mujer que para el hombre, y en excitarla á una actuación intensa y viva en la política y en la vida municipal, porque no creemos sea ese el papel de la mujer; los Álvarez Quintero tienen razón al decir que prefieren que la



D. Eduardo Figueroa, sobre «Harley Davidson».



Un viraje peligroso de D. Florencio Fuentes, 3.º en la categoría de motos solas, en el campeonato R. M. C. E., sobre «Harley-Davidson».



D. Martín Landaluce, 2.º de Side-car, en el campeonato R. M. C. E., á una velocidad media de 62 kms. por hora, sobre «Harley-Davidson».

ta á la liberación espiritual é intelectual de la mujer, tal falsedad no ha existido jamás, y precisamente los mayores derechos de la mujer los debe ésta al Cristianismo, que la levantó del fango en que yacía, que la rehabilitó, que dió al hombre: «será tu compañera, no tu sierva...», ceñirá una diadema cuyo brillo ninguno puede eclipsar al ser madre y madre del alma de sus hijos, no sólo de sus cuerpos; te prohibo que la vuelvas á rebajar como la tenías rebajada; ante mí iguales derechos son los tuyos que los tuyos, y Cristo al abrir de nuevo las puertas del cielo, no las cerró para la mujer y las abrió sólo para el hombre... desde ahora la mujer podrá levantar muy alta la frente humillada, tendrá derecho á ser alguien, no una cosa y lo mismo que tú podrá gozar los goces del espíritu, de la inteligencia, del corazón.»

Lleva razón Ricardo de León: el feminismo sano y aceptable tiene sus raíces en el Cristianismo.

Y en su aspecto político, ¿cuáles serán los derechos de la mujer?...

En su conferencia *radicalísima*, aunque á él se le figure que no lo fué, Martínez Sierra reclamó para la mujer el derecho de votar, de ser elegidas, y hasta se lamentó de que no actuasen en la vida municipal, diciendo amablemente que si las mujeres *mandasen* estarían las calles mejor cuidadas, etc., etc. No me extrañó nada el radicalismo de Martínez Sierra; recuerdo haber leído en una de sus crónicas publicadas en *Blanco y Negro*, unas *dolorosas quejas* de una muchacha soltera, porque después de haber trabajado todo el día no tenía la facultad de coger su llavín, como hacia su hermano, y marcharse al club á descansar de su labor penosa y monótona... En España, gracias á Dios, no se le ocurre exhalar esas quejas á la soltera, á no ser que esté contagiada por un feminismo... que no debe ser, ni se aclimatará en años y años, ¡ojalá sea nunca!, ni

marcharse de noche á pasar un rato á su círculo femenino...

El Sr. Martínez Sierra en esto se equivoca; el señor Martínez Sierra, cuyo talento es grande, y que tiene una voluntad decidida en pro de la liberación de la mujer, que debemos agradecerle y de hecho le agradecemos, se propasa un poco, atraviesa la línea que divide al feminismo simpático, que cada día más se impone, del feminismo antipático que pide para nosotras derechos en todo idénticos que los del hombre.

No; yo no creo, y lo he dicho en distintas ocasiones, que el cielo tuviera idea de destinar nuestras facultades á ejercer una misión política... Habrá habido casos ¿quién lo niega?, en que las mujeres han rayado á una altura extraordinaria como reinas, como literatas, como gobernadoras de la nación... Es verdad, y prueba esto que no es que á la mujer, por ser mujer, le falten medios y talento para realizar aquello que el hombre realiza. Pero... fueron las excepciones... Y las excepciones, ya lo sabéis... Más numerosas son las que sin presentarse en escena hicieron obra prodigiosa, hicieron una labor utilísima y de provecho para su patria, modelando los corazones, formando las inteligencias de aquellos que luego se contaron entre los más sabios y los más santos...

¿Actuar en la vida municipal?... No... El Ayuntamiento no es lugar donde me gustaría ver á la mujer... Ni en el Congreso... Este feminismo resulta exagerado... No puede gustar á los hombres... Ni tampoco á las mujeres que quieren conservar el equilibrio y no caer en ninguno de los dos excesos.

Me dirá Martínez Sierra que también Ricardo de León... Si, es cierto que abunda en su opinión y teoría... Aunque expresada en otra forma... Algunos de sus puntos de vista merecen aceptación, por ejemplo, aquel en que protesta de que la mujer sea débil... «Es, dice, de mucha mayor resistencia, energía moral, perseverancia, sufrimiento para el dolor... Esto es verdad, y los más decididos antifeministas no podrán negar que cuando la desgracia se cierne sobre el hogar, es la mujer la que coge en sus manos el cetro de la fortaleza, la que sonríe aunque el corazón le sangre para que el hombre sonría también, la que con heroica confianza va dibujando en lontananza un horizonte más despejado y anima valiente al hombre á pensar en él, para mejor soportar las angustias del presente...

También Ricardo de León se pregunta si no tiene otra misión la mujer que la del hogar... La pregunta suscitará, sin duda, discusión ardiente... Sin embargo, el autor de novelas muy hermosas tiene razón en este

mujer sea femenina que feminista, y en ensalzar á la que se mantiene en su papel sin excederse ni caer en el ridículo, siendo quizá la muerte del hogar un feminismo radical y exagerado; no la tienen circunscribiendo tal vez demasiado á los límites *solos* de su casa á la mujer, que puede perfectamente ocuparse de otras muchas cosas sin desatender lo que es naturalmente la raíz misma de su existencia y el eje principal de sus obligaciones.

Ricardo de León en sus afirmaciones, merece la simpatía de la mujer por la lanza que caballerosamente rompe en su favor; y María Carbonell recogiendo pareceres y opiniones falla en la cuestión exponiendo su programa, vaciado en un sano feminismo con vistas al hogar, que fomente la cohesión de la familia, sin que eso excluya á la mujer del concierto universal.

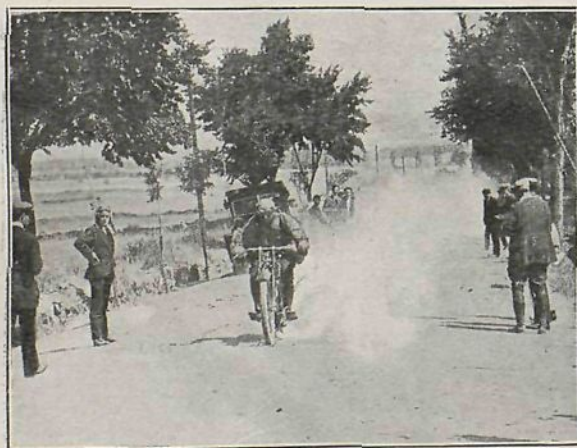
La mujer... mujer siempre, punto esencialísimo... pero la mujer instruida, la mujer que pueda mantenerse por su trabajo, y á la cual se le abran las puertas que estaban antes injustamente cerradas.

La mujer... femenina... no feminista... no marimacho, no con el llavín en la mano y haciendo del club su punto de reunión...

La mujer, colaboradora del hombre, compañera de su marido, madre que sepa guiar á sus hijos, inteligencia que irradie sobre aquellos que reclaman su influencia... corazón que pueda resistir valeroso los combates de la vida...

Esto no es feminismo malo... Es uno que se puede perfectamente aceptar.

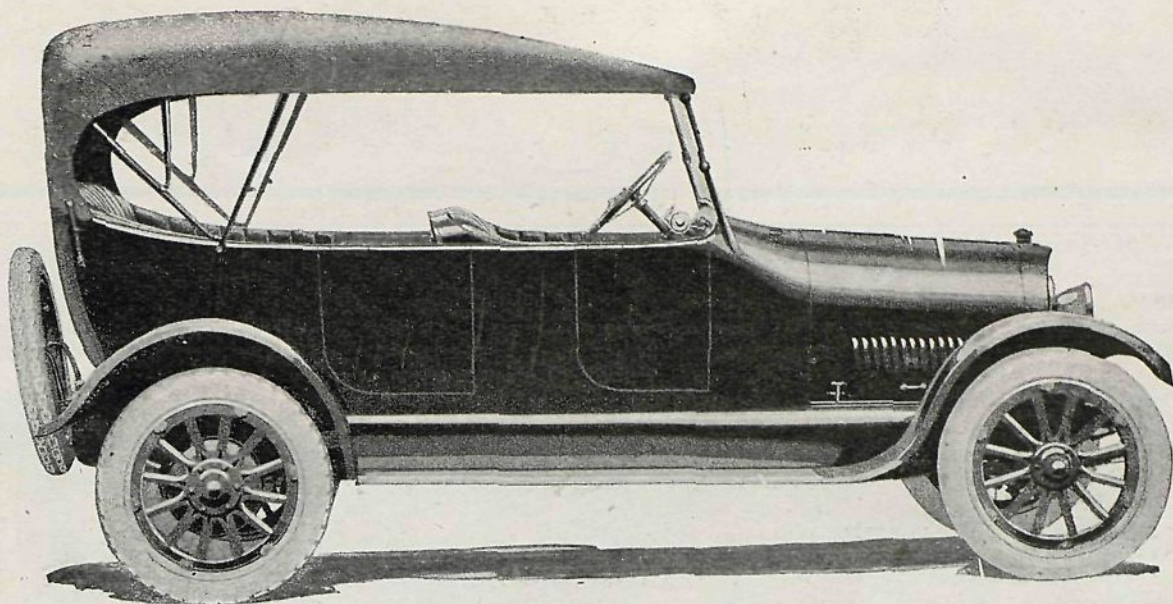
Por no haber recibido á tiempo el original para la plana que todos los meses dedicamos á deportes, publicamos solamente las fotografías de los últimos éxitos alcanzados por las motocicletas «Harley-Davidson», que representa en España don J. A. de Landaluce. Alcalá, 99, Madrid.



D. Luis Coppel, 2.º en el campeonato R. M. C. E., haciendo una media de 75,936 kms. por hora, sobre «Harley-Davidson».



D. Miguel Lliviria, Campeón del R. M. C. E. de Side-car, haciendo una media de 67 kms. por hora (nunca alcanzada en este circuito), sobre motocicleta «Harley-Davidson».



"R. E. O." SIX.

"R. E. O."

AUTOMÓVILES TURISMO

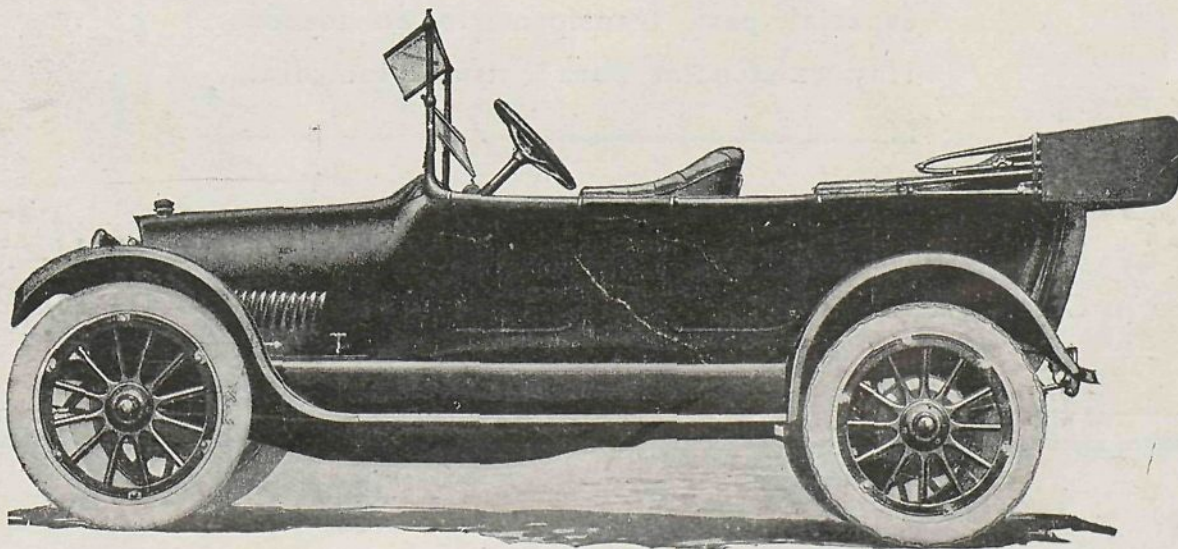
"R. E. O." FIFTH 4 cilindros 5 asientos.

"R. E. O." SIX 6 " 7 "

Una de las marcas más antiguas y acreditadas de los
Estados Unidos.

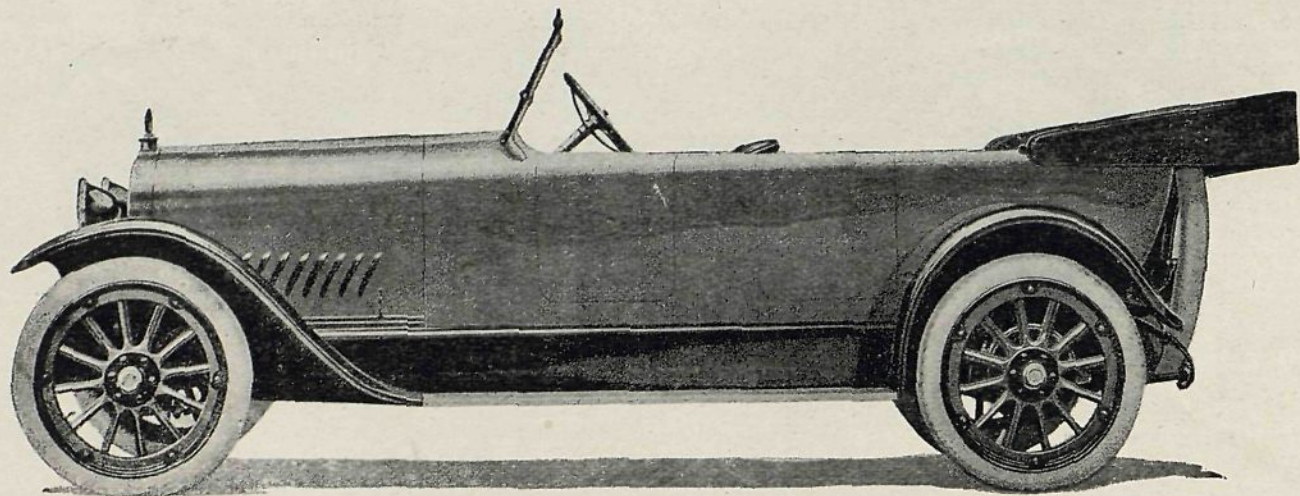
GASTON WIGGAMS & WIGMORE C. A.

Sevilla, núm. 16, pral.—MADRID



"R. E. O." FIFTH.

Ayuntamiento de Madrid

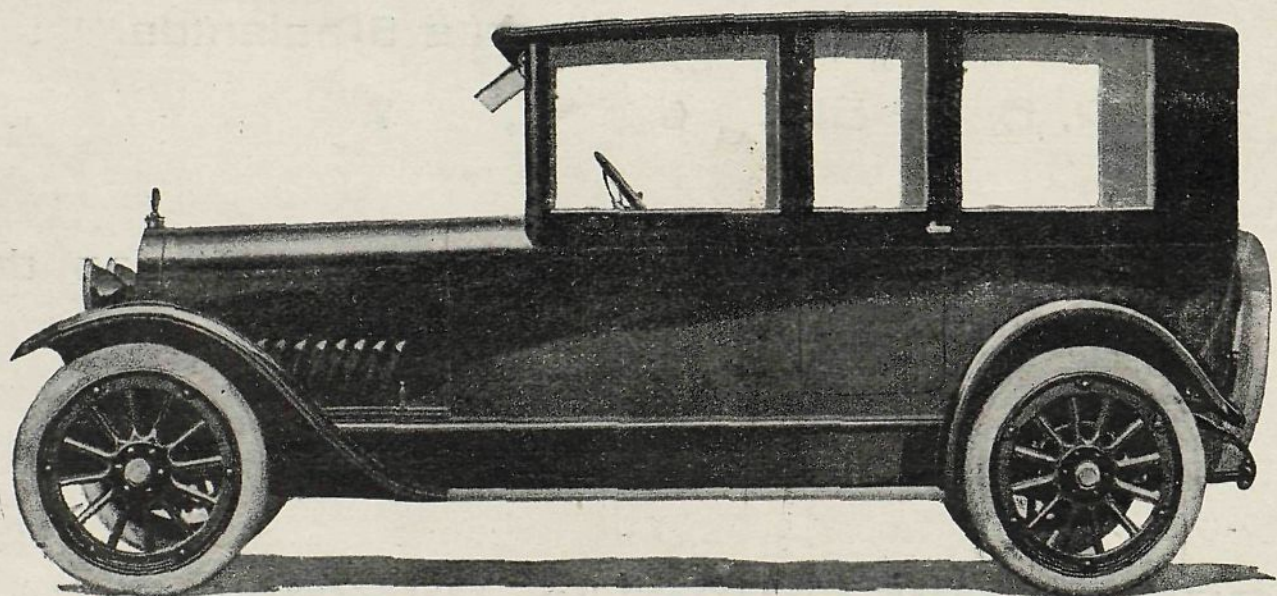


El “JEFFERY” torpedo, de líneas elegantes,
con motor de seis cilindros y siete asientos.

..... Precio: Ptas. 15.500

Con ruedas metálicas, aumento de Ptas. 500

.....



El “JEFFERY SEDAN”, transformable en
torpedo para siete personas. Motor de seis cilindros.

Precio: Ptas. 18.000, completamente equipado, con capota y para-brisas
especial para transformarlo en torpedo.

Hay existencias para entrega inmediata.

.....

Representante para España y Portugal: LUIS R. VILLAMIL
Calle de Recoletos, 5 entresuelo. — Teléfono S-586. — MADRID

SECCION DE MODAS

Señorita Alice Joice
encantadora estrella de la Cía.
de Cinematógrafo "Vitagraph"
luciendo las nuevas modas



En la ilustración superior se muestra el nuevo abrigo para paseos en automóvil o para almorzar en el campo, llevando el cuello y puños de última moda. Los bolsillos son grandes y de forma original, estando formados por las extremidades del paño delantero que se dirigen hacia los costados del abrigo y los cuales se bordan para darles una nota mayor de atracción. En la fotografía inferior luce un elegante vestido de etiqueta, confeccionado de gasa con bandas de raso y abalorio, sobre las cuales lleva adornos de rosas. Al abrigo se le da el aspecto militar mediante las dos filas de botones grandes que aparecen en su parte superior. El cinturón lleva también botones.



Este encantador vestido de calle es uno de los predilectos de la señorita Joice.



Dos de los más elegantes rasgos característicos de la temporada actual se encuentran en el vestido que se reproduce en la ilustración de arriba, y que son la combinación de telas y el derroche de bordados, a pesar de que el vestido es bastante sencillo y se usa más especialmente para reuniones de confianza en el campo o en la ciudad. En la ilustración inferior, la señorita Joice aparece con un precioso vestido de baile, hecho de gasa y brocado de plata, al cual se le hace más atrayente mediante los paños tableados colgantes que nacen del ancho cinturón drapeado. El corpiño es de brocado y está sostenido por dos tirantes angostos. Las mangas son de tul.



El guardarropa de la señora elegante quedaría incompleto sin uno de estos bonitos abrigos, confeccionado de tela gruesa de lana suave, adornado con bordados en los más caprichosos diseños.



Esta preciosa salida de teatro se confeccionó de chifón. El canesú y cuello están profusamente bordados; este cuello representa la última idea de la inagotable creación de nuevas modas para al mundo elegante femenino.



Photographs from Apeda Studio, Inc.

Nuevas selecciones en estilos para señoras

7179— Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 5.95 m. de fular con motas de 91 cm.; 80 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas; 35 cm. de crepé Georgette blanco para el cuello; 45 cm. de banda de encaje; y 55 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. Tiene un vuelo de 230 m. Sencillo y elegante es este vestido de fular con motas. La blusa es ligeramente fruncida y se abrocha en el hombro izquierdo y debajo del brazo. La falda es alforzada.

Vestido 7179

7151— Vestido de una prenda para señoras: Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere para el vestido con volante, como se ilustra, 5.95 m. de gabardina de algodón de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.50 m. No hay nada tan elegante para uso en ocasiones corrientes como uno de estos vestidos, confeccionado de guinga, tela de hilo, o gabardina de algodón.

Vestido de una prenda 7151

7131— Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.90 m. de tela de lana Jersey de 1.37 m.; 55 cm. de organdí blanco de 91 cm. para el chaleco, cuello y puños; y 1.85 m. de tela bordada para los adornos. De atrayente sencillez es este vestido confeccionado de tela de lana Jersey. La blusa se corta con sisas grandes y va alforzada en los hombros. El patrón facilita un cuello redondo y uno cuadrado. La falda está unida a la blusa bajo el cinturón.

Vestido 7131

Vestido 7096

7096— Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.70 m. de guinga de 91 cm. con 70 cm. de tela de hilo de 91 cm. para el cuello, puños, cinturón y adornos. Tiene un vuelo de 2.50 m. Este modelo se adapta especialmente para su confección con telas lavables, debido a la sencillez de sus perfiles. Es en estilo de una prenda, y se abrocha en el centro o al costado. El patrón facilita dos estilos de bolsillos, y una sobreblusa que no aparece en la ilustración. El cuello se hace de tela de hilo blanca; y está perforado para contorno redondo.



Blusa 7172
Falda plegada 7297

Blusa 7135

Vestido 7324

(Continúa en la página 36)

Lo más favorecido por la sociedad elegante

7260—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 4.90 m. de voile de 91 cm. de ancho; 4.10 m. de banda de encaje; y 45 cm. de velo para el cuello. Tiene un vuelo de 2.15 m. La blusa se abrocha en el costado delantero, la cual está cubierta por secciones de adorno en forma de paños tableados que van a cada lado del centro y continúan hacia abajo para formar los bolsillos colgantes. Las mangas fruncidas que se ilustran pueden reemplazarse por otras sencillas y largas, que están perforadas para acortarse. La falda es del modelo de una pieza, fruncida, y de cierre en la costura del costado izquierdo.

7306—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.25 m. de tafetán blanco de 91 cm. y 1.50 m. de sarga blanca de 1.12 m. El patrón del bordado, No. 11506, vale 20 ctvs. oro. Los adornos bordados en forma de paños tableados le dan a este vestido más atracción. Lleva bolsillos grandes de fantasía, muy sencillos.

7335—Chaqué cruzado para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.40 m. de sarga de 1.37 m. y 6.15 m. de trencilla para ribetear los bordes. No. 7341—Falda para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.15 m. de sarga de 1.37 m. Tiene un vuelo de 2.05 m. Muy elegante, para ocasiones corrientes, es el vestido estilo sastre confeccionado de sarga o gabardina azul. La parte delantera del chaqué puede hacerse redonda. La falda lleva el paño de atrás fruncido.



7350—Vestido de talle largo para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 7.55 m. de voile de 91 cm. con 8.20 m. de banda de encaje. El patrón del bordado, No. 12148, vale 20 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.40 m. Este elegante vestido lleva un paño ancho en forma de delantal, que aparece suelto en la falda. El frente de la blusa es también en forma de paño tableado para que armonice con el de la falda, y el cual se une bajo la ancha alforza de la parte superior de la falda.

(Continúa en la página 36)

Encantadores estilos para teatro, baile y reunión

6959—Blusa de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6834—Falda fruncida para señoras.—Cinco tamaños: 56 a 76 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.95 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 5.50 m.; de tafetán con dibujos, de 91 cm. de ancho; 55 cm. de encaje de 1.00 m. para el delantero fruncido y adornos; 80 cm. para los vuelillos de las mangas; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. La sencillez del buen estilo caracteriza a este encantador vestido de etiqueta. La blusa está cruzada de tal manera que forma su propio cinturón; va cortada en una sola pieza con las mangas cortas, a las cuales se les pueden añadir vuelillos de encaje. La falda es de amplitud suave.

7044—Vestido de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.85 m. de tafetán brocado de plata para el drapeado; 4.35 m. de encaje de 1.00 m. para la falda, sección de los tirantes y mangas cortas; 1.15 m. de encaje de plata; 4.55 m. de cinta ancha de raso y 2.05 m. de angosta; 80 cm. de raso de 91 cm. para el corpiño; y 3.65 m. para la falda interior. El drapeado de los costados, que se confecciona de tafetán brocado de plata, se extiende sobre la blusa por debajo del cinturón, y va sobre una falda fruncida que tiene el borde inferior liso. Las secciones de los tirantes y las mangas se hacen de encaje. La parte interior del vestido consiste de un corpiño unido a una falda, que puede confeccionarse de raso.

7197—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.30 m. de encaje de 46 cm. de ancho, con 1.05 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para las secciones de la sobreblusa, chaleco, cuello y puños. No. 6487—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 3.65 m. de crepé meteoro de 91 cm. de ancho. Tiene un vuelo de 2.30 m. El patrón transferible del diseño para las mostacillas o trencilla, No. 12058, vale 20 ctvs. oro. El patrón facilita un peplu, pero en la ilustración el vestido no aparece con él. Los delanteros de la blusa pueden juntarse con cintas de terciopelo, como se ilustra, o pueden volverse hacia atrás, mostrando el chaleco cruzado de crepé Georgette. La falda es una variante de la drapeada. La parte de delante y de atrás de la blusa están cortadas en una pieza, con hombros caídos y mangas de una costura, fruncidas a los puños. La sobreblusa está desprovista de mangas. El cuello, sobreblusa, chaleco y puños se hacen de crepé Georgette.

6841—Blusa de etiqueta para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 6887—Falda fruncida.—Cinco tamaños: 56 a 76 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 3.30 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 1.15 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para la falda fruncida y canesú de la falda; 35 cm. de encaje de 46 cm. para la sección de adorno; y 4.35 m. de tafetán de 91 cm. para la falda. Muy encantadora es la elegante combinación de las telas escogidas para la confección de este vestido.

Blusa 6959
Falda fruncida 6834



Vestido 7044

Blusa 7197
Falda drapeada
6487

Blusa 7132
Falda con túnica 7228

Blusa 6841
Falda fruncida 6887

7224—Blusa de etiqueta para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7230—Falda drapeada.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo, en tamaño mediano requiere: 5.00 m. de raso de 91 cm. de ancho; 1.60 m. de encaje de 46 cm.; y 3.55 m. de trencilla de plata. El patrón transferible del bordado de plata, No. 12283, vale 20 ctvs. oro. La blusa puede usarse en un vestido de tarde haciéndola con mangas cortas, hasta el codo, las cuales se facilitan en el patrón.

Blusa 7224
Falda drapeada 7230

(Continúa en la página 36)



Ultimas novedades en trajes de tarde y de paseo

7303—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 2.40 m. de crepé Georgette blanco de 1.00 m. para la blusa y cuello; 2.75 m. de raso negro de 1.00 m. para la falda y adorno. El patrón del diseño de trencilla, No. 11653, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 1.25 m. Entre las combinaciones elegantes de moda el blanco y negro son los colores más favorecidos, como en este modelo. La blusa va unida a la falda, que es estrecha en el vuelo.



Vestido 7303

Blusa 7299
Falda drapeada 7216



Blusón 7284
Falda 7330

7282—Blusón ruso para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.65 m. de organdí bordado de 1.05 m. de ancho, con 1.85 m. de organdí liso para las mangas, canesú, cuellos y cinturón. No. 7234 —Falda para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 66 requiere 2.75 m. de organdí de 91 cm.

Tiene un vuelo de 1.35 m. El blusón lleva paños tableados bajo un canesú de fantasía. En lugar de las mangas ilustradas se pueden usar otras cortadas a lo largo del exterior, desde el codo hasta la muñeca.



7284—Blusón para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7330—Falda fruncida.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.35 m. de crepé Georgette de 1.00 m. para el blusón; 5.50 m. de raso de 91 cm. para la falda, cinturón y adorno; y 4.80 m. de encaje. Se pueden usar mangas largas y fruncidas, con puños anchos, en lugar de las ilustradas. La falda puede llevar un cinturón liso o fruncirse arriba.

7299—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7216—Falda drapeada para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 1.70 m. El vestido completo, en tamaño mediano, requiere: 4.10 m. de gasa con dibujos, de 91 cm. de ancho; 2.15 m. de gasa blanca lisa; 1.15 m. de banda de encaje; y 80 cm. de forro de 91 cm. para el corpiño. La blusa consiste de dos partes: una sección exterior en efecto de sobreblusa; y una interior, de forma kimono, con mangas de fantasía que pueden fruncirse a puños anchos. Bajo la blusa va el corpiño que se abrocha en el frente. El vestido se completa con la bonita falda, fruncida arriba y drapeada en los costados.

7176—Blusón para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7330—Falda fruncida.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. Tiene un vuelo de 2.05 m. El vestido entero, en tamaño mediano requiere 4.90 m. gasa blanca de 91 cm. de ancho, con 4.55 m. de guinga de 91 cm. En este encantador vestido se encuentran combinadas la gasa con la guinga; la primera para el blusón; y la segunda, para la falda y adornos. El blusón se abrocha a la izquierda del costado delantero, bajo un pliegue, y en el hombro izquierdo. El patrón facilita dos estilos de mangas.

(Continúa en la página 36)



Blusón ruso 7282
Falda 7234

Blusa 7221
Falda drapeada 7230

Blusón 7176
Falda fruncida 7330

Manifiesto predominio de los cinturones y bolsillos



Blusa 7320

Blusa 7322

Blusa 7169

Blusa 7332

7320—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.15 m. de voile de 91 cm. de ancho con 90 cm. de encaje para el cuello y puños.

7322—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.15 m. de tela de hilo de 91 cm. y 35 cm. de voile de 91 cm. para el cuello.

7169—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.05 m. de tela de 1.12 m. El cuello va unido a las solapas.

7332—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.40 m. de voile a listas, de 91 cm. de ancho y 70 cm. de organdí de 91 cm. para el cuello, puños y plegado. La parte de atrás se extiende hacia adelante, por encima de los hombros, en efecto de canesú.

7172—Blusa-abrigo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.55 m. de guinga lisa de 91 cm. de ancho con 70 cm. a listas cruzadas para el

cuello y los adornos. Las alforzas de delante y de atrás le dan el efecto de un ancho paño tableado.

7177—Blusa-abrigo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro.

(Continúa en la página 36)



Blusa-abrigo 7172



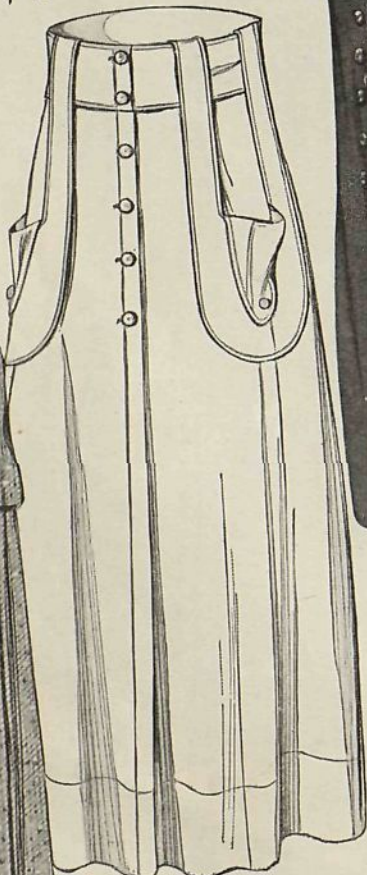
Capa 7371



Blusa-abrigo 7177



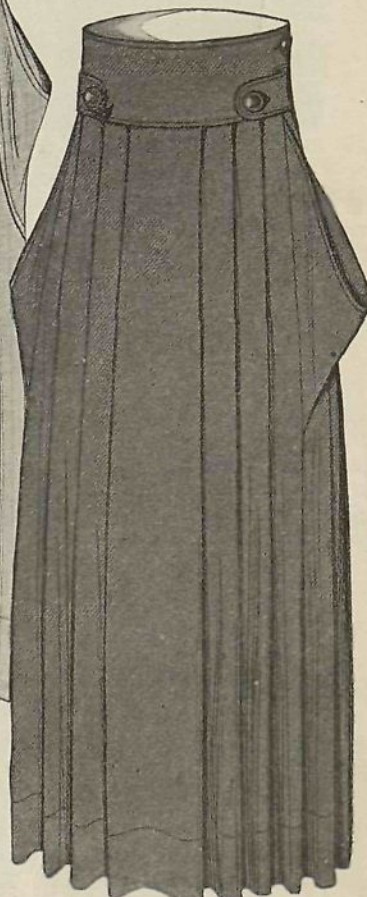
Falda 7200



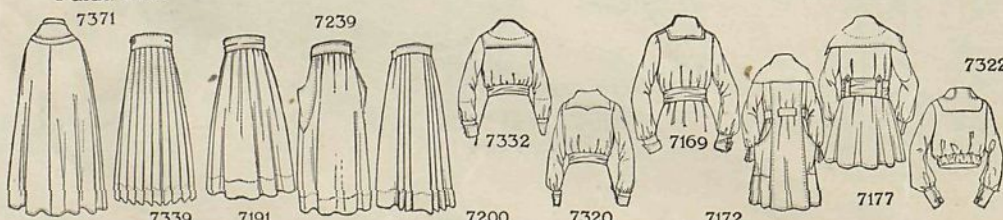
Falda 7191



Falda 7239



Falda 7339



Todos estos modelos son fáciles de confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida, que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

Encantador surtido de blusas y faldas separadas



7243—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.30 m. de voile de 91 cm. con 2.95 m. de encaje. El cuello grande va cosido a las solapas, pero éstas pueden omitirse si se desea.

7270—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.05 m. de crepé Georgette de 1.00 m. y 4.10 m. de encaje. El patrón del bordado del cuello, No. 12047, vale 20 ctvs. oro.

7232—Blusa-Kimono para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.65 m. de pongée de 91 cm. de ancho y 45 cm. de pongée con dibujos para el cuello y puños. La moda favorece nuevamente el uso de las blusas-kimono, como la ilustrada.

7315—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.40 m. de organdí de 91 cm. con 4.00 m. de encaje. Se puede usar también con mangas largas.

6570—Blusa de marinera para señoras y señoritas.—Cinco tamaños para señoras: 86 a 106 cm. de busto; y tres para señoritas: 16 a 20 años. El tamaño 91 requiere 3.10 m. de voile de 91 cm. y 35 cm. de tela de hilo. El patrón del diseño del punto de fantasía, No. 11752, vale 20 ctvs. oro.

7268—Blusa de marinera para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.70 m. de galatea de 68 cm., 70 cm. de tela de hilo para el cuello y adornos, de 91 cm., y 55 cm. a listas.

(Continúa en la página 36)



Falda circular 7310

Blusa 7268



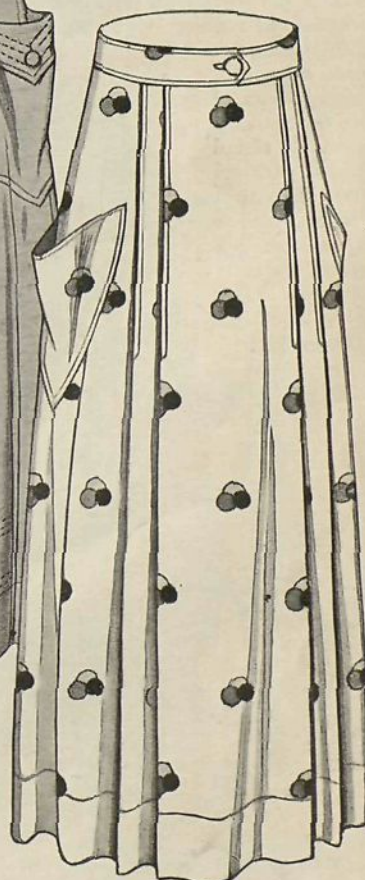
Falda fruncida 7312



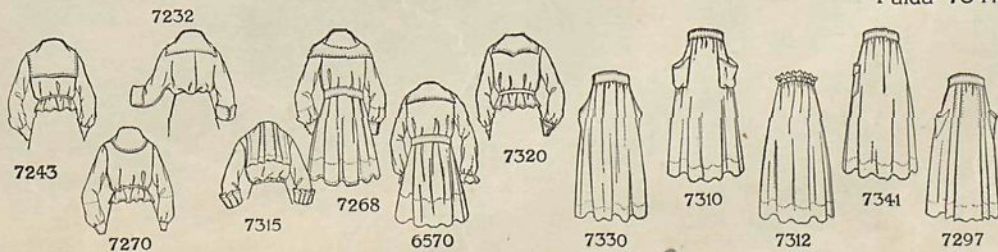
Blusa 7320
Falda 7330



Falda 7341



Falda plegada 7297



Prendas apropiadas para las señoras gruesas

Blusa 7255
Falda 7207



7255—Blusa para señoras.—Ocho tamaños. 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. No. 7207—Falda para señoras.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El vestido completo en tamaño mediano requiere: 3.40 m. de fular de 91 cm. para la blusa y túnica; 3.20 m. de raso de 91 cm. para la falda, banda de adorno, cuello y puños; 70 cm. de encaje de 46 cm para el chaleco; y 80 cm. de banda bordada.

7324—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere, para el vestido sin el paño tableado: 3.40 m. de raso de 91 cm.; 55 cm. de crepé Georgette de 1.00 m. para las mangas; y 55 cm. de crepé Georgette blanco para el cuello y chaleco. El patrón transferible del diseño de trencilla, No. 12342, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 1.85 m. El patrón facilita paños para los costados de la falda, que no se usan por las señoras gruesas.

Blusa 7262
Falda 7341



7011—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 1.60 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; 55 cm. de encaje para el chaleco y cuello; y 1.05 m. de ribete angosto para el cuello. El patrón facilita grandes solapas, que no aparecen en la ilustración.

Blusa 7011



Blusa rusa 7281
Falda circular 7242

7281—Blusa rusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro). No. 7242—Falda circular.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro). El vestido completo, en tamaño mediano, requiere 8.45 m. de voile de 91 cm. y 3.55 m. de banda bordada para el cinturón y banda de adorno de la blusa. La falda tiene un vuelo de 2.15 m.

Vestido 7324



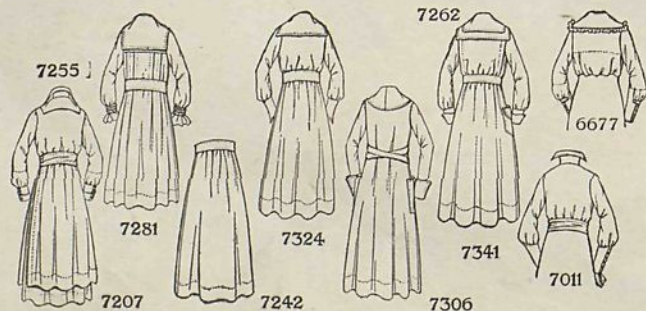
Vestido de una prenda 7306

7306—Vestido de una prenda para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 30 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 5.70 m. de tela de seda lavable y 45 cm. de organdi para el cuello. La falda tiene un vuelo de 2.30 m. Se ilustra aquí en su forma más sencilla, sin los tirantes de adorno a cada lado de delante y atrás.

(Continúa en la página 36)

6677—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 2.05 m. de crepé Georgette de 1.00 m. de ancho. El patrón transferible del diseño del abalorio, No. 12270, vale 20 ctvs. oro. La parte de atrás se extiende, por encima de los hombros, hacia delante, formando canesú.

Blusa 6677



Bonitos modelos para los ejercicios de natación

6276—Traje de baño para señoras y señoritas.—Seis tamaños para señoras: 81 a 106 cm. de busto; y cuatro para señoritas: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere para el vestido y calzón, 5.60 m. de tafetán a listas cruzadas, de 91 cm., 25 cm. de raso de 91 cm. para el cuello, y 80 cm. de forro para el corpiño. Se ilustra dos veces en la página.

Traje de baño 6276

Traje de baño 7340

7340—Traje de baño y gorra para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere: 3.30 m. de raso de 91 cm. para el vestido; 1.70 m. para el calzón; 45 cm. para la gorra; 45 cm. de raso blanco para el cuello y faja; y 45 cm. de fular con motas de 68 cm. Se ilustra dos veces en esta página. (Continúa en la página 36)

Traje de baño 6719



Traje de baño 7318

Traje de baño 6731

Traje de baño 6770

Traje de baño 7340

Traje de baño 6737

6276

6770

6719

6731

6737

7340

7318

7340

7318

6215

Traje de baño 6276

Traje de baño 6215

Estos bonitos trajes de baño son fáciles de confeccionar comprando los patrones perfeccionados y a la medida que se venden en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



LA BELLEZA A CUALQUIER EDAD REQUIERE PERFECTA DENTADURA

la que no se puede poseer sin tener los dientes en buena condición, la que no se llegará a obtener si las encías no se encuentran firmes y sanas.

La acertada selección de un dentífrico es la que protegerá las encías y los dientes.

El Líquido Dentífrico Sozodont está preparado especialmente para este propósito, pues preserva las delicadas membranas de la boca y encías y, sin ser dañino, ejerce propiedades muy antisépticas sobre ellas.

El Sozodont se ofrece también en Pasta y Polvos, poseyendo las mismas cualidades; pero el líquido se recomienda más particularmente, porque, debido a su mismo estado, se obtiene una acción más rápida con el cepillo; limpia los dientes bien, se pone suavemente en contacto con las encías y evita la molestia que causa su sangrar, el que se aflojen o se infesten.

Empiece hoy mismo a usar el Sozodont y haga que su familia lo use también. Nunca es tarde, pero tenga cuidado de las imitaciones e insista en obtener el legítimo. Escriba hoy mismo pidiendo una muestra gratis de Sozodont, pasta, polvos o líquido.

PAQUETES DE COMBINACION CONTENIENDO

1 Frasco grande de Líquido
1 caja de Polvos

También
Paquetes individuales con Pasta,
Polvos y Líquido.

HALL & RUCKEL

215 Washington Street
Nueva York, E. U. A.

Agente directo en España
Max Gold
San Francisco No. 22
Santander



El Regalo Perfecto

La Pluma con el Botón Mágico

La "AA" fué la primera Pluma-Tintero de llene automático, la que ha producido los mejores resultados y satisfacción universal durante un cuarto de siglo.

Debido a esta cualidad de llene automático se hace innecesario el cuenta-gotas para la tinta, evitándose así el mancharse los dedos cada vez que se tenga que llenar.

La "AA" puede llevarse con seguridad en cualquier posición en el bolsillo o en la maleta sin peligro que derrame o manche la ropa.

Las Plumas "AA" se hacen en una gran variedad de estilos y tamaños, con puntas galvanizadas de oro de 14 kilates, especialmente fabricadas para que den los mejores resultados.

Pueden comprarse en la mayor parte de los principales almacenes del mundo.

Evítense imitaciones o sustituciones.

La Pluma aquí reproducida se remitirá a cualquier dirección, con gastos pagados, al recibo de \$2.00 oro.

Escribase pidiendo el catálogo ilustrado GRATIS.

Suplicamos a los comerciantes nos escriban pidiendo descuentos y detalles sobre las ventajosas condiciones que ofrecemos para la exportación.

ARTHUR A. WATERMAN CO.

Establecida en 1895

8 Thames St. Nueva York, E. U. de A.

**NO RELACIONADA CON LA
L. E. WATERMAN CO.**

La Tinta Indeleble de Payson

Para marcar toda clase de ropas, desde la más delicada seda o más fino hilo o más grueso algodón.

La Tinta Indeleble de Payson

Resiste la influencia de todos los climas sin solidificarse ni descomponerse en la botella. Dispuesta siempre para usarse con cualquier clase de pluma corriente.

La Tinta Indeleble de Payson

De venta en todas las buenas tiendas, papelerías, librerías y demás comercios de efectos de escritorio.

La Tinta Indeleble de Payson

Si el comerciante donde usted compra no la tiene, exija que se la pida a cualquier casa comisionista de New York, New Orleans, Los Angeles, San Francisco o Boston, Mass.

Exija que sea la legítima de Payson y nosotros respondemos de su seguro éxito.

R. L. Williston

Unico Proprietario y Fabricante

Northampton, Mass.

E. U. A.



Recientes creaciones de la moda para señoritas



7337—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.75 m. de voile de 91 cm. para la blusa y mangas, y 2.30 m. de tela de hilo de 91 cm. para la falda y adornos.

7347—Vestido de talle largo para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 4.10 m. de guínga a listas cruzadas de 91 cm., 3.40 m. de voile de 91 cm. y 2.75 m. de cinta.

7371—Capa para señoras y señoritas.—Cuatro tamaños: 81, 91, 101 y 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 3.90 m. de sarga azul de 1.37 m., 4.10 m. de raso de 91 cm. y 2.75 m. de trencilla de seda.

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones

7343—Abrigo para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 6.40 m. de pongée de 91 cm.

7063—Blusa de marinera para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 2.50 m. de gabardina de

algodón con dibujos, de 91 cm., y 70 cm. de lisa.

(Continúa en la página 36)

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA), que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, instaladas en todo el mundo, encontrarán las señoritas infinidad de preciosos modelos

Preciosos modelos para diversas ocasiones

7019—Vestido de marinera para señoritas.—Cinco tamaños: 12 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 5.00 m. de tela de hilo de 91 cm. con 3.65 m. de tren-cilla para los adornos. El patrón del emblema, No. 12269, vale 20 ctvs. oro.

7347—Vestido de talle largo para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 6.40 m. de voile de 91 cm. con 55 cm. de organdí para el cuello y los puños.

7349—Vestido para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 6.30 m. de batista de 91 cm. y 1.85 m. de banda de encaje.



Vestido de talle largo 7351



Vestido de marinera 7019



Vestido de talle largo 7347



Vestido 7349



Vestido de marinera 7125



7019



7347



7125



7334



7349



7351

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones.

Blusa-camisa 6229 Falda fruncida 7334

7351—Vestido de talle largo para señoritas.—Tres tamaños: 16 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 2.95 m. de voile liso de 91 cm. de ancho; 2.50 m. de voile bordado para la falda; 4.55 m. de entredós Valenciennes; y 3.40 m. de ribete. La falda tiene un vuelo de 2.05 m., el cual se corta liso para poder hacerlo con telas bordadas.

6229—Blusa-camisa.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 1.95 m. de guinga a listas, de 91 cm. de ancho, y 55 cm. de tela de hilo blanca. No. 7334—Falda fruncida.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere 3.20 m. de guinga de 91 cm.

7125—Vestido de marinera para señoritas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 16 requiere: 5.15 m. de tela de hilo azul de 91 cm.; 70 cm. blanca para el cuello y adorno; y 45 cm. a cuadros. El patrón del emblema de la manga, No. 12269, vale 20 ctvs. oro. La falda tiene un vuelo de 2.30 m.

En THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA), se hallan infinidad de preciosos modelos de fácil confección en el hogar. Se vende a 45 ctvs. oro, en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW.



Las Imperfecciones de la Piel

como las pecas, espinillas, manchas, se extinguen con el uso de la CREMA "GRAHAM" PARA BLANQUEAR LA CARA, la cual restituye a la tez su pristino esplendor y brillantes atractivas.

Otros productos de la Sra. Graham para conservar la tez en buena condición y protegerla contra los efectos del sol y viento:—Polvo "Kosmeo," Crema "Kosmeo" Jabón "Kosmeo."

Todas las preparaciones "Graham" se venden en las droguerías más acreditadas, o pueden ser enviadas por correo con porte pagado.

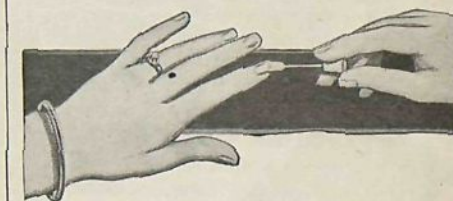
Permítame que le envíe gratis mi librito titulado "Confidencias del Espejo," el cual describe todas mis preparaciones destinadas a la cultura de la belleza, indica el modo de usarlas, y facilita en general cuanto detalle está relacionado con ellas.

Se solicitan agentes en todos los países que aun no están representados.



ULTIMA NOVEDAD
ESMALTE GRAHAM

PARA LAS UÑAS
Instantáneo A Prueba de Agua

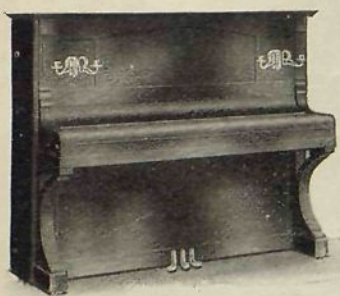


Instrucciones para el uso:—Simplemente aplique el Esmalte con el pincel, a la superficie de las uñas y deje secarlo durante uno o dos minutos. Esto es todo lo que se requiere para obtener el resultado deseado. No es necesario el pulimento. El lustre no será afectado por el agua o jabón.

Agencias Principales:

Argentina:
S. E. Lederer, Calle Piedras, Buenos Aires
Chile:
Daube & Co., Santiago, Valparaíso, Concepción, Antofagasta
Ecuador:
J. José Solá, Guayaquil
Porto Rico:
Porto Rico Drug Co., San Juan-Ponce
Colombia:
Acosta Madieto, Barranquilla
Bolivia:
Enrique Aponte C., Oruro
Guatemala:
Renato Tixe, 6 A. S. No. 19, Guatemala
República Dominicana:
F. Mises Carbonel, Sto. Domingo
Perú:
Geo. W. Cock, Lima

Sra. Gervaise Graham
25 W. Illinois Street
CHICAGO E. U. A.



El Piano Hensel Modelo 48

Es un piano de asombrosa duración, de hermosa apariencia y de espléndidas voces.

Se construye por Hardman, Peck & Co., expertos fabricantes que han hecho del Hardman el Piano oficial de la Compañía Metropolitana de Opera de Nueva York, la más importante organización musical del mundo.

Precio: \$275

Libre a Bordo en Nueva York

El Hensel es solamente uno de los muchos instrumentos que la Hardman, Peck & Co. fabrica especialmente para Sud América y los países tropicales.

Un hermoso catálogo ilustrado, en español, en donde se describen en detalle estos preciosos pianos, se remite gratis a todas las personas que escriban en este respecto.

HARDMAN, PECK & CO.,

Fundada en 1842

433 FIFTH AVENUE

NUEVA YORK,

E. U. A.



¡Adiós Callos!

¿CUAL es el objeto de estar cojeando y sufriendo las punzadas de los callos? Parece ser la locura más grande del mundo estar soportando estos dolores cuando se pueden quitar fácilmente con el extractor de callos "Gets-It," de sencilla aplicación y acción perfecta.

"GETS-IT"

2 gotas se ponen en 2 segundos

Se podría decir que el tener callos causa un placer sólo por ver como el "Gets-It" los hace encoger y ablandar, quitándose fácilmente con los dedos. El "Gets-It" forma una capa invisible sobre el callo y permanece allí. No hay necesidad de hacer presión sobre el callo o irritar la piel que lo rodea, como tampoco usar cualquier otro tratamiento adicional. Camínese con confort mientras que el callo desaparece usándose "Gets-It".

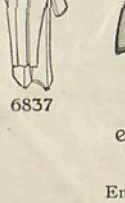
"GETS-IT" está manufacturado por E. Lawrence & Co., Chicago, Illinois, E. U. A.

En venta en todas partes del mundo por las farmacias y droguerías.

Depositaros Generales:

Mendel y Cia., Buenos Aires; Glossop & Co., Río de Janeiro; Daube & Co., Valparaíso; Geo. W. Cock, Lima; Bankier & Linn, Montevideo; Mendel y Cia., Asunción; Enrique Aponte, Oruro; H. Caldera, Managua, Nicaragua.

Selección de prácticos modelos para usos variados



6538—Vestido para señoras.—Ocho tamaños: 86 a 122 cm. de busto. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.55 m. de khaki de 91 cm.

7236—Zaragüelles para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro.

6837—Vestido "Tío Sam."—Cuatro tamaños: 71 a 101 cm. de pecho. Cada patrón, 25 ctvs. oro.

6398—Uniforme militar para niños.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. El tamaño 8 requiere 1.60 m. de khaki de 1.37 m. Cada patrón, 20 ctvs. oro.

7325—Vestido con calzón para niñas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años.

(Continúa en la página 36)

En las páginas de THE FASHION BOOK (EL LIBRO DE LA MODA), que se vende en todas las agencias de PICTORIAL REVIEW, instaladas en todo el mundo, encontrarán las señoras infinidad de útiles modelos

Ayuntamiento de Madrid

Peinador 6198

7326

7118

Camisa de dormir 7328

Combinación 7326

Camisa de dormir 7118

Camisa de dormir 7291

7095

7348

Negligé 7195

719

Pijamas 7194

7342

7327

(Continúa en la página 36)

BAILEY RUBBER CO.
22 BOYLSTON ST. BOSTON, MASS., U. S. A.

Diversidad de elegantes modelos para niños y niñas



7321—Vestido Imperio para niñas.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.75 m. de tela sencilla de hilo, de 91 cm. con 45 cm. a cuadros, del mismo ancho.

7193—Traje de juego para niños.—Cinco tamaños: 1 a 5 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 1.35 m. de guinga a listas cruzadas, de 81 cm., y 1.15 m. de linón blanco de 68 cm.

7203—Traje de juego para niños.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 2.50 m. de cambray de 68 cm. de ancho.

7155—Traje de juego para niños.—Cuatro tamaños: 1 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 1.70 m. de tela de hilo de 91 cm. de ancho.

7113—Traje de juego para niños.—Cinco tamaños: 1 a 5 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 3 requiere 1.60 m. de guinga a listas cruzadas, de 91 cm. de ancho.

7338—Vestido Imperio para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 6 requiere 2.75 m. de guinga a listas cruzadas, de 76 cm. de ancho y 45 cm. de voile blanco para el cuello y los puños.

(Continúa en la página 36)

Modas juveniles de distinción y utilidad

Vestido de una prenda 7323



Vestido Imperio 7331



Vestido 7188



Abrigo 7346



Vestido 7072

20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 1.05 m. de guinga a listas, de 91 cm. para la falda, 70 cm. de voile blanco para la blusa y mangas, y 70 cm. de guinga azul para el bolero.

7188—Vestido para niños.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 4 requiere 3.20 m. de popelina de algodón de 68 cm. con 35 cm. de tela de hilo de contraste para el cuello y cinturón. La blusa se abrocha en el costado.

7346—Abrigo de una hilera de botones para niños. Cinco tamaños: 2 a 10 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 10 requiere 1.95 m. de sarga de 1.37 m. de ancho. Puede usarse con un cinturón.

7072—Vestido para niños.—Cinco tamaños: 4 a 12 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 2.85 m. de tela de hilo de 91 cm. o 2.05 m. de estambre de 1.37 m. La blusa consiste de dos



Vestido 6384



Blusa 6684
Calzón 7256



Blusa 7235
Falda 7244



Vestido 6871



Vestido Imperio 7336

secciones, unidas bajo el cinturón.

7323—Vestido de una prenda, de paños tableados, para niñas y jovencitas. Cinco tamaños: 6 a 14 años. Cada patrón, 20 ctvs. oro. El tamaño 12 requiere 3.40 m. de tela de algodón blanca, de 91 cm. de ancho, con 45 cm. de tela de hilo azul, de 91 cm. para el cuello y puños. Lleva paños tableados que nacen de un canesú cuadrado.

7331—Vestido Imperio para niñas.—Tres tamaños: 2 a 6 años. Cada patrón,



6384—Vestido para niñas y jovencitas. —Nueve tamaños: 4 a 16 años. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 8 requiere 1.70 m. de voile de 91 cm. para la blusa, y 1.95 m. de guinga a cuadros, de 91 cm. para la falda. En el patrón se incluyen tirantes, pero no aparecen ilustrados en el modelo de la página.

(Continúa en la página 36)

Para vestir a los niños no hay nada mejor que comprar los patrones perfeccionados y a la medida que se venden en las agencias de PICTORIAL REVIEW. Estos patrones van acompañados de una Guía de Corte y Confección en castellano.

¡ALÉGRESE!



En cierta parte de Sur América había un individuo con una hermosa familia compuesta de su esposa, hijos e hijas; pero aunque en dicho hogar existía armonía y amor, por muchos años faltó algo para completar la felicidad. Un día a una de las hijas se le ocurrió que aquella cosa que había faltado por tanto tiempo era música. El padre no quiso desembolsar todo el dinero al contado para comprar un piano automático. Pero ellos supieron que la casa Kimball fabrica los mejores instrumentos y que los venden en cuotas mensuales, y decidieron que cada miembro de la familia pondría una pequeña cantidad para completar \$15 mensuales y obtener uno de los famosos pianos automáticos Kimball. Hoy el piano automático se encuentra en el hogar de dicha familia y ha traído abundante felicidad. Ellos no pueden ahora comprender cómo estuvieron tanto tiempo sin uno de estos instrumentos.

Si desea Ud. también tener felicidad, nosotros le recomendamos que se comunique con nuestro representante en su distrito, o si no hay representante escribanos directamente y le enviaremos nuestro hermoso catálogo en español, gratis y franco de porte, lista de precios y fáciles condiciones de pago.

W. W. Kimball Co.

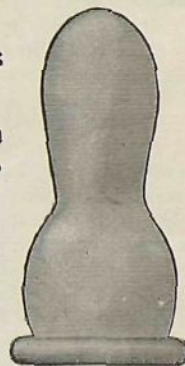
435-C Kimball Hall Chicago, E. U. de A.

(Los Mayores Fabricantes en el Mundo de Pianos, Pianos Automáticos y Organos)

¡¡Qué lindos!!
están los niños
saludables

Su alimentación
es lo más im-
portante

Los Pezones
Transparentes
para
Biberones



debido a su superficie lisa no retienen las impurezas, y se lavan fácilmente. Las paredes transparentes del pezón muestran si está absolutamente limpio en el interior.

Los artículos de goma



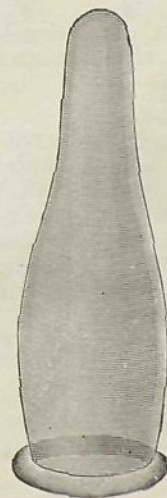
se conocen en todo el mundo por sus cualidades duraderas bajo uso normal. En los artículos Davol sólo se emplean la goma más pura y la mano de obra más perfecta.

Los Pezones Davol contienen mucha más goma que cualquier otro de los transparentes que se hallan de venta en el mercado.

A los comerciantes: Sírvanse escribir pidiéndonos nuestro precioso souvenir, catálogo y lista de precios.

Davol Rubber Company

71 Point St.
Providence, R. I.,
E. U. de A.



Los Surcos de la Vida

(Continuación de la página 8)

significa la muerte de la anterior.

—¡Tal vez tenga razón!

—No, no. Yo no soy ya la niña que era, es cierto... me he transformado pero sigo la misma, siento igual, recuerdo...

—¡Oh! ¡Los recuerdos no mueren!

—¡Parece que lo dices con pena!

—Es que tú no sabes, ¡ojalá no lo sepas nunca!, que fardo tan pesado son algunos recuerdos.

—Pues si vieras como me gusta recordar las cosas pasadas, lejanas, me retrotraigo a los tiempos de mi infancia, me veo pequeña... navicilla... al lado de mi madre.

—Tus recuerdos, hija mía, son dulces.

—Es que tú has debido sufrir, Elena, se te conoce.

—Mucho.

—Siendo tan buena.

—¿Crees que he sido buena siempre, Manolita?

—¡Qué duda cabe! Te conozco bien y por eso te quiero tanto.

—Y acaso si no hubiera sido siempre buena no me amarías,—dijo incorporándose con ansiedad Elena.

—¿Qué dices?

—Escúchame... ¿No te ha llamado jamás la atención el modo cruel que ha tenido de rechazarme la familia de mi marido... el mundo? ¿No has pensado que pudiera haber algo grave en mi vida?

—No, ¿por qué me dices eso?

Elena volvió a dejarse caer en la almohada sollozando.

—¿Qué es esto, Elena, qué te pasa?—volvió a interrogar la joven.

—No sé... no sé... Un deseo de que me quieran mucho... de que me amen sin engaño... con defectos,—contestó ella.

—Yo siempre te querría lo mismo.

—¿Aun siendo culpable?

—Eso no es posible.

—Suponlo... suponlo.

—¡Qué locura!

—Por favor, suponlo. ¿Me querrías?

—Más que nunca, madrecita,—exclamó la joven abrazándola en una explosión de ternura.

—¡Qué nobles son las almas puras, las conciencias sin mancha! ¡Sólo ellas saben perdonar!—exclamó con explosión Elena.

—¡Loca!—repuso la joven.—Según tú, en el mundo pasa lo contrario que en el Evangelio. Los que tienen mancha arrojan la primera piedra.

De no haber estado tan preocupadas las dos jóvenes hubieran notado que el portier de la habitación se agitaba y que unos pasos tenues se alejaban a lo largo del corredor. Enrique avergonzado de haber escuchado entró en su despacho, se dejó caer en un sillón, y llevándose las manos al pecho exclamó con desesperación:

—El corazón no me había engañado. Elena me oculta algo...

(Continuará en el número próximo)

Pequeña Correspondencia

Cely.—Buenos Aires.

Para el busto, vea los artículos publicados por el Dr. Apliofe, en nuestros números de Enero y Octubre de 1916. Para las uñas, mójelas en agua templada antes de cortárselas.

Novia uruguaya.—Buenos Aires.

En cualquier droguería. Lea la contestación dada a G.A. en nuestro número de Junio del presente año.

Perla Dann.—Puerto Rico.

Disuelva una cucharada de sal de higuera en un litro de agua caliente y lávese con esto la piel dañada; enjuáguese con agua clara de la misma temperatura y lávese con bastante agua caliente que tenga glicerina diluida. Para las cejas y pestañas recurra a la pintura.

Nena.—Colón.

Lea el artículo del Dr. Apliofe, publicado en nuestro número de Setiembre de 1916. Atienda a una alimentación apropiada, al mejoramiento de la sangre y haga ejercicios.

(Continuación de la página 22)

7172—Blusa para señoras.—

Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. Cada patrón, 25 ctvs. oro. El tamaño 91 requiere 4.25 m. de guinga de 91 cm.

y 70 cm. de voile. No. 7297—Falda plegada para señoras.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 3.65 m. de guinga de 91 cm. Tiene un vuelo de 2.50 m.

7185—Blusa.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El 91 requiere 3.75 m. de voile de 91 cm.

7324—Vestido para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (30 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere: 5.25 m. de crepé meteoro de 1.00 m.; 70 cm. de raso blanco de 91 cm.; 55 cm. de encaje blanco; y 3.65 m. de banda.

(Continuación de la página 23)

7345—Vestido para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 102 cm. de busto. (30 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 5.50 m. de tafetán de 91 cm. con 45 cm. de crepé Georgette.

7268—Blusa-Abrigo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 4.70 m. de galatea lisa de 68 cm. y 70 cm. con dibujos.

7313—Abrigo.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (30 ctvs. oro.) El 91 requiere 4.70 m. de tela de 1.37 m.

(Continuación de la página 24)

7221—Blusa para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) No. 7230—Falda drapeada.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El vestido en tamaño mediano requiere: 5.60 m. de tafetán de 91 cm.; 1.15 m. de crepé Georgette de 1.00 m.; 45 cm. crepé blanco para el cuello; y 80 cm. de forro de 91 cm.

(Continuación de la página 25)

7132—Blusa con peplo para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) No. 7228—Falda con túnica.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El vestido en tamaño mediano requiere 2.15 m. de raso de 91 cm. y 5.50 m. de crepé Georgette.

(Continuación de la página 26)

7371—Capa.—Cuatro tamaños: 81 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El 91 requiere 3.90 m. de sarga de 1.37 m. con 4.10 m. de raso de 91 cm.

7200—Falda para señoras.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 3.30 m. de estambre escocés de 1.37 m. de ancho.

7191—Falda.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El 66 requiere 3.40 m. de gabardina de 91 cm.

7239—Falda.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 3.40 m. de tela de 91 cm.

7339—Falda.—Cinco tamaños: 61 a 81 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 3.75 m. de tela de hilo de 91 cm.

(Continuación de la página 27)

7320—Blusa para señoras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 2.15 m. de tela de 91 cm. de ancho. No. 7330—Falda.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 3.65 m. de franela de 1.12 m. de ancho.

7310—Falda circular para señoras.—Seis tamaños: 56 a 81 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 2.85 m. de piqué blanco de 91 cm.

7312—Falda.—Siete tamaños: 56 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 2.65 m. de tela de raso de 91 de ancho. Tiene un vuelo de 1.95 m.

7341—Falda.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El 66 requiere 2.15 m. de tela de 1.37 m.

7297—Falda.—Seis tamaños: 61 a 86 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 3.65 m. de gabardina de 91 cm. de ancho.

(Continuación de la página 28)

7262—Blusa.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 3.65 m. de tela de 91 cm. y 80 cm. de 5 cm. No. 7341—Falda para señoras.—Ocho tamaños: 56 a 91 cm. de cintura. (25 ctvs. oro.) El tamaño 66 requiere 2.85 m. de tela de 91 cm.

(Continuación de la página 29)

6719—Traje de baño.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 3.65 m. de tela Jersey de lana de 1.37 m. y 45 cm. de pongée.

6737—Traje de baño.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El 91 requiere 5.00 m. de tela de 1.12 m. de ancho, 35 cm. de raso liso de 68 cm. y 45 cm. a listas.

7318—Traje de baño y gorra.—Tres tamaños: 16 a 20 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 16 requiere 2.85 m. de tela de 1.12 m., 1.60 m. extra para el calzón, y 90 cm. de raso a cuadros, de 91 cm. para la gorra y adornos.

6731—Traje de baño para señoritas.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 4.80 m. de tafetán de 91 cm., 35 cm. de tafetán blanco de 68 cm. para el cuello, y 80 cm. de forro de 91 cm.

6276—Traje de baño.—Seis tamaños para señoras: 81 a 106 cm. de busto; y cuatro para señoritas: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 4.70 m. de tela de 91 cm. y 35 cm. de raso de 91 cm.

6770—Traje de baño para señoras.—Cinco tamaños: 86 a 106 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 4.55 m. de sarga de 1.12 m. y 80 cm. de forro.

6215—Traje de baño.—Siete tamaños para señoras: 81 a 112 cm. de busto; y cuatro para señoritas: 14 a 20 años. (20 ctvs.

Nuestros Patrones

de los modelos ilustrados

oro). El tamaño 91 requiere 4.45 m. de tafetán de 91 cm. y 90 cm. de forro de 91 cm.

(Continuación de la página 30)

6548—Blusa para señoritas.—

Tres tamaños: 16 a 20 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 16 requiere 2.05 m. de guinga a listas cruzadas de 91 cm. y 45 cm. de tela de hilo de pañuelos de 91 cm. No. 7334—Falda fruncida.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 16 requiere 3.20 m. de guinga a listas cruzadas, de 91 cm., con 25 cm. de tela de hilo de pañuelos.

(Continuación de la página 32)

7154—Vestido con calzón para niñas y jovencitas.—Cuatro tamaños: 14 a 20 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 16 requiere 4.45 m. de tela de hilo de 91 cm.

6507—Vestido y Gorra para enfermeras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 5.25 m. de gabardina de algodón de 91 cm.

6494—Vestido y Gorra para enfermeras.—Siete tamaños: 86 a 117 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 6.85 m. de tela de 68 cm.

6779—Vestido.—Seis tamaños: 6 a 16 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 4.10 m. de khaki de 91 cm.

6671—Vestido de marinero para niños.—Cuatro tamaños: 3 a 8 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 6 requiere 3.90 m. de popelina de algodón de 68 cm.

(Continuación de la página 33)

7326—Combinación para señoras.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 2.05 m. de batista de 91 cm.

7118—Camisa de dormir para señoras.—Cuatro tamaños: 91, 101, 112 y 122 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 3.10 m. de crepé de la China de 91 cm.

7328—Camisa de noche Imperio, para señoras.—Nueve tamaños: 86 a 127 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 4.00 m. de nansú de 91 cm.

7329—Enaguas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 8 requiere 2.05 m. de tela de 91 cm.

7194—Pijamas para señoras.—Tamaños: pequeño, mediano y grande. (25 ctvs. oro.) El tamaño mediano requiere 3.20 m. de crepé de la China de 91 cm.

7348—Bata para señoras.—Cuatro tamaños: 91, 101, 112 y 122 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El tamaño 91 requiere 4.45 m. de crepé del Japón de 91 cm.

7342—Vestido de casa para señoras.—Tamaños: pequeño, mediano y grande. (25 ctvs. oro.) El tamaño mediano requiere 6.30 m. de crepé de algodón de 68 cm.

7195—Negligée.—Seis tamaños: 86 a 112 cm. de busto. (25 ctvs. oro.) El 91 requiere 4.65 m. de tela de 91 cm., 2.75 m. de entredós, y 2.30 m. de cinta.

7327—Combinación.—Cinco tamaños: 1 a 5 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 3 requiere 1.15 m. de nansú de 91 cm.

(Continuación de la página 34)

7248—Blusa de marinera para niñas.—Cinco tamaños: 8 a 16 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 2.65 m. de dril blanco de 91 cm. y 25 cm. de guinga a listas. No. 7256—Calzón.—Nueve tamaños: 3 a 17 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 1.60 m. de sarga azul de 1.12 m.

7319—Vestido.—Cuatro tamaños: 2 a 8 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 6 requiere 2.50 m. de tela de 91 cm.

7261—Vestido para niñas y jovencitas.—Nueve tamaños: 6 a 17 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 3.90 m. de voile de 91 cm., 2.50 m. de entredós y 4.55 m. de ribete.

7314—Vestido.—Cuatro tamaños: 8 a 14 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 4.55 m. de tela suiza moteada de 91 cm., 11.00 m. de entredós y 1.15 m. de cinta.

7336—Vestido para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 8 requiere 1.85 m. de guinga de 91 cm. y 1.25 m. de voile de 91 cm.

7325—Vestido con calzón para niñas y jovencitas.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 5.00 m. de khaki de 91 cm. y 80 cm. de forro.

7311—Vestido para niños.—Tres tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 6 requiere 2.75 m. de tela de 68 cm. y 45 cm. de tela contrastante.

6344—Vestido para niñas.—Seis tamaños: 4 a 14 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 6 requiere 3.90 m. de guinga de 68 cm. y 55 cm. de piqué blanco.

7316—Abrigo.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 12 requiere 3.20 m. de tela de 1.37 m.

7333—Abrigo.—Seis tamaños: 1 a 6 años. (20 ctvs. oro.) El 5 requiere 2.65 m. de piqué blanco de 91 cm.

(Continuación de la página 35)

6684—Blusa.—Siete tamaños: 4 a 16 años. (20 ctvs. oro.) El 8 requiere 2.40 m. de dril blanco de 68 cm. No. 7256—Calzón.—Nueve tamaños: 3 a 17 años. (20 ctvs. oro.) El 8 requiere 1.50 m. de khaki de 91 cm.

7235—Blusa.—Cinco tamaños: 2 a 6 años. (20 ctvs. oro.) El 6 requiere 2.05 m. de guinga lisa de 91 cm. y 35 cm. a cuadros. No. 7244—Falda.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (20 ctvs. oro.) El 6 requiere 1.25 m. de guinga a cuadros de 91 cm. y 90 cm. de cambray de 68 cm.

6871—Vestido para niñas.—Cuatro tamaños: 6 a 12 años. (25 ctvs. oro.) El tamaño 10 requiere 2.85 m. de sarga azul de 1.12 m. y 35 cm. de paño fino gris.

7336—Vestido Imperio.—Cinco tamaños: 6 a 14 años. (20 ctvs. oro.) El tamaño 6 requiere 1.05 m. de tela de 91 cm. y 1.60 m. de guinga a listas cruzadas de 91 cm.

Para la detallada descripción de estos modelos véanse los sobres de los patrones.